

 HARLEQUIN™

Jazmin™

AMOR EN LA RED
NINA HARRINGTON



Jazmin

AMOR EN LA RED
NINA HARRINGTON



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2012 Nina Harrington
© 2016 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Amor en la red, n.º 2586 - enero 2016
Título original: Truth-Or-Date.com
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-687-7670-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

De: andromeda@constellationofficeservices.com

Para: saffie@saffronthefchef.net

Asunto: Esa «querida» compañera de colegio, y las citas por Internet.

Hola, Saffie:

Lo sé, lo sé... Debería haberte escuchado cuando intentaste advertirme de que no era una buena idea aceptar ese trabajo de media jornada como secretaria de Elise.

¿Recuerdas que te conté que se había apuntado a una exclusiva agencia de contactos por Internet para jóvenes ejecutivos? Bueno, pues ahora resulta que está demasiado ocupada para escribir mensajes a los hombres que puedan interesarle, y se le ha ocurrido que sea yo quien se los escriba. Me dijo que solo serían unos cuantos mensajes, lo justo para «echar la pelota a rodar». En fin, ¿para qué están las secretarías si no, verdad?

Estuve a punto de decirle que lo dejaba, y que se buscara a otra tonta, pero me ofreció un extra, con el que tendría bastante para pagarme ese curso de ilustración profesional que me muero por hacer. Con esa formación podría conseguir que me tomasen en serio como artista.

Como ves, las cosas no han cambiado mucho desde el colegio; estoy segura de que Elise sabía que sería incapaz de rehusar.

Así que llevo toda la semana mensajes van, mensajes vienen, «cortejando» a varios posibles candidatos a llevar del brazo a nuestra «querida» Elise a la fiesta de Navidad de la empresa.

Bueno, pues las cosas acaban de ponerse aún peor. Hace diez minutos me mandó un mensaje al móvil para decirme que tenía que marcharse a Brasil por un negocio urgente y, espera a oír esto, que había cambiado de opinión respecto a lo de las citas por Internet. Ahora dice que le parece algo demasiado sórdido y arriesgado que podría estropear su reputación. ¿Te lo puedes creer?

Creo que no se ha leído ni un solo mensaje de los que envié a través de la página, ni las encantadoras respuestas que recibí de esos hombres, que habían reorganizado su agenda para tomar un café con ella esta semana.

Pero el problema es que la primera cita era esta tarde... dentro de una hora, y es demasiado tarde como para cancelarla. El nombre de usuario del tipo en cuestión es @deportista, y parece muy simpático.

Me sabe fatal pensar en ese pobre hombre sentado en la cafetería esperando a @chicadeciudad, y que Elise no se presente. Sé lo que es que te dejen tirado, y no se lo deseería a nadie. Además, en cierto modo me siento responsable. ¿Crees que debería ir a esa cita y explicarle lo ocurrido? ¡Dios!, ¡esto es una locura!

Espero que ese chef que tienes por jefe no te esté matando a trabajar.

¡Deséame suerte!

Andy

De: saffie@saffronthefchef.net

Para: andromeda@constellationofficeservices.com

Asunto: Re: Esa «querida» compañera de colegio, y las citas por Internet.

Andy Davies, ¡me vas a volver loca! No puedo creerme que hayas aceptado fingir que eres Elise en esa página de contactos. ¿Hablamos de la misma Elise van der Kamp, la mujer con las habilidades sociales de una piraña y el doble de rastrera que uno de esos bichos? ¡Por Dios!

No me sorprende nada que escogiera a alguien amigable como tú para que escribiera esos mensajes por ella. Si no, no le habría respondido ni un solo hombre.

En cuanto a lo de ir a esa cita en su lugar... Entiendo que te sentirás mejor si vas a disculparte en persona, pero ten cuidado. ¿Un ejecutivo al que le han dado plantón y le han mentido? Podría enfadarse y pagarlo contigo, así que haz uso de tu encanto personal y llévate unos lápices bien afilados, por si acaso.

Besos,

Saffie, la esclava de la cocina

ANDRÓMEDA Davies se bajó del autobús rojo de dos pisos, y corrió a ponerse a cubierto bajo la marquesina de la tienda más próxima. La lluvia de noviembre caía incesante sobre la ciudad de Londres. Sus ojos se posaron en el letrero de la cafetería al otro lado de la calle.

Inspiró profundamente, tiró un poco del bolso, cruzado sobre el pecho, y abrió su paraguas morado. Luego dejó caer los hombros y se metió la mano libre en el bolsillo de su gabardina, de color azul marino con ribetes blancos. Aunque esas gabardinas estaban a la última, la había comprado en una tienda de ropa de segunda mano. ¡Las cosas que hacía por ahorrar dinero para su vocación artística!

Claro que, mientras se atuviera al plan, tampoco tenía que preocuparse por lo que llevaba puesto ni dónde lo había comprado. Lo único que tenía que hacer era entrar en la cafetería, esperar a que llegara @deportista, disculparse educadamente en nombre de Elise y marcharse. En diez minutos habría terminado.

Aunque la @chicadeciudad a la que estaba esperando era la sofisticada y eficiente directora de la mayor agencia de publicidad de Inglaterra. De hecho, Elise había insistido en que en su perfil de la página de contactos escribiera que aspiraba a convertirse en «una gurú del marketing a nivel internacional».

Andy puso los ojos en blanco. En fin, todo eso daba igual. Despacharía a @deportista en diez minutos, se subiría de nuevo al autobús y volvería a ser la Andy Davies de siempre: secretaria por las mañanas, proyecto de ilustradora por las tardes e historiadora de arte los fines de semana, cuya única aspiración, de momento, era pagar sus facturas.

Enarbolando su paraguas, se lanzó a cruzar la calle, zigzagueando entre los coches parados por el típico atasco de la hora punta. Casi había llegado a la otra acera cuando, al esquivar a un mensajero en bicicleta, plantó sin querer el pie derecho en un charco.

El agua, fría y sucia, le salpicó la pantorrilla y se le coló por dentro del chic botín de tacón, haciéndola estremecer.

Maldiciendo entre dientes, Andy subió a la acera, cerró el paraguas, que con el viento que hacía no le había servido de mucho, y entró en la cafetería. El delicioso aroma a café recién molido y el runrún de las conversaciones la envolvieron de inmediato.

Paseó la vista por el local, pero no había ningún hombre ataviado con una camisa hawaiana, lo que @deportista le había dicho que iba a llevar. Y sería difícil que escapase a su mirada alguien con esa clase de atuendo en una tarde de noviembre en el centro de Londres.

Andy fue al mostrador a pedir un café, y cuando se lo sirvieron fue a sentarse en una mesita libre en el rincón, de espaldas a la pared. Apoyó en ella el paraguas, se quitó la gabardina y la colgó en el respaldo de la silla antes de alisarse con las manos la falda gris de su traje preferido.

Sintió un cosquilleo nervioso en el estómago. Aquello era ridículo. No era una cita de verdad; no tenía por qué estar nerviosa. Había ido allí para disculparse en nombre de Elise; eso era todo.

Además, ¿y qué si había intentado imaginar cómo sería @deportista en persona? En la pequeña fotografía de su perfil no se le veía demasiado bien, y las fotografías podían ser engañosas.

Era normal que sintiese curiosidad, ¿no? Sobre todo cuando @deportista le había hablado de su intensa vida social, de que hacía surf en lugares como Hawái o California, y la había hecho reír con sus historias. Tenía sentido del humor y eso, al principio, le había parecido un punto a su favor, puesto que cualquiera que pretendiese salir con Elise lo necesitaría.

Andy se mordió el labio. Quizá ir allí no hubiera sido tan buena idea. Como había dicho Saffie, @deportista tenía todo el derecho a enfadarse con ella, y con Elise, por haberlo engañado. Pero tenía que hacer lo correcto; tenía que decirle la verdad a la cara y disculparse. Se lo debía, y a sí misma también.

Además, aunque resultase ser guapísimo, y tan simpático como en sus mensajes, ella tampoco andaba en busca de una relación. Había aprendido la lección con su exnovio, Nigel. No más mentiras; no más media verdades; no más autoengaños. Y sí, por el momento, no más novios. Estaba muy feliz soltera y sin compromiso.

Miró su reloj. Solo serían diez minutos, se repitió. Y luego podría dedicar las pocas horas libres que le quedasen para dedicarse a lo que más le gustaba: dibujar.

Reprimiendo una sonrisa, sacó de su enorme bolso un lápiz y su cuaderno de bocetos. El museo en el que trabajaba los fines de semana había llegado a un acuerdo con ella: les presentaría cinco diseños de tarjetas navideñas dibujadas por ella, y si eran de su agrado las venderían en la tienda. Casi estaban terminados. Aquella era su oportunidad para persuadirles de que le permitiesen también exponer algunas de sus obras.

Tan enfrascada estaba retocando uno de los bocetos, que cuando se abrió la puerta de la cafetería, dejando pasar una ráfaga de aire frío y húmedo, volvió de golpe al presente con un escalofrío y alzó la vista sorprendida.

Acababa de entrar un hombre alto, de rostro bronceado y pelo castaño, algo largo, despeinado y mojado por la lluvia. Justo en ese momento estaba bajándose lentamente la cremallera de la cazadora impermeable que llevaba, como si fuese un stripper. Umm... Si lo fuera, ella estaría sentada en primera fila, diciéndole que no se diese prisa.

Cuando fue a quitarse la cazadora, Andy contuvo el aliento. No había duda, era él; debajo llevaba una camisa hawaiana de color azul con flores blancas. Su mandíbula cuadrada parecía esculpida, pero sus labios eran carnosos y muy sensuales.

En la foto de su perfil solo se veía, de hombros para arriba, a un tipo con el pelo corto con chaqueta y corbata que parecía un clon de tantos otros ejecutivos. Pero en carne y hueso era muy distinto; aquella fotografía no le hacía justicia en absoluto.

Los vaqueros, que le sentaban como un guante, insinuaban los fuertes músculos de sus piernas, y por un momento se quedó allí de pie, con las manos en los bolsillos, paseando la vista de mesa en mesa.

De pronto era como si el local hubiese encogido con su presencia, como si lo dominase todo. ¿Cómo había hecho eso? ¿Cómo, si acababa de entrar, parecía de repente que fuese el amo y señor del lugar?

El nombre de usuario que utilizaba en la página de contactos le iba como anillo al dedo. Más que el dueño de una empresa de ropa deportiva, parecía la imagen de la misma. No le costaba nada imaginárselo al timón de un yate de regatas.

Era una lástima que estuviese en periodo de celibato autoimpuesto, porque era el hombre más guapo que había visto en mucho tiempo.

En ese momento sus ojos se posaron en ella, y se quedó mirándola unos segundos antes de que sus labios se curvaran en una sonrisa relajada, cuya calidez hizo que el corazón le diera un brinco en el pecho a Andy y que una ola de calor le subiera por el cuello y encendiera sus mejillas.

Por un instante se sintió como si fuera la persona más importante y hermosa en el local, y a pesar de la agitación que se había apoderado de ella, en vez de moverse nerviosa en su asiento, o esconderse debajo de la mesa, alzó la barbilla.

El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho y su mente era un torbellino de pensamientos. De pronto sentía deseos de atusarse el cabello, erguirse en su silla y sacar pecho. Era como si la hubiesen rociado con unos polvos mágicos que hubiesen disparado su libido.

Andy se apresuró a guardar el lápiz y el cuaderno y se irguió en su silla mientras @deportista avanzaba sin prisa hacia ella. Cuando se detuvo frente a su mesa, Andy alzó la vista hacia sus ojos. Eran tan oscuros como el chocolate negro y tan profundos que podría mirarlos durante horas y perderse en ellos.

—Soy un tipo deportista —le dijo—. ¿Es a mí a quien esperas, chica de ciudad?

Se quedó allí de pie, aguardando pacientemente su respuesta con esa sonrisa de modelo de revista en los labios.

Tenía una voz profunda y aterciopelada, como la de esos locutores de radio que ponían baladas románticas de madrugada. Suerte que estaba sentada, se dijo Andy, porque al oírla le flaquearon las rodillas. Y, a juzgar por las miradas de las mujeres que estaban en las mesas más próximas, parecía que el poder de atracción de @deportista

tenía un radio de al menos tres metros.

¿Qué necesidad tenía un hombre así de citarse con mujeres por Internet?, se preguntó tragando saliva.

–Yo diría que sí –levantó un extremo del pañuelo lila de seda que tenía liado al cuello.

Era la prenda que le había dicho que llevaría para que la reconociera.

–Perdona que llegue tarde –se disculpó él con otra sonrisa. Se quitó la cazadora y la arrojó al suelo, junto a su paraguas–. Tenía que llevar a alguien al aeropuerto y el tráfico estaba horrible. Gracias por esperar.

–No pasa nada. Me alegra que por fin nos conozcamos –contestó ella tendiéndole la mano.

Él dio un paso adelante para estrechársela, y en el momento en que sus largos y fuertes dedos se cerraron en torno a los suyos, Andy se encontró teniendo pensamientos de lo más inapropiados sobre el efecto que provocarían esos mismos dedos en otras partes de su cuerpo.

Cuando por fin le soltó la mano y tomó asiento frente a ella, respiró aliviada.

–Lo mismo digo. Así que... publicidad para empresas, ¿no? Un sector complejo el de la publicidad.

No podía soltarle la verdad así, de sopetón. Le daría cinco minutos para que pidiera un café y luego se lo diría con suavidad.

Tomó un sorbo de su taza para darse tiempo a pensar en algo inteligente que contestar.

–Bueno, sí, a veces lo es. Pero para tener éxito un emprendedor tiene que correr riesgos, ¿no?

Los labios de él se curvaron en una nueva sonrisa.

–Yo diría que esa es la mejor parte. Desafiar los límites, a pesar de los riesgos. ¿Me dejas que te pida otro café? –le preguntó.

Y, sin esperar una respuesta, giró la cabeza hacia la barra. Una de las camareras apareció solícita al otro lado de la nada, como el genio de la lámpara.

–Tráiganos dos cafés como el que está tomando la señorita. Y también una tortilla de tres huevos con jamón, champiñones y muchas especias; pero nada de cebolla. Ah, y también un panini y un par de galletas. Gracias.

La camarera asintió con una sonrisa.

Increíble. Atónita, Andy se quedó mirando la barra, tras la cual las dos camareras se afanaban para preparar lo que @deportista había pedido.

Se volvió hacia él y le preguntó, señalando la barra con la cabeza:

–¿Siempre haces eso?

Él parpadeó, y le contestó con otra deslumbrante sonrisa:

–¿El qué?, ¿pedir café? Pues sí, de vez en cuando. Sobre todo cuando estoy en una cafetería.

–Me refería a que si siempre pides desde la mesa en la que estás sentado en vez de ir a la barra, como todo el mundo. ¿Y por qué has pensado que me apetecía otro café? A lo mejor habría preferido un té. O uno de esos emparedados de ternera.

Él apoyó los antebrazos en la mesa y se inclinó hacia delante. Llevaba desabrochados los dos primeros botones de la camisa, y Andy no pudo evitar que sus ojos se desviaran hacia el trozo de torso bronceado que se entreveía. Inspiró, tratando de no pensar en lo que estaba pensando, pero el corazón le palpitó con fuerza cuando él le respondió en un susurro:

–Decidí arriesgarme, chica de ciudad.

Y luego se echó hacia atrás, y le guiñó un ojo.

Capítulo 2

¿ARRIESGARSE? ¿Que había decidido arriesgarse? Hablaba como si fuera James Bond, y estaba segura de que lo hacía con toda la intención, que sabía perfectamente el efecto que tenían en las mujeres esa clase de frases.

De pronto saltó en su interior una señal de alarma. ¿Qué necesidad tenía un hombre tan atractivo y seguro de sí mismo de recurrir a una página de contactos para conseguir una cita?, se preguntó, mirándole recelosa.

Un mechón de cabello castaño cayó sobre la frente de @deportista, que lo echó hacia atrás con las puntas de los dedos, como un modelo, pero sin perder ese aire viril y rudo.

En sus labios se dibujó una sonrisa, entre sugerente y descarada, tan contagiosa que Andy tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír también.

Según su perfil de la página de contactos, dirigía con su hermano una compañía de ropa deportiva, dentro de la cual él promocionaba la línea de deportes marítimos, entre ellos el surf, que además practicaba.

Por su aspecto daba la impresión de ser otro emprendedor guapo y arrogante que había tenido suerte en los negocios, y que aprovechaba cualquier oportunidad para alardear de su dinero a la más mínima oportunidad. No le extrañaba que esperase que todo el mundo saltase solo con que chasquease los dedos.

«Dile la verdad y acaba con esto; lo soportaré», se dijo. Inspiró para reunir el valor suficiente y se irguió en la silla. Estaba a punto de decirle quién era y por qué estaba allí, cuando llegó la camarera con lo que él había pedido, y la distrajo el delicioso aroma del panini con jamón y queso recién tostado y de las galletas con trocitos de avellana.

–Las damas primero –le dijo @deportista, señalándole el panini, que acababa de cortar en dos. Aunque se le había hecho la boca agua al ver el queso derretido, Andy iba a declinar su ofrecimiento cuando le sonó el estómago.

–Gracias –murmuró sonrojándose–, pero hay algo que tengo que decirte, y es importante. Es que... no soy quien crees que soy. Cuando te envié esos mensajes, yo...

De pronto se oyó un batacazo. El hombre mayor de la mesa de al lado se había levantado, dejando caer la silla, y jadeaba mientras se aferraba con las manos al borde de la mesa. Parecía presa del pánico. Se le salían los ojos de las órbitas, y estaba cada vez más rojo.

Andy se levantó como un resorte.

–¡Dios mío, se está ahogando! –exclamó–. ¡Necesita ayuda!

Y aunque la gente al oírlo empezó a levantarse para ver qué pasaba, no esperó a que acudiera nadie en su rescate, sino que ella se adelantó.

Le dio un fuerte golpe entre los omóplatos con la base de la mano, pero no tuvo efecto alguno. Andy iba a repetirlo cuando @deportista apareció a su lado, rodeó el tronco del hombre con los brazos por detrás y tiró con fuerza hacia atrás.

De la garganta del hombre salió volando un trozo de bocadillo de ternera, con el que se había atragantado, y sus hombros se distendieron de alivio. Cuando se hubo recuperado del susto, le tendió la mano a @deportista, que se le estrechó y le dio una palmada en el brazo antes de volver a su mesa, aparentemente ajeno a los vítores y los aplausos de los otros clientes y las camareras.

–¿Te ocurre algo? –le preguntó Andy al verlo contraer el rostro, como dolorido, cuando se sentó.

–No es nada; solo un calambre –respondió él, masajeándose el muslo–. Es que no estoy acostumbrado a estar sentado mucho rato.

–Lo que has hecho ha sido impresionante –dijo Andy.

Él se encogió de hombros, como si no tuviese importancia.

–El primer empleo que tuve fue de socorrista en Cornualles; nos dieron un cursillo de primeros auxilios. Me alegra haber podido ayudar, aunque tú, para ser una chica de ciudad, no has estado mal. Solo que, si me permites un consejo, golpea con más fuerza la próxima vez.

–¿La próxima vez? Espero no volver a verme en una situación así –murmuró Andy–. ¿Cómo consigues mantenerte tan calmado? Yo estoy hecha un manojo de nervios –añadió mostrándole su mano, que estaba temblando, y se le había puesto helada.

Él, por toda respuesta, sonrió y la tomó entre las suyas para masajearla y darle calor. A pesar de los callos que tenía en los dedos y en las palmas, sus manos eran sorprendentemente suaves. Andy sentía debilidad por las manos; era una de las primeras cosas en las que solía fijarse al conocer a una persona, y las de aquel hombre eran espectaculares.

Tenía los dedos largos y esbeltos, con las uñas limpias y cortas, pero en los nudillos se observaban algunas cicatrices. Tal vez se había equivocado al etiquetarlo como el típico directivo arrogante. Aquellas no eran las manos de alguien que se pasaba el día encerrado en un despacho. ¿Podría ser que no le hubiese mentido en sus mensajes cuando le había dicho que hacía surf?

–Simplemente sabía lo que había que hacer y lo he hecho –contestó finalmente–. ¿Estás más tranquila? –ella asintió–. Estupendo, pues vamos a comer –dijo apartando sus manos, para decepción de Andy.

Cortó la tortilla en cuatro trozos, y luego en ocho, antes de pinchar uno, junto con la ensalada de guarnición, y se llevó el tenedor a la boca. Cuando Andy vio sus sensuales labios cerrarse en torno al tenedor, y como lo sacaba luego lentamente de ella, sintió que una ola de calor la invadía, y tuvo que dejar en el plato la mitad del panini que había tomado para aflojarse el pañuelo.

Decididamente debía de tener algún problema, porque no acaba de explicarse que un hombre tan sexy estuviese soltero y buscando citas por Internet. Había oído hablar de hombres casados o comprometidos que se inscribían en páginas de contactos para tener aventuras con pobres chicas desprevenidas.

¿Sería uno de esos? ¿Y si fuera un periodista que estaba haciendo un documental sobre las tristes chicas desesperadas que se citaban con hombres por Internet? «Céntrate, Andy; no te dejes llevar por tu imaginación». Inspiró, y le soltó de sopetón:

–Tengo que decirte algo: no soy la ejecutiva que crees que soy. @chicadeciudad es mi jefa, pero tuvo que

marcharse fuera por un asunto de negocios urgente, y era demasiado tarde para cancelar esta cita, así que he venido yo en su lugar para disculparme. Lo siento.

Y, dicho eso, se echó hacia atrás, dejó caer las manos al regazo y se preparó para el chaparrón que se temía que le iba a caer.

Él siguió masticando un momento antes de dejar los cubiertos en el plato, cruzarse de brazos y erguirse en el asiento. Cuando se quedó mirándola con los ojos ligeramente entornados, el ceño fruncido, Andy tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir el impulso de morderse las uñas. Si lo que pretendía era intimidarla, lo estaba consiguiendo.

—A ver si lo entiendo: no eres la chica con la que se supone que había quedado esta tarde.

Ella apretó los labios y se encogió tímidamente de hombros, a modo de disculpa.

—¿Y tampoco eres una ejecutiva?

Ella sacudió la cabeza.

—Ya veo —murmuró él, como decepcionado—. Entonces, ¿cómo puedo conocer a la chica que escribió esos mensajes? ¿O es que se ha echado atrás?

Andy parpadeó un par de veces antes de contestar.

—Fui yo quien los escribí. Mi jefa me pagó para que lo hiciera por ella, pero la verdad es que disfruté charlando contigo y aprendiendo cosas de ti y...

—¿Que te pagó para que los escribieras? —la cortó él enfadado—. Entonces, ¿quién diablos eres y por qué has venido aquí? —le espetó, apoyando los brazos en la mesa inclinándose hacia ella.

Andy se echó hacia atrás. Tenía que confesarle toda la verdad... si le dejaba meter baza, pensó cuando volvió a increparla.

—¿De qué va esto? ¿Es una especie de juego que os traéis tu jefa y tú? ¿Os divertís jugando con los hombres con los que contactáis por Internet? De hecho, puede que estés fingiendo que eres tu secretaria porque no soy como esperabas, o que sí seas la secretaria y hayas estado utilizando la cuenta de tu jefa para conocer a alguien por encima de tu estatus social. ¿Cuál es la verdad?

Andy se quedó mirándolo horrorizada.

—¿Un juego? No es ningún juego. Elise, mi jefa, ni siquiera sabe que estoy aquí. Y jamás utilizaría su cuenta para conocer gente. Esa es una acusación horrible.

—Muy bien, pues ¿de qué va esto entonces? ¿Por qué estás aquí?

—Porque mi jefa me dijo hace menos de una hora que no iba a poder acudir a la cita, y me sabía mal dejarte aquí, esperando, cuando te habían dado plantón. Eso es todo. ¿Satisfecho? —le espetó Andy.

Y antes de que él pudiera contestar, tomó el panini con las dos manos y le dio un gran bocado. Lo cual fue un error, porque en el instante en que le hincó el diente al pan tostado, un chorretón de tomate le saltó a la blusa blanca, su blusa favorita, y la más cara.

Tragó e intentó limpiar la mancha con la servilleta de papel, pero fue peor el remedio que la enfermedad. Dejó la servilleta en la mesa y miró a @deportista, que estaba observándola anonadado.

—Con la comida rápida sí que te arriesgas —masculló Andy—. El bocadillo de ternera que estaba comiendo ese señor no es el único peligro que esconde el menú —suspiró y le dio otro bocado al panini. Como ya se había manchado, aunque volviera a mancharse, ya daba igual.

Él parpadeó varias veces antes de echarse hacia atrás.

—Pues sí, sobre todo el queso —asintió.

¿El queso? ¿Qué queso?

Muy digna, Andy se limpió los labios dándose unos toquecitos con la servilleta, y descubrió mortificada, al apartarla, que en ella había un hilo de queso fundido, que parecía más plástico que queso, y que debía de habersele quedado pegado al darle el mordisco al panini. ¡Y ella que quería parecer sofisticada y elegante...!

—Mucho mejor —dijo él con una sonrisa divertida—. Por cierto, me llamo Miles. Y ahora... ¿dónde estábamos? Ah, sí, estabas diciéndome que tu jefa me ha dado plantón.

Andy carraspeó, y se preguntó si debería decirle su nombre también, pero decidió que sería mejor no hacerlo. Eso sería pasar a un nivel demasiado personal.

—Sí, bueno, es que, sé lo que se siente cuando te dejan tirado, y detestaba pensar en hacérselo a otra persona. Y podría haberte mandado un mensaje, pero me parece que cuando uno se disculpa debe hacerlo en persona. Puede que sea una anticuada, pero yo soy así.

—¿Y dices que tu jefa no sabe que has venido a la cita en su lugar?

Andy sacudió la cabeza.

—De hecho, ha cambiado de opinión en cuanto a lo de buscar pareja por Internet. Ahora ya no le parece que sea una buena idea —le explicó—. Espero que no estés muy enfadado, o decepcionado.

Él se encogió de hombros.

—Sobreviviré —bromeó—. Aunque hay algo por lo que siento curiosidad: ¿tiene por costumbre tu jefa pedirte que le hagas de celestina?

Andy, que estaba tomando un sorbo de café, casi se atragantó. ¿De celestina?

—No, es la primera vez —le respondió entre toses—. Y la última. Fuimos compañeras de colegio, así que supongo que se fía de mí y que confiaba en que no la defraudaría —le echó una mirada a Miles—. Aunque no sé qué tal lo estoy haciendo.

Los labios de él volvieron a curvarse lentamente en otra sonrisa divertida.

—No sé si puedo juzgarlo yo; es la primera vez que me cito con alguien por Internet —le confesó, hincando los codos en la mesa para apoyar la barbilla en sus manos entrelazadas.

Andy, que estaba llevándose de nuevo la taza a los labios, se quedó quieta y parpadeó.

—¿En serio?

Él asintió.

–Y aunque no está siendo lo que había esperado, tengo que decir que se está poniendo mejor por momentos.

Andy se sonrojó ligeramente, sin saber muy bien por qué, y dejó la taza en la mesa.

–Disfrutas leyendo lo que me contabas en tus mensajes sobre todos esos sitios maravillosos que visitas por trabajo. Supongo que el tener que viajar tanto supondrá un problema para tu... eh... tu vida amorosa.

«¿Quieres callarte ya y dejar de decir tonterías?», se reprendió de inmediato, arrepintiéndose de haberle preguntado eso.

–En realidad mi vida amorosa va perfectamente; no es ese el problema. De hecho, es más bien lo opuesto. Por mi trabajo, me paso el día rodeado de chicas en traje de baño... y algunos son bastante escuetos –le explicó él con una sonrisa–. ¿Mencioné que estamos especializados en ropa de deportes acuáticos? Nuestros biquinis se venden muy bien. No, compañía femenina no me falta –añadió riéndose entre dientes–. Pero no tengo la oportunidad de conocer a otro tipo de mujeres, y ahora que estoy de vuelta en Londres pensé que sería interesante conocer a chicas que no hablen solo de olas y surf. Además, me gusta conocer a gente nueva.

Ella se inclinó hacia delante y miró a un lado y a otro, como si fuese a contarle un secreto.

–¿Sabes?, tengo un defecto horrible.

Él enarcó las cejas, pero no le preguntó cuál era.

–Soy muy curiosa –le confesó ella–. El caso es que... bueno, no acabo de imaginar qué te hizo aceptar una cita con una desconocida que ni siquiera te había mandado una foto.

De pronto, sin previo aviso y sin pedirle permiso, él tomó su mano y le besó los nudillos.

–Quería conocer a la chica que escribió esos mensajes –dijo soltándole la mano–, la chica a la que tengo delante ahora mismo.

A Andy la habían sorprendido tanto aquel beso tierno y delicado y la calidez de sus labios, que se quedó allí sentada quieta y en silencio durante un buen rato, mientras él le sonreía.

–Yo también tengo una confesión que hacerte –le susurró, inclinándose hacia ella–: Fue mi hermano Jason quien me dio de alta en la página de contactos, y quien rellenó mi perfil. Dice que estaba tan harto de que no hiciera más que quejarme de lo difícil que me es conseguir una cita cuando vengo a Londres –levantó su taza de café y, cuando la miró a los ojos, ella fue incapaz de apartar la vista–. Por las primeras citas –murmuró, y bebió un largo trago antes de esbozar una sonrisa lobuna.

¿Por las primeras citas? Ese brindis resultaba irónico viniendo de un hombre al que no solía faltarle, según él, la compañía femenina.

La sonrisa de Miles había hecho que una ola de calor aflorase en su estómago, y Andy se sintió como si estuviese a punto de escapársele una risita. Pero ella no era de esas bobas que se deshacían en risitas. Ni aunque tuviese enfrente a un hombre guapísimo, bebiendo café y mirándola fijamente, esperando su reacción. ¿Estaría poniéndola a prueba?

–No es que es no quiera unirme a tu brindis –contestó, esbozando una media sonrisa–, pero hay algo que me tiene intrigada.

–¿El qué?

–Pues qué planeabas hacer con esas galletas con avellana.

Él se echó a reír con ganas, y ella, por primera vez en mucho tiempo, se encontró también riendo; riendo de verdad, hasta que las lágrimas le rodaron por las mejillas y le faltó el aliento. Se rieron tanto que las personas que estaban sentadas cerca de ellos empezaron a lanzarles miradas furtivas.

Habría abochornado a Nigel, su exnovio, si estando con él en público se hubiese puesto a reírse de esa manera. Al cruzar de pronto ese pensamiento por su mente, Andy se sintió como si le hubiesen echado un cubo de agua helada por la cabeza, y de inmediato se sentó derecha y trató de recobrar la compostura.

Se estaba comportando como una idiota. No había ido allí a flirtear y a reírse con él. No estaba preparada para eso. Aquello era un error, un terrible error; era Elise quien debería estar sentada allí con Miles, no ella. Ya iba siendo hora de que pusiera fin a aquella charada y pusiera pies en polvorosa.

Justo cuando iba a darle una excusa para marcharse, apareció a su lado una compañera de trabajo de Nigel, que tenía fama de ser de las más cotillas de la oficina, y se quedó mirándola con descaro y mala intención.

Andy dio un respingo, horrorizada. Seis semanas atrás se había marchado de allí hecha un mar de lágrimas, y era la primera vez que se encontraba con alguien de la empresa. No, era aún peor, porque aquella chismosa no estaba sola; justo en ese momento apareció tras ella otra compañera que no le iba a la zaga, y miró a Miles como una perra en celo, y luego a ella, muda de asombro.

–¡Vaya, hola, Andy! –exclamó la primera–. ¡Qué sorpresa encontrarte aquí!

–Pues sí, ya veis –contestó Andy en un tono despreocupado, negándose a darles ningún tipo de explicación–. ¿Y vosotras?, ¿qué hacéis por aquí?

–Se nos ocurrió que podíamos ir al cine después del trabajo y paramos aquí a tomar algo –contestó la otra. Y con una sonrisa maliciosa añadió–: ¡Qué casualidades tiene la vida!

–¿Verdad? Bueno, pues que os guste la película, y a ver si nos vemos otro día –dijo Andy, forzando una sonrisa también.

Las dos chismosas, aunque visiblemente chafadas por que les hubiese despachado sin presentarles al misterioso y atractivo hombre que estaba con ella, se alejaron hacia la única mesa vacía que quedaba en el local. Esta estaba bastante apartada de la suya, pero por las miradas que les lanzaban y el cuchicheo entre ellas era evidente que les había alegrado la tarde.

¿Quién necesitaba ir al cine cuando acababan de descubrir a Andy Davies con un guaperas en una cafetería? «¡Fíjate!», se estarían diciendo la una a la otra. «¿Quién lo iba a decir?, con lo mal que se quedó al descubrir que Nigel se había estado riendo de ella...».

Y al día siguiente lo contarían en la oficina y sería de dominio público en cuestión de minutos. De hecho, probablemente en ese momento estarían enviándoles mensajes de texto con el móvil a otros compañeros.

–¿Amigas tuyas? –le preguntó Miles.

–Compañeras de la empresa en la que trabajaba antes. Y no, desde luego que no son amigas mías. Las detesto;

son unas chismosas de la peor calaña.

¿Por qué había dicho eso? No era culpa de ellas que se hubiese creído todas las mentiras de Nigel, ni que ella hubiese aceptado ayudarle en sus propuestas de negocios a cambio de nada, noche tras noche, para descubrir al final que durante todo ese tiempo había estado viviendo con la hija del jefe y llevándose el mérito de su trabajo.

Ella era la única que no se había enterado de nada, mientras que el resto de la oficina había estado riéndose a sus espaldas durante semanas, esperando a que Nigel la plantase en cuanto consiguiese el ascenso... como ocurrió. Y delante de todo el mundo.

La humillación y la amarga decepción que había sentido entonces volvió a embargarla, y se estremeció.

–Ya veo –dijo Miles–. Espero que el que te hayan visto aquí conmigo no vaya a causarte ningún problema –añadió, mirándola preocupado.

Ella esbozó una sonrisa y sacudió la cabeza.

–No pasa nada; ya no tienen nada que ver con mi vida.

Miles apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante.

–No es asunto mío –le dijo en voz baja–, pero, a mi modo de ver, hay dos maneras de lidiar con los chismosos: ignorarlos y quitarle importancia a lo que puedan decir de ti, o...

De pronto tomó su mano y se puso a jugar con sus dedos.

–¿Qué haces? –lo increpó Andy. Intentó apartar su mano, pero él no se lo permitió–. ¡Están mirando hacia aquí y haciendo fotos con sus móviles! –gimió con voz ahogada, pensando que las cosas no podían ponerse peor.

–Estupendo –contestó él muy calmado–. Entonces probemos la otra opción: darles algo de lo que hablar.

Había algo en su voz que debería haberla alertado de que las cosas sí iban a ponerse peor, pero estaba demasiado absorta mirándolo a él, que estaba humedeciéndose los labios con la lengua.

Y fue justo entonces cuando, de repente, Miles se levantó e, inclinándose hacia ella, le pasó una mano por la nuca y la besó.

Y no fue un beso en la mejilla; no, no. Sus labios, cálidos, sensuales y húmedos, acariciaron los suyos de un modo tan tierno que la conmovió, y cuando los labios de Miles se apartaron, echó la cabeza hacia atrás para que la besara de nuevo. Y lo hizo, solo que esa vez fue un apasionado beso con lengua que la dejó temblorosa, muda y sin aliento.

Cuando abrió los ojos se encontró con que él también estaba jadeante, y no pudo resistir la tentación de quedarse mirando su boca, aún húmeda por el beso. No sabía si apartarlo de un empujón por haberse tomado esas libertades con ella o echarle los brazos al cuello y besarlo de nuevo.

–¿Andy? –la llamó él, sacándola de su aturdimiento.

–¿Sí? –respondió ella, alzando la vista hacia sus ojos.

–¿Crees que con eso bastará para contentar a esas chismosas? –le preguntó con voz ronca en un susurro.

–Yo diría que sí –contestó ella, y al mirar hacia donde estaban sentadas y verlas con la cabeza agachada, tecleando afanosamente en sus móviles, añadió–: Ya lo creo que sí –empujó la silla hacia atrás, agarró su bolso y se levantó–. Ahora vuelvo; demasiada cafeína –mintió, y se alejó hacia los servicios.

Al llegar a la puerta se giró un momento para observarlo. Se había puesto a mirar algo en su móvil, y estaba moviendo el dedo por la pantalla con una delicadeza que le hizo pensar que seguro que era increíble en la cama. Se volvió con un suspiro y entró en los servicios.

Solo al entrar en uno de los cubículos y cerrar la puerta tras de sí, cayó en la cuenta de que Miles la había llamado por su nombre después de besarla. ¡Estupendo, ahora sabía cómo se llamaba!

Se sentó en la taza del inodoro con los codos apoyados en las rodillas, y se mordió la uña del meñique, intentando dilucidar qué debía hacer.

Podría ir a despedirse de Miles y darle las gracias por lo comprensivo que se había mostrado a pesar del engaño y del plantón de Elise. Y ya de paso por el beso, que había estado bien. No, mejor que bien.

También podría marcharse sin despedirse y salir de la cafetería a hurtadillas, sin que la vieran aquellas dos cotillas.

¿O quizá debería despedirse de Miles y pasar por delante de ellas con la cabeza bien alta? Después de todo, Nigel no le llegaba ni a la suela de los zapatos al guapísimo hombre que había dejado en la mesa.

Y otra opción era despedirse de Miles como si el beso no la hubiese afectado en absoluto, marcharse y tratar de no pensar en que era el hombre más atractivo que había conocido en mucho tiempo, y que seguramente se pasaría días reviviendo aquella «cita».

En fin, una cosa estaba clara: no iba a solucionar nada quedándose allí sentada, dándole vueltas al tema. Se levantó, abrió la puerta y fue hasta los lavabos.

Se miró en el espejo y contrajo el rostro. Había entrado en la cafetería repitiéndose que solo estaría allí diez minutos. ¿Cómo podía ser que se hubiese quedado casi una hora y que él la hubiese besado?

Era evidente que Miles era un seductor, con ese aspecto de dios griego, y acostumbrado a que las mujeres cayesen rendidas a sus pies. Tenía que salir de allí cuanto antes si no quería que las cosas se complicasen aún más.

Capítulo 3

MILES siguió con la mirada a Andy, mientras se alejaba hacia los servicios, antes de bajar la vista a su móvil. Tampoco tenía nada de malo que tuviese debilidad por las piernas de las mujeres, ¿no? Esos botines resaltaban a la perfección las piernas torneadas de Andy, y aunque el traje gris de falda y chaqueta que llevaba no dejaba entrever sus curvas, estaba seguro de que estaría increíble en bañador.

¿De qué nombre sería diminutivo Andy?, ¿de Andrea? Quizá tuviera ocasión de averiguarlo... si ella se lo permitía, porque tenía la sospecha de que podía ser que aquella cafetería tuviese una puerta trasera, y que tal vez lo de que tenía que ir al servicio solo había sido una excusa para escabullirse.

Si lo hubiera hecho lo entendería, porque era lo que él había estado a punto de hacer cuando le había confesado la verdad. Al saber que su jefa le había pagado para que escribiera aquellos mensajes, y que le había dado plantón sin pensar siquiera en disculparse, su primera reacción había sido el impulso de abandonar la cafetería y no mirar atrás.

Natural, después de lo de Lori, pero luego se había parado a pensar que la chica sentada frente a él era quien había escrito esos mensajes, quien había hecho casi tolerables las visitas al fisioterapeuta esa semana. Jason ya le había advertido que tal vez aquella @chicadeciudad no fuese lo que esperaba, y no se había equivocado: era mucho más. Hacían falta agallas para presentarse allí, como había hecho, y disculparse en persona. Agallas... y buen corazón, porque no había querido dejarlo allí esperando a alguien que no iba a aparecer. ¿Podría ser que fuese eso lo que había visto en aquellos mensajes, que se preocupaba por los demás y no solo por ella?

Además, parecía sentir curiosidad por él. Tanta como él por ella. Lo que no alcanzaba a imaginar era cómo podía haber accedido a escribir esos mensajes en nombre de su jefa. Tenía muchas cosas que contar.

Giró la cabeza un momento hacia los servicios. Casi daba la impresión de que hubiese salido huyendo después de que la besara. ¿Quizá besarla había sido un error? Ella, desde luego, no le había parado los pies.

Tal vez hubiese ido al servicio a esconderse de él y tuviese miedo de salir, por si era un maniaco sexual que se citaba en cafeterías con chicas con la intención de seducirlas.

Si lo había fastidiado todo, Jason se pondría furioso. Miró la bandeja de entrada de su correo electrónico y abrió uno de los últimos mensajes de su hermano. Contenía un enlace a un artículo de una revista londinense con una lista de los solteros millonarios más inteligentes de la ciudad. Y allí estaba él, Jason Gibson, de Cory Sports, su hermano gemelo.

La fotografía debía de haber sido tomada en sus oficinas de Londres, porque iba vestido de ejecutivo, con pantalón negro y camisa a juego, y en los puños lucía sus gemelos de diamantes en forma de tabla de surf.

Pensó en todas las veces que se habían hecho pasar el uno por el otro, para gastar bromas a sus profesores y amigos. Y en una ocasión Jason se había presentado por él en un examen al que no había podido llegar a tiempo porque se había llevado a una chica a dar una vuelta en lancha y se habían quedado sin gasolina en medio de ninguna parte. Gracias a él, había sacado la nota más alta.

Sí, Jason siempre había sido un cerebritito, mientras que él, a quien se le daban mejor los deportes que los estudios, se había dedicado a participar en competiciones de surf y había estado a punto de ser campeón mundial.

Un escalofrío recorrió a Miles, que inspiró lentamente y echó los hombros hacia atrás. El accidente lo había cambiado todo, y ahora había ido a Londres para fingir ante el mundo del deporte que Cory Sports seguía funcionando al cien por cien. ¡Si eso fuera cierto!

Estaba al tanto de lo que los periodistas estaban preguntándole a su hermano. Sí, sabían que él, Jason, seguía al timón, pero... ¿y su hermano? ¿Qué funciones estaba desempeñando en el negocio? ¿Y qué futuro le esperaba ahora que no podía competir? Buena pregunta; lástima que no tuviera una respuesta.

No la tenía aún, pero la tendría. Tenía que salir de aquel bache. Miles decidió centrarse en algo que pudiera controlar, y tras reírse del pomposo artículo que le había enviado su hermano, le contestó picándolo con que seguro que con ese corte de pelo de empollón se llevaría a las damas de calle... cuando encontrase tiempo para conocer a alguna.

Jason era brillante, y llevaba muy bien el negocio, pero en lo que se refería a las mujeres era un caso perdido. Su hermano parecía atraer principalmente a chicas que veían en él a alguien de quien podían conseguir ropa deportiva gratis, o a mujeres de negocios que lo utilizaban para que las ayudara a darle un empujoncito a su empresa en cuestiones informáticas y tecnológicas, y luego le daban la patada al descubrir que no iba a hacerlo porque estaba tan ocupado que no tenía tiempo.

Y luego estaban las peores: las cazafortunas que se dedicaban a perseguir millonarios. Miles conocía muy bien a esa clase de mujeres, pero en los tres años que había estado con Lori nunca se le había pasado por la cabeza que estuviese valiéndose de su estatus para llegar a donde quería llegar.

Tras el accidente había dejado de ser útil, y lo había dejado por otro deportista de élite que sí podía darle el caché que buscaba. El haber conseguido su propio programa de televisión era una de las ventajas de haberse arrimado a ese tipo, y también que la hubieran invitado a la entrega de premios del mundo de los deportes, los Sports Personality Awards, la semana siguiente.

Por eso era esencial que él fuera a ese evento por su propio pie, con otra mujer del brazo, y con una sonrisa en los labios. Pero tenía que ser la mujer adecuada, no otra modelo de ropa interior como Lori.

Necesitaba una acompañante vivaz, con chispa, independiente, que lo ayudase a dar ante los medios de comunicación la imagen de un hombre que no iba a dejar que un accidente de coche le impidiera hacer lo que quería.

Quejarse a Jason de que no quería ir solo a aquel evento había sido un error. Lo último que había esperado de su hermano era que le diera de alta en una página de contactos. Aunque, bien mirado, podría ser que tuviera que darle las gracias después de todo. Andy era interesante, divertida... Lo único que tenía que hacer era poner a trabajar su encanto personal y convencerla de que lo acompañara a ese evento. Pan comido.

De pronto Andy apareció junto a él, y en vez de volver a sentarse tomó su gabardina, se la puso sin decir palabra, y

se colgó el bolso del hombro. Estaba a punto de decirle algo cuando Andy se volvió hacia él, y al verle la cara se quedó callado. Estaba blanca como el papel, y por como le temblaba el labio inferior era evidente que estaba disgustada por algo.

—Ha sido estupendo conocerte —le dijo atropelladamente—, pero tengo que irme. Es un asunto urgente. Muchas gracias por el café y... bueno, espero que tengas más suerte en la próxima cita —le deseó, y se alejó hacia la salida.

—¡Eh, espera un momento! —la llamó Miles.

Pero, o no lo oyó, o hizo como que no lo había oído, y salió de la cafetería a toda prisa. Miles se levantó para ir tras ella, pero le dio un calambre en la pierna, y el dolor era tan fuerte que tuvo que volver a sentarse y masajear el músculo hasta que remitió un poco.

El día estaba mejorando por momentos, pensó con ironía. Acababa de ahuyentar a la única chica con la que había accedido a quedar a través de la página de contactos.

Fue entonces cuando sus ojos se posaron en algo morado que había apoyado contra la pared, junto a la silla que Andy había dejado vacía: un paraguas.

La casa de Saffie estaba completamente a oscuras cuando Andy abrió la puerta. La lluvia se había convertido en aguanieve, y al entrar al calorcito de la casa cerrada respiró aliviada y se apresuró a cerrar tras de sí.

Ya estaba a medio camino calle abajo cuando se dio cuenta de que se había dejado el paraguas en la cafetería, y después de esperar y esperar en la parada del autobús, se había hartado al ver que no llegaba optó por volver andando aunque se mojara. Lo de esperar era para los perdedores, se había dicho.

Y es que, durante el tiempo que había estado esperando en la parada, con la fría lluvia corriéndole por el cuello y colándose en los botines, había llegado a una conclusión importante: tras sus veintiocho años de vida ya había esperado bastante.

De niña había esperado y esperado a que sus padres hicieran un hueco en sus ajetreadas vidas para prestarle un poco de atención. Había esperado que le explicaran por qué habían tenido que mudarse de repente, dejando su casa para irse a vivir a un pequeño apartamento.

Había esperado que algún día sus padres dejaran de decirle lo afortunada que era de poder ir al internado privado en el que la habían inscrito cuando eran tan ricos que les sobraba el dinero, pero que luego se había convertido en una losa para su bolsillo cada mes.

Y entonces había esperado que sus compañeras del colegio se dieran cuenta de que seguía siendo la misma, aunque sin dinero. Saffie y otras chicas le habían demostrado que eran sus amigas de verdad, pero otras, como Elise, le habían dado la espalda al cabo de una semana.

Y había esperado a que Nigel diera el primer paso y le pidiese que empezasen a salir en serio. Pero una y otra vez le había dicho que estaba demasiado ocupado con el proyecto en el que estaba trabajando y en el que ella le estaba ayudando.

La presentación de los planes de promoción ante el comité tenía que salir perfecta, le había dicho, pero luego podrían irse a pasar juntos un fin de semana fuera, para relajarse, y le dirían a los demás en la oficina que eran pareja. Lo único que le pedía era que esperase unas semanas más.

Hasta entonces la relación entre ambos sería su pequeño secreto. Sí, un sórdido secreto. Ella no había sido más que un peón en sus tejemanejes, del que se había deshecho cuando ya no le había hecho falta, para volver con la chica con la que estaba viviendo.

No, el pasado era el pasado, y ella ya había esperado bastante. Conocer a Miles le había hecho ver todo lo que había estado perdiéndose, y le dolía no haber sido capaz de relajarse y disfrutar de su compañía como si hubiese sido una cita de verdad.

Pero no lo había sido, y era eso lo que tenía que recordar, por bonita que fuera su sonrisa, y por increíble que hubiese sido la sensación de sus labios sobre los suyos.

Se quitó la gabardina y comenzó a subir lentamente las escaleras, arrastrando los pies. Los botines le pesaban como si llevase dentro de ellos plantillas de plomo. Los escalones de la vieja escalera de madera chirriaban, y el eco hacía resonar sus pasos, pero ya se había acostumbrado.

Cuando Saffie le había preguntado si quería ir a vivir allí con ella porque en una casa tan grande se sentía muy sola, Andy no se lo había pensado dos veces. Pero eso había sido hacía dos años, antes de que Saffie se fuera a París.

Andy se detuvo en mitad de la escalera y alzó la vista hacia la vidriera de colores del rellano. En los días de verano la casa se llenaba de luz, y parecía un lugar mágico, vibrante, lleno de vida, pero en ese momento la casa estaba en penumbra, y la lluvia y el viento azotaban los cristales.

De pronto fue como si todos sus problemas se agolpasen en su alma, y se deslizó contra la pared hasta quedar sentada en el escalón. Echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en suaves sollozos.

No estaba llorando porque la casa estuviese en silencio, ni por la oscuridad. Estaba llorando porque se sentía tan sola que de repente había sentido también lástima por sí misma. No tenía a nadie con quien hablar de sus cosas y de sus problemas; no había nadie que la comprendiera, o a quien le importara.

Bueno, tenía a Saffie, pero a esa hora estarían sirviendo la cena en el restaurante de París en el que estaba trabajando, y no podría hablar con ella hasta por la mañana.

Para ella, más que una amiga, era como una hermana, y la admiraba muchísimo. Podría haberse hecho abogado, como querían sus padres, pero no era eso a lo que ella aspiraba. Había empezado por abajo, lavando platos, y había acabado con un diploma en catering y una oportunidad de demostrar, en un reputado restaurante de París, de lo que era capaz.

Nadie estaba más orgullosa de Saffie que ella. No solo había sido su mejor amiga en el internado; había permanecido a su lado incluso cuando la bolsa se había desplomado y con ella el negocio de su padre. Y le había salvado la vida al proponerle que se fuera con ella y compartieran los gastos del alquiler hasta que encontrara un sitio propio donde vivir.

Era una situación en la que las dos partes habían salido ganando, como diría Nigel.

Nigel... Andy se llevó una mano a la boca y se enjugó las lágrimas de las mejillas. ¡Qué estúpida había sido! Había tomado la decisión correcta al presentar su dimisión al descubrir que le había ocultado que ya tenía una novia. Y una novia con dinero, además: la hija del jefe. Sí, era algo de lo que jamás se arrepentiría, aunque hubiese significado dejar un trabajo a jornada completa que estaba bien pagado.

Era solo que... bueno, algunas veces tenía la sensación de que en aquella casa vacía, donde además de un hogar tenía su estudio, el silencio se convertía en algo casi tangible. Su estudio... Una pequeña sonrisa arqueó sus labios y se secó las mejillas con el dorso de la mano. Sí, tenía su estudio, donde podía dibujar y pintar, y no quería nada más.

¿Podría ser que haber conocido a Miles estuviese ejerciendo una mala influencia en ella? Ahora estaba empezando a actuar como una verdadera emprendedora, que actuaba sin esperar el permiso de nadie. ¿Qué era lo que había dicho? Ah, sí, que le gustaba correr riesgos.

En los últimos meses había estado sacando una hora de aquí y allá para trabajar en lo que Saffie llamaba su pasión secreta: dibujar.

Era lo que quería hacer, más que ninguna otra cosa en el mundo. Por eso le había dolido tanto la traición de Nigel, porque para ayudarle en su proyecto había sacrificado tiempo que podría haber dedicado a su auténtica pasión.

Andy se agarró a la barandilla para levantarse, pero justo en ese momento sonó su móvil. Se apresuró a sacarlo del bolso, pensando que quizás fuera Saffie, pero cuando lo abrió se llevó una desilusión al ver que solo era un correo electrónico.

¿Y si era de Nigel?, se preguntó, quedándose paralizada. Casi sin atreverse a mirar, abrió el programa de correo. Era una notificación de la página de contactos; @deportista le había enviado un mensaje. Andy maldijo entre dientes. Al día siguiente, lo primero que haría sería cerrar la cuenta de Elise.

Soltó el aliento despacio y espero un segundo antes de pinchar en el enlace. Debía de haber pensado que era una completa idiota por haber salido huyendo de él sin darle siquiera una explicación, se dijo. Pero cuando leyó el mensaje puso los ojos como platos.

De: @deportista

Para: @chicadeciudad

Hola, Andy:

Espero que no te mojaras mucho y que no estés trabajando hasta tarde.

Quería disculparme por mi comportamiento impulsivo de hoy en la cafetería. Besarte delante de esas dos chismosas fue una falta de tacto por mi parte. Espero que no te complique las cosas.

Después de que te fueras vi que había, apoyado en la pared, un paraguas morado que creo que debe de ser tuyo.

Si no te mortifica demasiado la idea de volver a verme, me gustaría devolvértelo en persona.

En uno de tus mensajes mencionaste que te gusta la comida mediterránea, y resulta que han abierto hace poco un restaurante de cocina española en el Soho.

¿Te apetecería que quedáramos para cenar? ¿El jueves, a las siete y media? Me encantaría volver a verte; por favor dí que sí.

Miles

P.D.: Tienen unos quesos estupendos.

Andy se tapó la boca con la mano. Su mente era un hervidero de pensamientos, tanto de preguntas, como de posibles opciones y excusas. Aquella era su vía de escape; lo único que tenía que hacer era darle las gracias educadamente por la invitación y rechazarla. Disculparse, desearle suerte y punto. Ahí acabaría todo.

Dejó el móvil en el escalón superior, se frotó la cara con las manos y se masajeó la nuca unos minutos con los ojos cerrados.

Nigel la había engañado y se había aprovechado de ella, sí, pero... ¿no le habían hecho Elise y ella lo mismo a Miles? Todos aquellos mensajes que le había enviado, tantas mentiras... Nunca más volvería a prestarse a esa clase de engaños por mucho dinero que le ofreciera Elise.

Los hombres con los que había contactado en su nombre se merecían algo mejor; Miles se merecía algo mejor. Mucho mejor. Había sido tan educado y amable con ella...

Pero entonces volvió a leer el mensaje, y lo leyó otra vez, y cuantas más veces lo leía, más claro se le hizo lo que parecía decir entre líneas.

La estaba invitando a cenar porque sentía lástima de ella. Se arrepentía de haberla besado, de los problemas que pudiera haberle causado, de haber sido una molestia para ella. Por eso estaba ofreciéndole una cena a modo de disculpa, para sentirse mejor. No tenía el menor interés en ella.

Sus dedos fueron de una tecla a otra, escribiendo la única respuesta posible.

De: @chicadeciudad

Para: @deportista

Hola, Miles:

Te agradezco tu mensaje, pero no tienes que disculparte por nada.

Lo de cenar en un restaurante de cocina española suena maravilloso, y me siento muy halagada por tu amable invitación, pero no creo que sea buena idea que volvamos a vernos. Espero que disfrutes de tu estancia en Londres, y te deseo mucha suerte con lo de las citas por Internet.

Andy

P.D.: Me encanta el queso.

Vaciló un momento, pero luego pulsó con decisión el botón de enviar, y observó cómo el mensaje desaparecía en el ciberespacio.

Capítulo 4

De: saffie@saffronthechef.net

Para: andromeda@constellationofficeservices.com

Asunto: Momento de locura.

¡Hola, guapa!

Recibí el correo que me mandaste anoche; gracias por ponerme al día. Así que al final resultó que el misterioso @deportista, Miles, estaba como un tren, ¿eh? ¡Todavía no puedo creerme que hayas rechazado su invitación a cenar!

Mira, sé que va a sonarte escandaloso, pero creo que deberías mandarle otro mensaje y decirle que has cambiado de idea, que te encantaría cenar con él para probar esos quesos, y que se marque un baile flamenco para ti con una rosa entre los dientes. Y vestido con esos pantalones ajustados que llevan los bailarines de flamenco, por supuesto. ¡Estaré esperando fotos de la velada!

No, en serio, lo que necesitas es un buen cucharón de mi remedio para superar las relaciones basura: ¡ echar una cana al aire! Despreocúpate, toma prestado lo que quieras de mi armario, sal por ahí y desmelénate.

Si no, tengo la sospecha de que te pasarás días y días encerrada en casa, encorvada sobre tu mesa de dibujo. No lo hagas.

En fin, tengo que dejarte o me echarán una bronca por llegar tarde. Diviértete.

Saffie

P.D.: Lo digo en serio; aparca los lápices y los pinceles y sal a divertirme. Y sí, sé que soy una mandona, pero es por eso por lo que me adoras. ¿A que sí?

Miles se incorporó en la cama, jadeante, se apoyó en el cabecero y encendió la lámpara de la mesilla de noche, guiñando los ojos hasta que se hicieron a la luz.

Con el corazón desbocado y la piel brillante por el sudor, bajó las piernas de la cama y plantó los pies en el suelo de madera. Palpó con los dedos las duras tablas de roble, y el sentir algo tangible, algo real, lo calmó un poco.

Había vuelto a tener otra vez la misma pesadilla. Miró a su alrededor; ¿dónde estaba? «Céntrate». Estaba en el edificio de Cory Sports, en la planta de arriba, donde Jason tenía su apartamento. Londres, estaba en Londres.

La habitación estaba en silencio, demasiado en silencio, y era completamente blanca, como la habitación de hospital en la que había pasado los últimos once meses. Solo que sin el olor a medicamentos. Aire, necesitaba aire, acción, ruido, movimiento, color... ¡vida!

La fría luz del amanecer de otoño estaba intentando colarse por entre las cortinas de la ventana. Intentó levantarse de la cama, pero a su rodilla no le gustó ni pizca la idea, y contrajo el rostro dolorido, apretando los puños de ira y frustración.

¿Cuántas horas habría dormido? Miró el reloj. Cinco horas; quizá seis. No lo suficiente. Su último fisioterapeuta le había dado estrictas instrucciones de que hiciese el mayor reposo posible para darle a su rodilla una oportunidad para que se recuperase.

Miles volvió a tumbarse, pero el dolor era demasiado fuerte como para ignorarlo. ¿Cuándo dejaría de atormentarlo aquella pesadilla?, se preguntó, frotándose la rodilla. De pronto acudió a su mente una conversación que había escuchado sin querer: «¿Te has enterado de que Miles Gibson ha tenido un accidente de coche?». «Ahora sí que lo ha perdido todo, ¿verdad? Pobre. No volverá a subir a una tabla. Debe de ser muy duro aceptar que ha acabado su carrera».

Se equivocaban. Iba a demostrarles lo equivocados que estaban.

Hasta entonces, como campeón de surf, había sido un importante activo para Cory Sports, pero ahora estaban en un momento complicado de la economía, y la competencia era más fiera que nunca.

Su familia lo había sacrificado todo para hacer realidad su sueño de convertirse en un surfista profesional, y necesitaban que volviese a levantarse y le dijera al mundo que no iba a darse por vencido. No iba a defraudarles; le costase lo que le costase.

Era un luchador, y en eso era en lo que debía concentrarse en adelante, en luchar. Paso a paso, desafiando al dolor. Se había pasado la mayor parte de la semana anterior visitando a distintos especialistas allí en Londres, y todos habían llegado a la misma conclusión: no había ningún tratamiento que pudiese obrar un milagro.

El problema era que necesitaba que su rodilla estuviese en forma para al menos poder caminar; haría lo que fuera para evitar volver a acabar atado a una silla de ruedas, se dijo incorporándose de nuevo y revolviéndose el cabello con la mano.

Justo en ese momento se abrió la puerta y entró su hermano Jason, guiñando los ojos mientras se ponía las gafas.

—He oído gritos; ¿otra vez esa pesadilla?

—Sí, perdona si te he despertado —le contestó Miles.

Su hermano se dejó caer en la cama, a su lado, y agarró un almohadón para colocárselo debajo de la cabeza.

—No pasa nada —dijo bostezando—. Tenía que levantarme temprano de todos modos. Esa bonita recepcionista que envió la agencia ha tocado algo que no debía y no funciona el sistema de pedidos de la página web —le explicó—. ¿Y tú qué?, ¿vas a ver a otro fisioterapeuta?

—No, hoy no. Pero lo que sí tengo claro es que tengo que salir de aquí. No sé cómo lo haces, Jase. En serio, nunca imaginé que pasar tanto tiempo entre cuatro paredes pudiera ser tan pesado. Y cuando estaba hospitalizado no tenía elección, pero el trabajo de oficina me está matando. ¿No echas de menos, aunque sea de vez en cuando, el aire fresco y el sol?

Su hermano se encogió de hombros.

—Por cierto, el apartamento está bien, pero podías haber añadido alguna nota de color, ¿no? Todas estas paredes

desnudas... Y cuando miras por la ventana solo ves el cielo gris y edificios grises. Por no mencionar que a la mayoría de la gente de esta ciudad le vendría bien un poco de sol y un trasplante de buen humor.

Al decir aquello se acordó de Andy y esbozó una sonrisa.

–Por cierto, Jase, tienes que mandar un correo electrónico a esa agencia de contactos para decirles que mi cita de ayer estuvo genial, pero que la dama en cuestión decidió que lo de ligar por Internet no va con ella.

Jason gimió.

–¿Qué has hecho esta vez? ¿Tendré que llamar a nuestros abogados?

–Relájate, no hice nada fuera de lo normal.

–Eso es lo que me preocupa –dijo Jason volviendo la cabeza hacia él. Suspiró y añadió–: Anda, sorpréndeme: ¿era más vieja que Matusalén, una solterona desesperada, fría como un témpano, o una cazafortunas?

–Nada de eso. Andy es distinta, entrañable. Aunque no puedo decir que me sorprenda que no quiera volver a verme después de... Bueno, tengo que admitir que puede que no estuviera muy acertado y...

–Suéltalo ya. ¿No te desnudarías en medio de la cafetería para impresionarla con tus tatuajes o tus abdominales?

–Peor: la avergoncé delante de un par de excompañeras de trabajo. Y huyó de allí antes de que pudiera disculparme. Y puede que haya fotos.

Jason contrajo el rostro.

–¡Y se supone que tú eres el galán de la familia...! En fin, si sale algo en las revistas del corazón, la agencia de recortes de prensa nos pondrá al corriente. ¿Y qué aspecto tiene esa Andy?

A la mente de Miles acudió de inmediato su imagen: los delicados pómulos, el sedoso cabello castaño y los carnosos y sonrosados labios.

–Morena, ojos verdes, delicada, atrevida... No se pone histérica porque se le caía un poco de comida encima, se preocupa por los demás y tiene unas manos bonitas. Ah, y le gusta el queso.

Jason se bajó de la cama y, limpiándose los cristales de las gafas en la camiseta, le dijo:

–Ya. A ti te gusta esa Andy; y no intentes negarlo. Normalmente lo único que te interesa de una mujer es su aspecto en traje de baño o sin él. Te conozco demasiado bien. ¡Lástima que lo fastidiaras!

–¿Pero por qué te metes conmigo? –protestó Miles, lanzando los brazos al aire–. Fuiste tú quien me convenció para que me buscara una cita por Internet. Además, lo único que necesito es una acompañante para la entrega de premios, no una relación. Fin de la historia. Y por si has olvidado lo que te dije, al menos por un tiempo no quiero salir con nadie.

–No entiendo por qué. Lori te dejó en el peor momento posible, sí, pero de eso ya hace meses, y estás más o menos recuperado. Y llevabas semanas quejándote porque no conseguirías encontrar a tiempo una acompañante para la entrega de premios. No me culpes por tomar la iniciativa para intentar ayudarte.

–¿La iniciativa? Ya te daré yo iniciativa... –gruñó Miles–. Voy a quedarme en esta ciudad gris y aburrida el tiempo justo para esa ceremonia, y luego seré yo quien tome la iniciativa de marcharme de aquí para devolverle un poco de chispa y color a mi vida. Además, faltan menos de ocho semanas para nuestra gira de promoción en Australia. Sol, mar y surf. Estoy impaciente por empezar.

Andy sonrió para sí. Ese día iba a ir al museo a enseñarle a su amiga, la gerente de la tienda, sus diseños de las tarjetas navideñas. Tenían un montón de tarjetas preciosas a la venta, pero las suyas eran pintadas a mano, personalizadas, y basadas en sus diseños favoritos de los manuscritos iluminados que tenían en la sala de arte de la Edad Media.

Aquella era su oportunidad. Era en lo que había estado trabajando en cada rato libre que había tenido durante el último año. Había estado experimentando con nuevas ideas respecto a los colores y los bordes hasta que había quedado satisfecha con el resultado final. Sí, estaba contenta con su trabajo; muy contenta.

Además, la tarde estaba soleada, algo inusual en el mes de noviembre, y ya solo le quedaba por entregar una invitación para la fiesta de Elise. Una más y sería libre... ¡Libre!

Hacía un día tan bonito que había ido caminando por Covent Garden para luego subir hacia Holborn por pequeñas calles menos transitadas.

Los árboles aún tenían algunas hojas, y sus tonos rojizos, ocres y dorados estaban impresionantes iluminados por el tenue sol de otoño, y los escaparates estaban ya engalanados para la campaña navideña. Siempre le había encantado el otoño en la ciudad. Sobre todo cuando, como entonces, estaba soleado y tenía el resto del día para sí por delante.

Se paró un momento a comprobar la dirección y a mirar el mapa, torció la esquina y se quedó admirando la arquitectura del edificio al otro lado de la calle. Allí era donde iba, a las oficinas de una empresa llamada Cory Sports. Era un edificio de piedra victoriano de cuatro plantas, y aunque la entrada, remodelada, de mármol y cristal le daba un aspecto moderno, de algún modo encajaba a la perfección con aquella calle peatonal con sus maceteros de flores, sus boutiques y sus restaurantes.

Elise le había pagado para que pintara a mano las invitaciones de la fiesta que estaba repartiendo personalmente. Se trataba de una fiesta benéfica que celebraba cada año y a la que invitaba a sus principales clientes. Y naturalmente las invitaciones tenían que estar a la altura de sus invitados. El año anterior había encargado que las grabaran en placas de vidrio, y ese año, cuando ella le había hablado de sus aspiraciones de convertirse en ilustradora profesional, le había encomendado que las pintara a mano, cada una con un diseño distinto que se ajustara al cliente.

A pesar de la presión, Andy había disfrutado muchísimo haciéndolo. Treinta invitaciones, cada una personalizada, y todas escritas a mano por ella con letra de caligrafía antigua.

Entró en el edificio con una sonrisa de oreja a oreja, y le dejó el sobre con la tarjeta a la agradable recepcionista, que le prometió entregársela a su jefe, el señor Jason Gibson, en cuanto volviese.

Al salir de nuevo al sol, Andy inspiró, inhalando el delicioso aroma a café recién tostado que flotaba en el aire. El estómago le rugió. ¿Y si entrase en una cafetería a tomarse algo? Al fin y al cabo tenía tiempo, y podía darse el

capricho, como un premio por todo lo que había trabajado.

Era curioso, pensó mientras seguía caminando, cómo el olor a café la había transportado de inmediato a aquella tarde en la cafetería con Miles. Desde aquel día se había acordado un montón de veces de él, y aunque la había halagado que le dijese que había accedido a aquella cita por sus mensajes, no era tan tonta como para pensar que un hombre como él querría salir con ella.

Además, era un oportunista, un donjuán a la caza de una chica que lo entretuviera durante el tiempo que fuera a estar en Londres.

Justo enfrente había una elegante cafetería-confitería francesa. Andy sonrió, y entró sin pensárselo. Pero en el instante en que se dirigió al mostrador para esperar su turno, se quedó paralizada al ver que, sentado en una mesa en un rincón, y compartiendo risas con una sofisticada rubia, estaba Miles.

Aunque se había sobresaltado porque no esperaba encontrarlo allí, Miles parecía completamente ajeno a todo y todos los que lo rodeaban. Estaba demasiado ocupado, acariciándole con una mano el brazo a la rubia, mientras la otra descansaba en su rodilla. El escote en uve de la blusa de la chica parecía diseñado para exhibir sus generosos encantos, y él parecía estar admirándolos bien de cerca.

La rubia, que llevaba una minifalda roja cortísima que resaltaba su esbelta y perfecta figura, y unos zapatos de plataforma sin talón del mismo color, tenía unas piernas bronceadas que parecían interminables.

Con su esmerado maquillaje, y el pelo largo perfectamente liso y peinado, como si acabara de salir de la peluquería, no podía ser más distinta de ella.

Y Miles, que estaba embelesado con ella, no se daría cuenta de que estaba allí aunque hubiese entrado tocando la trompeta.

¡Qué fresco! Hacía solo unos días la había invitado a cenar, y ahora se lo encontraba allí, charlando y riendo con otra en una cafetería. ¡Y vaya cambio! Se había cortado el pelo, e iba vestido con traje de ejecutivo. ¿Qué había sido del deportista?

Lo había calado desde el principio: no era más que otro ejecutivo buscando a una chica que lo adorara y le dijera lo maravilloso que era.

Había estado soñando con él cada noche desde esa tarde, reviviendo el beso que habían compartido, y él, mientras, había estado a la caza y captura de su siguiente cita. La enfurecía haber caído en su juego.

Miles le susurró algo a la rubia, que soltó una risita, y se levantó y se dirigió al mostrador. ¿Podría ser que la hubiese visto y la hubiese reconocido?

Se sentía tan humillada que debería haberse marchado nada más verlo, pero en vez de eso sus pies parecían haberse quedado pegados al suelo, y permaneció allí plantada, como una idiota, observándolo, hasta que se detuvo a no más de un metro de ella.

No le dijo ni una palabra. Nada. Ni siquiera un mísero «hola». En los pocos segundos que le llevó pedir otros dos capuchinos, lo miró de arriba abajo, pero él continuó ignorándola. ¿Se podía ser más grosero?

–Esto es nuevo, ¿no? –le dijo acercándose, en un tono calmado–. Creía que te iba más lo de pedir desde la mesa. ¿O es que has decidido unirse al común de los mortales para variar?

Miles se volvió con el ceño ligeramente fruncido, y esbozó una sonrisa paternalista.

–Lo siento, pero creo que se equivoca de persona. Tengo una cara muy común –le dijo encogiéndose de hombros.

Y se volvió hacia el mostrador, donde una de las dependientas estaba colocando una bandeja para poner en ella los cafés que había pedido.

Andy apretó los dientes. ¿Que se equivocaba de persona? ¿Que tenía una cara muy común?

Miles se volvió y sonrió a la rubia, y entonces lo comprendió todo. Por supuesto Miles no querría que supiese que tenía por costumbre citarse con chicas en cafeterías, y por eso estaba haciendo como que no la conocía de nada.

¡Pues no iba a irse de rositas! Dio un paso adelante, poniéndose tan cerca de él que sus hombros se rozaban, lo que pareció sobresaltarlo un poco.

–Siento mucho que el otro día tuviera que marcharme tan pronto –murmuró–, pero fue un detalle por tu parte que luego quisieras invitarme a cenar otro día.

Miles la miró boquiabierto y parpadeó.

–Perdone, pero no sé de qué me habla. ¿Nos conocemos de algo? ¿A qué invitación se refiere?

La dependienta, que estaba poniéndole el segundo capuchino en la bandeja y debía de haber oído lo que había dicho Miles, se tapó la boca para disimular una sonrisa maliciosa.

Estupendo. Primero Miles fingía no conocerla, y ahora hasta la dependienta se burlaba de ella. Le lanzó una mirada gélida, y volviéndose hacia Miles, le dijo:

–¿Te dice algo una cita por Internet?, ¿el lunes por la tarde?

Él frunció el ceño y se quedó mirándola un buen rato.

–Una cita por Internet... –murmuró. De pronto enarcó las cejas y esbozó una sonrisa educada–. ¡Ah, claro, Andy! Tú debes de ser Andy. Pues me alegro de conocerte, pero... ¿cómo nos has encontrado?

Andy entornó los ojos.

–No soy una obsesa, ni estoy acosándote –le espetó furiosa–. No tenía ni idea de que estarías aquí –añadió alzando la barbilla y plantando las manos en las caderas–. No puedo creer que haya estado sintiéndome mal por cómo me marché el otro día. Pues, ¿sabes qué?, olvídale todo. Olvida que me besaste y que me invitaste a cenar. Es más, olvida que nos conocimos. ¡Y aquí tienes la bebida que te debía, ya que tanto te gusta el agua, surfista de pacotilla!

Y dejándose llevar por la ira, agarró una jarra de agua con hielos que había sobre el mostrador, y le arrojó el contenido a la cara de Miles, que se quedó boqueando y mirándola de hito en hito.

–Adiós, Miles; no nos volveremos a ver –se despidió.

Y dicho eso, apretó los dientes, se giró sobre los talones... y se chocó con el pecho de un hombre que parecía un muro de piedra.

–Pues es una lástima, porque hacía mucho que no me divertía tanto.

¡Era él! El pelo más bien largo, la voz profunda y aterciopelada, y esa imponente presencia. ¿Cómo podía ser? ¿Estaba teniendo alucinaciones? Andy dio un paso atrás, perpleja. Se volvió hacia la otra versión de Miles, que seguía de pie junto al mostrador, chorreando, y comprendió: gemelos, eran gemelos... ¡Ay, Dios!

Miró a Miles, que enarcó una ceja, y luego a su gemelo, al que la rubia, muy solícita, estaba secando con un pañuelo. Este tenía el ceño fruncido, y era evidente que estaba esperando una explicación.

Tenía que salir de allí.

–Esperad un momento –murmuró parpadeando, y con aire inocente les preguntó–: La cita del otro día, ¿se suponía que iba a ser contigo...? –miró a Miles–. ¿O con...? –inquirió mirando a su hermano.

El gemelo trajeado tosió y se tiró de las mangas de su elegante camisa a medida antes de señalar a Miles.

–Con él.

Andy se giró.

–Yo... Lo que le he dicho a tu hermano es la verdad: no estoy acosándote ni nada de eso.

Miles volvió a enarcar una ceja.

–Y entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

Tenía las manos en los bolsillos del pantalón, y su expresión tranquila, como si lo tuviera todo bajo control, la irritó profundamente.

–Desde luego puedo asegurarte que no he venido aquí buscándote a ti –le espetó–. Pero si quieres saberlo, vengo de hacer una entrega en las oficinas del edificio de enfrente.

Él lanzó una mirada a través del escaparate, luego la miró de nuevo a ella, y frunciendo el ceño, inquirió:

–¿Te refieres a Cory Sports?

Cuando ella asintió, dijo confundido:

–¿Una entrega? Creía que eras secretaria en una agencia de publicidad.

–Y lo soy. Es que... bueno, estoy ayudando a mi jefa con un acto benéfico que organiza todos los años. Me pidió que hiciera las invitaciones, pintándolas a mano, y como me preocupaba que Correos pudiera extraviar alguna o que llegasen tarde, decidí entregarlas yo misma.

–Así que, además de secretaria y mensajera, ¿también eres artista? –inquirió él con esa voz tan sensual.

–¡Bah, eso no es nada! Es que tengo tantos talentos que es difícil llevar la cuenta –respondió ella con insolencia, mirándolo a los ojos. Y no iba a apartar la vista.

La tensión sexual que había entre ellos era tan palpable que podría haberse cortado con un cuchillo. Miles tampoco apartó sus ojos de los de ella, y parecía que estuviese conteniendo una sonrisa.

–¡Vaya un calor que hace aquí! –exclamó su hermano, interrumpiendo su conversación–. Le pido disculpas por el malentendido –le dijo a Andy con un suspiro–. Todo esto explica muchas cosas... –murmuró. Y le tendió la mano y estrechó la suya como si estuviesen a punto de celebrar una reunión de negocios–. Soy Jason Gibson, de Cory Sports, el hermano de Miles, como ya habrá deducido. Un placer conocerla, señorita.

Andy carraspeó.

–Lo mismo digo. Y... eh... perdón por lo de la jarra de agua. Que disfruten de su café.

Y dicho eso se recolocó el bolso en el hombro y se dirigió a toda prisa a la salida.

Jason se volvió hacia su hermano.

–¿La besaste? ¿Y la invitaste a cenar?

Miles se encogió de hombros.

–Me declaro culpable de todos los cargos, señorita.

Jason enarcó las cejas.

–Ya, pues más vale que vayas tras ella, porque creo que puede que hayas encontrado a la horma de tu zapato, y aún necesitas una acompañante para la entrega de premios. A lo mejor, después de todo, sí que funciona eso de las citas por Internet.

Capítulo 5

MILES contrajo el rostro dolorido mientras tiraba de la rodilla, andando deprisa para dar alcance a Andy. Tenía un bastón en el apartamento de Jason, pero se negaba a dejar que lo vieran en público con él; no quería parecer un tullido.

La agonía mereció la pena, porque Andy tuvo que detenerse al llegar al cruce.

–¡Andy, espera! –la llamó, poniéndole una mano en el hombro.

Ella giró la cabeza y, al verlo, suspiró y sacudió la cabeza con incredulidad.

–¿Qué?, ¿es que no me he puesto ya bastante en ridículo por un día? –levantó las dos manos, como haciendo que se rendía–. Ya admití que había escrito esos mensajes por mi jefa; ¿puedo volver ahora a mi vida? No es que no quiera pararme a charlar contigo, pero tengo prisa –le dijo cuando el semáforo se puso en verde para los peatones–. ¡Que te vaya bien!

Se giró sobre los talones y echó a andar. Mientras la seguía, Miles se fijó en lo que llevaba puesto: un anorak azul marino, una falda roja de cuadros con vuelo, una boina a juego, medias negras y unos zapatos planos de cordones de color verde.

Era un atuendo alegre, colorido y, a él al menos, le parecía muy sexy. Corrección: era ella la que era muy sexy. ¿Y no le había dicho a Jason que necesitaba algo de chispa y color en su vida para que su estancia en Londres se le hiciera soportable?

Pues tenía al ejemplo perfecto de chispa y color justo delante de él. Bajo la forma de una chica que lo hacía reír, lo cual no era sencillo.

Nunca había conocido a una chica tan abierta y expresiva como Andy. Aunque quizá fuera demasiado abierta. Y demasiado sincera. Miles aminoró el paso.

Los mecanismos de autoprotección que había erigido cuando Lori lo había dejado seguían ahí, en su subconsciente, y en ese momento le recordaron el error que había cometido con ella. Había confiado en Lori, había compartido sus sueños con ella, le había dado todo. Todo.

Y al final había resultado que no era más que otra cazafortunas que solo había permanecido a su lado mientras le había resultado útil.

¿Por qué entonces estaba persiguiendo por las calles de Londres a Andy, cuando la vocecilla de su conciencia estaba gritándole que aquello era demasiado bueno para ser verdad?

En fin, solo había una forma de averiguar si estaba equivocándose. No iba a dejar a Andy escapar tan fácilmente. No sin que le hubiera dicho al menos su apellido y un número de teléfono.

Necesitaba una acompañante para una noche; solo para una noche. No quería una relación, ni una compañera de cama. Y Andy podría ser justo la bocanada de aire fresco que había estado buscando.

Andy tuvo que detenerse al llegar a otro cruce, y allí de nuevo le dio alcance. Cuando carraspeó para llamar su atención al ponerse detrás de ella, Andy se volvió con el ceño fruncido y puso los brazos en jarras.

–¿Pero es que estás siguiéndome? Podría denunciarte, ¿sabes? ¿O es que estás tan aburrido que no tienes nada mejor que hacer?

–Puede. O puede que solo esté dando un paseo; disfrutando del buen tiempo –contestó él, y se puso a silbar.

–Ya –murmuró ella enarcando una ceja–. Mira, Miles, ya me disculpé contigo por lo que hice. Sé que cometí un error, que debería haberle dicho a mi jefa que escribiera ella esos mensajes a los hombres que me interesa... que le interesaran, quiero decir –se apresuró a corregir el lapsus.

–Ajá... o sea que yo te interesaba, ¿eh? –murmuró Miles asintiendo con la cabeza–. Me alegra que hayamos aclarado ese punto. Y me alegra que te interesara, porque si no, no nos habríamos conocido. ¿Por qué no firmamos una tregua?

–Si digo que sí, ¿dejarás de seguirme? Tengo una reunión de trabajo y es muy importante para mí.

–Te doy mi palabra.

Andy suspiró, le tendió la mano y Miles se la estrechó.

–Bueno, pues ya está, ya tienes la tregua que querías –le dijo mirando su reloj–. A lo mejor hasta volvemos a encontrarnos por ahí. ¡Hasta luego!

Y echó a andar con prisa entre la gente, aprovechando que se había abierto el semáforo.

Miles iba a seguirla de nuevo, porque no había terminado de decirle lo que quería decirle, pero junto al paso de cebra se había parado un coche que hizo que el corazón le diera un vuelco, y se quedó allí plantado, con el rostro desencajado.

Era muy parecido a su pequeño y querido deportivo rojo. Cerró los ojos y lo vio de inmediato en su mente. Su padre se lo había comprado a un amigo, de segunda mano, y juntos lo habían arreglado con amor en el garaje de casa, acabando con las reparaciones justo a tiempo para el día en que cumplía diecisiete años.

Había sido su primer coche, y la envidia de todos los chicos del instituto. Incluso de Jason, a quien nunca le habían interesado los coches, y que había pedido como regalo de cumpleaños un ordenador.

Había sentido un tremendo cariño por ese coche. Se lo había llevado a la playa para pasar el día, de picnic con la familia... Y nunca le había fallado; ni una sola vez.

Se le había partido el corazón el día que aquel camionero borracho lo había embestido en la carretera, con él dentro, dejándolo en siniestro total. Juntos hasta el final.

Miles se obligó a abrir los ojos y mirar el mundo real. Estaba en Londres, en el presente, en el mes de noviembre. Tenía que controlar su respiración. «Vamos, ya sabes cómo va: inspirar profundamente, desde el abdomen».

Tenía que dejar atrás el accidente y vivir. ¿No era eso lo que le habían dicho todos los médicos? Tenía que concentrarse en lo positivo, en el hecho de que la mayor parte de su cuerpo seguía funcionando como debía, y que

gracias a un golpe de suerte y al cinturón de seguridad había evitado una lesión cerebral. Miles miró a su alrededor. Pudo ver a Andy más adelante, no muy lejos, y el semáforo volvía a estar abierto. Andy era un buen punto para volver a empezar; para ver las cosas de un modo positivo.

Cruzó y, aunque con un poco de esfuerzo, logró darle alcance de nuevo.

–No tan rápido –dijo poniéndose a su lado mientras atravesaba una gran plaza, hacia un impresionante edificio de piedra. Y aunque Andy puso los ojos en blanco y resopló, continuó caminando con ella–. No estoy acostumbrado a que una mujer me rechace cuando la invito a cenar, y hay algo que no dejo de preguntarme: ¿cuál fue el motivo real por el que decidiste presentarte a la cita el otro día, en lugar de tu jefa? Y que conste que no te estoy siguiendo, es que siento curiosidad.

–¿Curiosidad? –repitió ella, reprimiendo una sonrisa.

–¿Fue solo porque tu jefa te había pagado para que lo hicieras?, ¿o porque te preguntabas qué aspecto tenía? En persona, quiero decir.

Andy lo miró brevemente antes de volver la vista al frente.

–Tal vez. Pero más que nada fui a la cita por el motivo que te dije, porque me sabía mal que te quedaras esperando a alguien que no iba a aparecer.

–Te agradezco que sacaras tiempo para venir, me parece un bonito gesto por tu parte, pero no tenías que preocuparte; no soy de los que se quedan esperando media hora. Y en cuanto a la invitación a cenar, no pienso darme por vencido; sigue en pie.

Ella suspiró y le señaló el edificio al que se dirigían. Sobre la fachada, que tenía un enorme pórtico de columnas, en grandes letras doradas, figuraba el nombre *Colección Harcourt*.

–Estoy muy ocupada, lo siento –le dijo.

–No tengo prisa; puedo esperar. Por cierto, ¿a dónde vamos?

–Este es uno de los mejores museos de Londres, y mi lugar favorito del mundo. Además, resulta que trabajo aquí los fines de semana, y no querría seguir con esta discusión dentro y que alguien pudiera echarme un rapapolvo. Así que, si no te importa, ¿te parece que nos despidamos aquí? –dijo deteniéndose y volviéndose hacia él.

Miles alzó la mirada hacia las letras doradas y parpadeó. ¿Que trabajaba en un museo? Aquello era cada vez más surrealista e intrigante. Quizá fuera cierto lo de que tenía múltiples talentos.

–No tan deprisa –le respondió–. No vengo mucho por Londres, y ni siquiera sabía que existía este museo. Me parece que sería una lástima perderme la oportunidad de verlo por dentro. De hecho, como trabajas en él, ¿no podrías hacerme una visita guiada?

–¿Una visita guiada? Va a ser que no. Perdona, pero como te he dicho tengo una reunión de trabajo y...

–¿A qué hora la tienes?

–Todavía faltan un par de horas, pero quiero aprovechar ese tiempo para repasar mi presentación y la propuesta de negocio. Aunque, si de verdad quieres una visita guiada, puedes preguntar en recepción y unirme al próximo grupo.

Miles gruñó y la miró con los ojos entornados.

–Buen intento, pero no voy a dejarte escapar tan fácilmente. Además, ¿he oído bien?, ¿has dicho «propuesta de negocio»? Porque, si es así, yo puedo ayudarte con eso y tú me haces de guía. ¿Qué te parece?

Ella miró a un lado y a otro, y se inclinó hacia delante para decirle:

–No pretendo ofenderte, pero soy ilustradora, y quiero convencer al museo para que vendan en su tienda unas tarjetas de Navidad que hago a mano. En fin, tú te dedicas a vender ropa deportiva, y eso no tiene nada que ver con lo mío –le explicó–. Es una oportunidad de oro para mí, y estoy bastante nerviosa, así que gracias, pero no.

Miles se rio y la tomó de la mano.

–Dame una oportunidad, mujer; soy muy bueno haciendo propuestas de negocio. No te arrepentirás –le dijo.

Y a pesar de las protestas de Andy, la arrastró dentro del edificio.

–¿Y de verdad crees que podría pedir tanto por cada tarjeta? –le preguntó Andy a Miles, mientras recorrían una sala con piezas de jade y porcelana de Oriente.

Se habían sentado en el vestíbulo, donde ella le había enseñado las tarjetas de muestra, y habían repasado juntos su presentación y el esbozo de propuesta de negocio que había redactado, y después, como habían acordado, ella le estaba enseñando el museo.

–Desde luego –contestó él–. No has tenido en cuenta tu tarifa por hora. Las tarjetas que has hecho son muy bonitas y llevan muchísimo trabajo. Ofrécele al museo el porcentaje de la venta que te he sugerido y tanto ellos como tú obtendréis beneficios. Sería un error infravalorar tu trabajo. La gente quiere productos de calidad. Por no mencionar que son tarjetas hechas a mano y con diseños personalizados para el museo.

–No lo había visto de ese modo. Y es verdad que para hacerlas me inspiré en piezas del museo. Cada motivo central está basado en una letra capital de los manuscritos iluminados de la Edad Media. Son tan maravillosos que no hay palabras para describirlos. De hecho... ven, te los enseñaré –le dijo Andy con una sonrisa, señalándole otra sala y echando a andar.

Miles la siguió, y cuando la alcanzó, Andy estaba inclinada, escudriñando unos antiguos y enormes libros abiertos expuestos en una larga vitrina de cristal.

Cuando alzó la vista hacia él, el modo en que se había iluminado su rostro lo dejó maravillado. Era la viva imagen de alguien entusiasmado por lo que le apasionaba. Él, que era un fanático del surf, conocía muy bien esa sensación. Una mano gélida le estrujó el corazón. ¿Volvería a experimentar alguna vez esa pasión?

Andy estaba hablándole de las familias reales que habían encargado que se hicieran aquellos libros en un mundo en el que aún no se había inventado la imprenta y, mientras la escuchaba, Miles se encontró pensando que no era bonita; era preciosa.

Apenas podía despegar sus ojos de ella para mirar las ilustraciones que le estaba describiendo. Andy apoyó los codos en el marco de la vitrina y suspiró extasiada.

–¿Verdad que son increíbles? –murmuró, y le miró, sonriendo, con ojos brillantes.

Su sonrisa era tan contagiosa que Miles no pudo evitar sonreír también, y se acercó un poco más para ver mejor un detalle curioso sobre los colores que empezó a explicarle.

La pierna estaba empezando a molestarle, y estaba por pedirle prestada su silla al guarda de seguridad, pero justo en ese momento se oyó un alboroto, como el ruido que haría una manada entera de crías de elefante. Andy y él se volvieron, y vieron entrar en la sala a un nutrido grupo de escolares charlando y correteando excitados de un lado a otro, seguidos de dos profesores con cara de resignación que iban pidiéndoles que les atendieran y no hicieran tanto ruido.

Andy se apartó de la vitrina con un suspiro, miró a Miles, y se encogió de hombros.

–Tengo una idea –le dijo.

Iba a decirle que podían ir a la cafetería a sentarse un rato y tomar algo, pero algunos de los niños, como un enjambre, ya estaban bloqueando la entrada, como si de repente a todos les hubiera entrado sed a la vez. Bueno, tendría que recurrir al plan B.

–¿Y si te dijera que conozco una salida secreta a la cúpula del edificio, por donde escapar de esta horda de pequeños salvajes?

Miles le rodeó la cintura con el brazo, lo que la pilló desprevenida, y le susurró:

–Te seguiré al fin del mundo.

–Ahora sí que estoy intrigado –dijo Miles–. ¿Cómo sabías lo de esa escalera secreta que subía aquí? –le preguntó Miles.

Estaban apoyados en una barandilla, observando a través de un cristal curvado las bulliciosas calles de Londres. Sobre sus cabezas se alzaba la cúpula del museo, que era una obra maestra en sí misma, construida con metal y piedra, entre los que se intercalaban paneles decorados con pinturas de estrellas y criaturas mitológicas.

La plataforma en la que se encontraban daba la vuelta al interior de la cúpula y ofrecía una vista de trescientos sesenta grados de la ciudad a través de gruesos ventanales.

Andy alzó la vista hacia él y sus labios se curvaron en una sonrisa divertida.

–La casa donde crecí no está muy lejos de aquí, y llevo viniendo a este museo desde niña –le señaló la bóveda–. Tenía una copia de ese zodiaco en el techo de mi dormitorio. Por las noches, cuando me metía en la cama me encantaba observarlo y preguntarme qué significaban todas esas figuras, y las estrellas. ¡Era algo mágico!

–¿En serio? Vaya, a tus padres debía de encantarles traerte aquí –observó él.

–¿A mis padres? No exactamente –contestó ella encogiéndose de hombros–. Los dos trabajaban y no tenían mucho tiempo libre; ni siquiera los fines de semana. Tuve una sucesión de niñeras, que pronto descubrieron que podían dejar que me paseara por el museo mientras se tomaban algo tranquilamente en la cafetería. Yo me ponía a explorar por mi cuenta, y como los guardas de seguridad me conocían y sabían que no daba problemas, nunca me decían nada. Y los guías me contaban curiosidades sobre los objetos expuestos, y respondían a mis preguntas interminables –le explicó–. Me encantaba venir aquí, pero al cabo de un tiempo mis padres se dieron cuenta de que estaba pasando demasiado tiempo aprendiendo acerca de cosas «inútiles», como la historia de la antigua Persia, y decidieron enviarme a un internado. Yo tenía once años. Claro que para entonces el daño ya estaba hecho –añadió con humor–: me había convertido en una fanática de la historia, y estaba tan orgullosa de ello que me juraba y perjuraba a mí misma que no iba a cambiar mis sueños por más que mis padres me dijeran que debía estudiar Económicas y dedicarme a cosas tan fascinantes como los fondos de cobertura.

Miles se rio.

–¿Te imaginas? –dijo ella. Sí, tengo recuerdos maravillosos de los días que venía aquí de niña, de estar sentada aquí arriba yo sola, soñando con las investigaciones históricas que haría cuando fuera mayor, con cómo estudiaría todos esos manuscritos antiguos y les arrancaría sus secretos –su voz se fue apagando al pensar en el contraste entre lo que había sido su vida hasta entonces y todo aquello que había imaginado–. ¡Mi vida iba a ser tan mágica...! Pero bueno, ahora estoy trabajando como secretaria a media jornada, aquí en el museo atiendo en el mostrador de información los sábados y, fíjate qué tontería, aunque vengo cada semana, el haber podido venir hoy, que tenía la tarde libre, es como haberme dado un capricho –añadió, riéndose vergonzosa.

–Seguro que es porque te gusta tanto este sitio que cuando no estás aquí lo echas de menos –le contestó él con una sonrisa amable–. Debe de ser duro para ti, con esos conocimientos de arte e historia, tener que trabajar en una oficina.

¿Duro? Decir que era duro era quedarse corto. Difícilmente podría explicarle lo abatida que se había sentido al tener que renunciar a su plaza en una prestigiosa universidad, por la que se había esforzado tanto, porque sus padres, que habían perdido hasta la camisa, no podían pagarle la carrera.

Habían querido que estudiara una carrera que le diera seguridad, no «esa descabellada idea» de estudiar Historia del Arte, que se le había metido en la cabeza y que no la llevaría a ningún sitio.

Le había suplicado a sus abuelos que la apoyaran, y había solicitado distintas becas, pero todo había sido en vano, y al final había tenido que afrontar la realidad. Si quería hacer del arte su vida, tendría que ser con dinero que ella misma hubiese ganado.

Había ido a clases nocturnas, a talleres del museo... Cualquier cosa que pudiera ayudarla a incrementar sus conocimientos y mejorar su técnica. Y por supuesto practicaba, practicaba y practicaba.

Todo ese ajeteo la mantenía tan ocupada que normalmente no pensaba en esas cosas, pero el hablarle de ello a Miles había hecho que la inundaran los recuerdos tristes de aquellos años, recuerdos que debía apartar, devolviéndolos a donde pertenecían.

Alzó la vista hacia la luna nueva, que se veía ya en el cielo, cada vez más oscuro, sobre los altos edificios. Sintió que se le saltaban las lágrimas al recordar las oportunidades que había perdido, pero hizo un esfuerzo por contenerlas.

–Perdona –le dijo a Miles, con un nudo en la garganta–. No acostumbro a ir por ahí parlotando sobre antigüedades

y sobre la aburrida historia de mi vida, pero es que he tenido una semana difícil. Gracias por escucharme –murmuró bajando la vista.

Miles se acercó un poco más a ella.

–Tengo la sensación de que necesitabas hablar; y nada de lo que has estado contándome me ha parecido aburrido; en absoluto –respondió.

Andy giró la cabeza para ver si estaba burlándose de ella, como había hecho Nigel, pero en sus ojos había una mirada sincera y curiosa que la desarmó.

–Gracias –volvió a decir, y soltó una tosecita para ocultar su azoramiento–. ¿Y tú? –le preguntó–. ¿Dónde te criaste?

–En un lugar que no se parecía en nada a esto –contestó él riéndose–. Nací en Cornualles. Mi padre daba clases de distintos deportes, y fue él quien nos enseñó a hacer surf, así que mi hermano y yo pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo libre en la playa, o ayudándole con los entrenamientos en los colegios de la zona en los que trabajaba. Y luego, en Navidades, íbamos a Tenerife, donde mis abuelos tenían una casa. Era estupendo: sol y surf.

–Seguro que sí, aunque a mí me encanta Londres en Navidad –replicó ella, mirando de nuevo la ciudad.

Los árboles estaban adornados ya con sus lucecitas blancas, y las tiendas parecían competir entre ellas por el escaparate más bonito, con distintos motivos navideños. Los viandantes andaban con prisa, arrebujándose en sus abrigos porque ya empezaba a hacer frío.

Era una escena tan familiar para ella, y a la vez tan mágica, que Andy sintió que sus hombros se relajaban por primera vez en muchos días.

Permanecieron en silencio, observando la vista, y Andy se sentía tan a gusto que se preguntó si debería decirle a Miles que era el primer hombre al que llevaba allí, a su escondite secreto. Quizá no, pensó vacilante, recordándose el daño que se había hecho al confiar en Nigel.

Bueno, Miles estaba allí con ella por su propia voluntad, pensó. Y parecía contento de estar allí, compartiendo aquel momento de paz con ella.

Pero lo cierto era que seguía siendo un extraño. ¿Por qué le había contado todas esas cosas tan personales a alguien a quien apenas conocía?, se reprochó.

Miles no era su amigo. Habían compartido risas, habían charlado, pero no sabía demasiado de él, ni sabía por qué había querido pasar esa tarde en un museo con ella.

Al fin y al cabo no era un cualquiera; era un multimillonario, un hombre decidido a triunfar, con las ideas muy claras, un hombre que conseguía todo lo que se proponía.

De pronto, aunque no habría sabido explicarlo, tuvo la sensación de que estaba mirándola, y al girarse ligeramente, lo encontró tan cerca de sí que notó su cálido aliento en las mejillas.

Mientras se miraban a los ojos, el ruido de los pisos inferiores del museo pareció diluirse hasta que todos sus sentidos estaban centrados en Miles. No podía moverse; no quería moverse.

–¿Qué estás haciendo aquí, Miles? –le preguntó–. ¿Qué quieres de mí?

Capítulo 6

Andy suavizó sus palabras encogiendo un hombro y añadiendo:

–Quiero decir que... supongo que tendrás trabajo por hacer, ¿no? ¿No deberías volver ya?

Miles se irguió y quitó las manos de la barandilla para volverse hacia ella.

–Bueno, como no quieres cenar conmigo, tuve que encontrar otro modo de satisfacer la curiosidad que sentía por ti. Y sí, seguro que mi hermano me tiene preparado una montaña de papeles esperándome en la oficina, y sí, probablemente debería irme, sobre todo por la rodilla –murmuró inclinándose para masajearla un poco con la mano. Y como si estuviera dando un parte, añadió en un tono monocorde–: Sufrí un accidente. Todavía estoy yendo a fisioterapia. Me duele cuando estoy mucho tiempo sentado o de pie.

–¡Ay, no! ¿Pero por qué no me has dicho nada? –exclamó ella poniéndole una mano en el brazo–. Perdona. ¿Te duele mucho?

El rostro de él se tensó, y le contestó con una voz cortante, como la afilada hoja de una espada:

–No importa, estoy bien.

Andy se estremeció, sobresaltada por ese repentino cambio de tono. El ambiente cordial que había habido entre ellos se había desvanecido de pronto, igual que el humo.

Miles debió de darse cuenta de su brusquedad, porque añadió en un tono más amable:

–Gracias por hacerme de guía, y por haber compartido conmigo lo que te apasiona, Andy –alargó las manos y le frotó con ella los brazos–. Empieza a hacer frío aquí arriba, ¿no? Estás temblando. Bajemos a la cafetería y te invito a un café calentito. O a un té; lo que quieras. Y de paso si quieres puedes practicar conmigo otra vez tu propuesta de negocio. ¿Vamos?

Le tendió una mano, y ella se quedó mirándola sin saber qué hacer. Tomarla significaría aceptar pasar más tiempo con él. Pero antes de que pudiera decidir, fue él quien tomó su mano y le dijo:

–Y una cosa más: creo que ya va siendo hora de que me digas tu nombre completo. Por cierto, ¿de qué nombre es diminutivo Andy?

Ella frunció los labios.

–Más vale que no te rías. Viene de Andrómeda. Me llamo Andrómeda Davies.

Él se limitó a asentir.

–Andrómeda –repitió–. Te va como anillo al dedo –levantó la mano libre y le acarició la mejilla–. También quería decirte que sé lo que es tener un sueño. ¿Crees que a mi hermano Jason y a mí nos han venido las cosas en bandeja de plata? No, por supuesto que no. Antes de empezar con nuestro negocio aceptamos un montón de trabajos mal pagados para ir ahorrando y poder montarlo –le explicó–. Y alguien que, como tú, que tiene una pasión a la que se niega a renunciar, es alguien de quien me gustaría saber más. Me encantaría volver a verte –le dio un beso en la punta de la nariz, y el roce de sus labios fue tan suave como si se hubiese posado en ella una mariposa–. ¿Qué me dices?, ¿sigues sin querer cenar conmigo? Esta vez sería una cita de verdad. Me gustaría que me contaras más cosas acerca de tus sueños. ¿No te tiente siquiera un poco la invitación?

¿Que si no la tentaba? Andy parpadeó. ¡Por supuesto que la tentaba! Pero seguía sin entrarle en la cabeza que quisiera que cenara con él. ¿Para que le hablara más de sus sueños? ¿Para oírle hablar de sus planes y sus fantasiosas ambiciones?

Al contrario que él, no tenía ninguna historia fascinante que contar de viajes a países exóticos, ni de impresionantes logros profesionales. ¿No sería más bien por lástima?, ¿o porque estaba aburrido y necesitaba a alguien que la entretuviese?

Miles, que seguía esperando su respuesta, no apartaba los ojos de ella, y aunque Andy retrocedió, él dio un paso adelante, dándole a entender que no iba a darse por vencido. El corazón le latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo desde donde estaba. Olía maravillosamente, y era tan guapo que se derretía por dentro con solo mirarlo.

Sin embargo, había aprendido la lección después de lo de Nigel, y no quería volver a pasar por lo mismo. No podía arriesgarse a que la utilizaran para luego deshacerse de ella como un juguete roto.

No se sentía preparada para salir con nadie. No, no se sentía preparada en absoluto.

–Te lo agradezco, Miles, pero sigo pensando que no es una buena idea.

–¿Por qué no? Mira, el restaurante al que quiero llevarte lo regenta una chica de Tenerife, Mayte; su familia y ella son amigos nuestros de toda la vida, y sirven una comida buenísima.

–Entonces, razón de más por la que no deberías invitarme a ir allí. Podría llevarse una impresión equivocada y pensar que somos lo que no somos. Y yo no necesito otro novio en este momento.

Miles se quedó callado, con los labios apretados, y contrajo el rostro y se golpeó en la frente.

–Ya tienes novio; ¿cómo no lo había pensado? Después de todo era tu jefa la que quería conseguir una cita por Internet, no tú –dijo frotándose la nuca con la mano–. Te pido disculpas. Solo espero que tu novio no se presente en nuestra oficina para partirme la cara por haberte pedido una cita. No sé si mi hermano podría digerir hoy más sorpresas después de que le tiraras esa jarra de agua encima.

Podía ser que Miles fuese un actor de primera y la estuviera engañando, o que ella estuviese viendo algo que no había, pero le pareció ver un atisbo de pena y decepción en su apuesto rostro antes de que lo disimulara. Interesante...

Fuera como fuera, tenía que tomar una decisión: o mentirle y decirle que sí, que estaba saliendo con alguien... o contarle la verdad.

–No, lo que quería decir es que hace poco rompí con alguien, y todavía no me siento preparada para volver a tener citas. Pero gracias otra vez por la invitación.

Fue sorprendente lo rápido que cambió la expresión de Miles, que esbozó una sonrisa deslumbrante.

–¡Vaya! Así que estás soltera y sin compromiso... Pues ya somos dos –dijo. Y mirándola con las cejas enarcadas, le

preguntó—: Y sabes lo que eso significa, ¿verdad? —dio un paso hacia ella, subió las manos por las mangas de su anorak, y le dijo mirándola a los ojos—: Que no aceptaré un no por respuesta —y le guiñó un ojo, como había hecho aquel día en la cafetería, muy ufano y seguro de sí mismo.

Andy suspiró y puso los ojos en blanco.

—Acabo de decirte que ahora mismo no me siento preparada para salir con nadie. Así que gracias, de verdad, pero no —reiteró, apartándose de él—. Adiós, Miles —dijo tendiéndole la mano.

Tenía que haber algún modo de convencerla, y no solo respecto a cenar con él, sino también para que lo acompañara a la entrega de premios. Y entonces, de repente, se le ocurrió una idea: ofrecerle algo que no pudiera rechazar. Tomó su mano entre las suyas y esbozó una sonrisa cálida mientras se la acariciaba.

—Antes me preguntaste qué quiero de ti, y no llegué a contestarte —le dijo—. ¿Todavía quieres saber mi respuesta?

—hizo una pausa, sabiendo que tenía toda su atención, y cuando ella iba a contestar, le puso un dedo en los labios—.

Una de las razones por las que estoy en Londres es porque tengo que asistir a la entrega de los premios anuales del deporte, los Sports Personality Awards. Cory Sports es el principal patrocinador del evento, así que ni mi hermano ni yo podemos faltar, pero necesito una acompañante. Por eso Jason me inscribió en esa agencia de contactos de Internet —enarcó las cejas y le preguntó con una sonrisa—: Si no quieres cenar conmigo, ¿qué dirías si te pidiera que fueras mi acompañante esa noche?

—¿Que vaya a una entrega de premios... contigo? —inquirió ella con incredulidad, poniendo unos ojos como platos.

—Pues sí, es lo que acabo de decir.

—Miles, no sé nada de deportes, odio que me hagan fotos, y apenas bebo, así que después de un par de copas seguro que me quedaría dormida con la cabeza encima de la mesa. Gracias, pero ningún hombre querría llevar a una chica como yo a un evento tan prestigioso como ese.

Él se quedó callado unos segundos, escrutando su rostro pensativo. Luego apretó su mano entre las suyas, las comisuras de sus labios se arquearon y, ladeando la cabeza ligeramente, le dijo:

—Para mí sería un honor que me acompañaras.

Aquello pareció dejarla descolocada, y Miles aprovechó la oportunidad para insistir antes de que pudiese volver a decirle que no.

—Vamos, acompáñame, te divertirás. Además, va un montón de gente famosa e importante de ámbitos muy distintos, incluso los dueños de alguna que otra editorial. Podrías ser una oportunidad perfecta para conseguir contactos y promocionar tu trabajo.

Andy seguía mirándolo con los ojos muy abiertos, como si acabase de sugerirle que se fuera a correr por la calle vestida solo con unos zapatos de tacón rojos.

—¿Que me divertiré? Quizá a ti esa clase de eventos te resulten divertidos, pero para mí sería la peor de mis pesadillas.

—¿Por qué? Esa gente, aunque sea gente famosa, son personas como tú y como yo.

—Ya, pero he visto esa ceremonia en la tele otros años, y hay reporteros, paparazzi, cámaras... Si te acompañara, al cabo de un rato te olvidarías de mí y acabaría sola en un rincón, o me agobiaría tanto que me escaparía a las cocinas para huir de los flashes y de la multitud —dijo Andy estremeciéndose.

—No te dejaría sola ni un segundo, y estoy seguro de que te desenvolverías muy bien; eres una persona muy abierta. Andy lanzó los brazos al aire.

—Sigues sin escucharme. Lo que necesitas es a una chica sofisticada y esbelta, como esa rubia despampanante con la que estaba tu hermano Jason.

Miles frunció el ceño y enarcó las cejas.

—¡Ah, te refieres a Tiffany! La encantadora Tiffany... Sí, bueno, necesitábamos una recepcionista para el turno de mañana y es la que nos habían mandado de la agencia. Una chica estupenda, pero no sabe ni lo que es un albarán, y sus aptitudes no van más allá de hacerse la manicura mientras responde el teléfono, y el otro día se echó a llorar cuando mi hermano se puso a dictarle una relación de los medios que cubrirán la entrega de premios para que se pusiera en contacto con ellos para coordinarnos. ¡Lloraba a moco tendido!

—¿Quieres parar? —le pidió Andy, a quien le estaba entrando la risa—. Me da igual; yo no tengo cuerpo de modelo. Solo soy una chica normal y corriente, del montón. Y el solo imaginarme andando por una alfombra roja con los objetivos de las cámaras apuntándome hace que me entren palpitaciones —murmuró apoyando la espalda en la barandilla y cerrando los ojos.

—Andy... —la llamó él con esa voz aterciopelada. Andy abrió los ojos vacilante, y lo vio avanzando hacia ella con una mirada tan intensa que por instante se olvidó hasta de respirar—. Tú no eres una chica del montón —dijo deteniéndose ante ella—. Solo nos hemos visto un par de veces, pero puedo decirte que eres una de las mujeres más extraordinarias que he conocido. Y en cuanto a lo de que no tienes un cuerpo de modelo... —sus labios se curvaron en una sonrisa que hizo que una ola de calor aflorara en su vientre—. Yo no quiero una mujer con cuerpo de revista; quiero una mujer real.

De pronto a Andy le pareció que había subido la temperatura, y se había hecho un silencio tal que podría haberse oído una mosca.

—¿Todavía estamos hablando de lo de acompañarte a esa entrega de premios? —murmuró finalmente, con las mejillas ardiendo.

—¿Tú qué crees? —le respondió él, reprimiendo una sonrisa.

Andy inspiró lentamente, tratando de pensar con claridad, aunque con Miles mirándola así era imposible.

—Necesito a una chica a la que el ridículo juego de la fama le tenga sin cuidado, pero que sea lo bastante educada como para no decirselo a esa gente a la cara. Con una chica así tal vez sería capaz de sobrevivir a la velada sin darle un puñetazo a alguien y sin abochornar a Jason. Y esa chica eres tú, Andy —murmuró Miles mirándola a los ojos, mientras le acariciaba el dorso de la mano con el pulgar—. Di que sí, y a cambio te prometo que haré todo lo que pueda para ayudarte con tu carrera.

Andy frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir? Tú no sabes nada de mi carrera.

Miles se encogió de hombros.

–Reconozco la pasión y el talento cuando los veo, y por lo que me has contado, hasta ahora no has tenido la oportunidad de hacer tu sueño realidad. Esas tarjetas hechas a mano que me has enseñado son solo el principio, Andy. En Cory Sports contratamos a diseñadores que siempre están buscando nuevos talentos, como tú.

–Así que, para convencerme de que te acompañe, estás intentando sobornarme, ofreciéndote a ayudarme a dar salida a mis diseños. ¿Es eso lo que estás diciendo? –le preguntó Andy atónita.

–Efectivamente –contestó él asintiendo.

–Debería darte vergüenza.

–Pues no me da ninguna porque lo digo muy en serio. No tengo muy a menudo la posibilidad de ayudar a una chica a hacer realidad sus sueños, y en este caso me encantaría poder hacerlo. ¿Qué me dices?

Ella se humedeció los labios con la lengua, como si estuviera pensándose. «Ahora o nunca», pensó Miles.

–Solo serán unas horas. Y por supuesto, como mi acompañante, te agasajaré con todos los lujos que puedas imaginar.

Andy esbozó una sonrisilla.

–¿Por qué no lo habías dicho antes? Casi he olvidado lo que es que la agasajen a una.

–Entonces, ¿vendrás conmigo? Es el sábado de la semana que viene. La ceremonia empieza a las ocho de la tarde

–Miles se inclinó y la besó en la frente, y luego en la sien–. ¿Sí? Estupendo –le susurró al oído, antes de mirarla con una sonrisa de oreja a oreja–. Va a ser una noche memorable.

Y de pronto, sin previo aviso, le dio un abrazo tan fuerte que casi la dejó sin aire, y luego dio un paso atrás y se frotó las manos.

–Muy bien, y ahora, a lo importante –le dijo–: Tú me has dedicado parte de tu tiempo para enseñarme esas maravillosas obras de arte que tanto te fascinan. Lo menos que puedo hacer es darte a cambio una idea de por qué a mí me apasiona el surf. Así podrás seguirme cuando hable en la entrega de premios.

–¿Qué?, ¿vas a llevarme a hacer surf? –inquirió ella, mirándolo sorprendida.

–Me temo que, en esta época del año, para eso tendría que raptarte y llevarte a Tenerife. No, estaba pensando en algo que podamos hacer sin tener que irnos tan lejos. Ya te llamaré cuando lo tenga preparado –le explicó Miles, y llevó sus manos a los labios para besarle los nudillos antes de soltarlas–. Creo que nos da tiempo a repasar una última vez tu propuesta de negocio antes de esa reunión, ¿no? Vamos, los vas a deslumbrar –le lanzó una sonrisa y la tomó de la mano para arrastrarla con él hacia la escalera.

Jason dejó su vaso de Coca-Cola sobre la mesa de la cocina de su apartamento, donde estaban almorzando.

–Debo estar alucinando –dijo mirando a Miles por encima de sus gafas–. Por un momento me ha parecido oírte decir que, después de que se negara, tuviste que sobornar a Andy para que accediera a ser tu acompañante el sábado.

–Has oído bien –contestó Miles entre bocado y bocado del sándwich que estaba comiéndose–. Y por cierto, ¿con quién me dijiste que ibas a ir tú? ¡Ah, sí!, ya me acuerdo: vas a ir solo... otra vez.

Jason suspiró.

–Pues sí, pero no soy yo el que lleva una hora andando arriba y abajo y que es incapaz de estar sentado más de diez minutos seguidos. Y sí, ya sé que los médicos te han dicho que necesitas ejercitar la rodilla, pero, por favor, dime que Andy no es solo una distracción. Porque yo seguiré aquí en Londres cuando te hayas ido, y será a mí a quien le tocará recoger los pedazos.

–¿Una distracción? –Miles resopló indignado–. Por supuesto que no. Y voy a cumplir lo que le he prometido. Tenemos contactos que podrían ayudarla. ¿Quieres dejar de mirarme así? Solo va a acompañarme a la entrega de premios, eso es todo. Sin ataduras ni expectativas de ningún tipo por ninguna de las dos partes.

Jason lo miró con los ojos entornados.

–Has estado meses dándome la lata con que no estabas preparado para presentarte solo delante de los otros deportistas y lo entiendo. De verdad. Ahora que vuelves a andar quieres que el resto del mundo te vea de pie, otra vez al pie del cañón y, si es con una encantadora señorita del brazo, mejor, pero... ¿por qué será que me da la impresión de que hay más que eso?

–Necesitamos demostrarle a la gente que el accidente no ha hecho que me venga abajo, y que Cory Sports continúa siendo una empresa sólida. Además, yo no te pedí que me consiguieses una cita.

–No, no lo hiciste... porque eres incapaz de pedirle ayuda a nadie, ni siquiera a tu propia familia. Y aun así, hay algo que no entiendo: ¿por qué tomarte tantas molestias? ¿Recuerdas esa sesión de fotos que hicimos en Bali el año pasado para la nueva colección de biquinis? Las modelos eran todas de una agencia de aquí, de Londres. Podría llamarles por teléfono, y seguro que cualquiera de ellas estaría encantada de acompañarte a la entrega de premios. Al fin y al cabo, es solo una noche.

Miles dejó su sándwich en el plato. De repente había perdido el apetito.

–Algunas veces no te enteras de nada, ¿sabes? –le espetó a su hermano–. Lo último que necesito es otra modelo de biquinis. Son unas chicas estupendas, todas ellas, pero para este evento necesito algo distinto. Andy es estupenda. Es poco convencional. Me gusta.

Jason se quedó mirándolo con los labios fruncidos, y se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa, para preguntarle:

–¿Todo esto es por Lori? Porque, si lo que te preocupa es encontrártela allí, no tengo inconveniente en que no vengas.

–¿Preocuparme? –Miles resopló con sorna y se levantó–. ¿Por qué habría de preocuparme? Lori ya ha pasado página: ahora es la novia de uno de los mejores jugadores de fútbol del mundo, y me alegro por ella.

–¿Que te alegras por ella? –repitió Jason–. Por favor... Debí haberlo imaginado. Mira, no hace falta que asistas. En la feria de Honolulu que empieza la semana que viene tendrá lo último en equipo y complementos de surf, y al

director de la feria le encantaría contar contigo. Sol, mar, diversión... y piensa en la publicidad que nos daría...

–Ni hablar. Estoy bien y voy a ir a la entrega de premios. Con Andy –insistió Miles, poniéndose a su lado–. Te preocupas demasiado –dijo dándole un puñetazo amistoso en el hombro–. No pasará nada. Además, prefiero ocuparme de lo del programa de acuaterapia de esta tarde antes que pasarme horas sentado tras una mesa, revisando papeles, o metido en un avión. Mi rodilla no soportaría un vuelo tan largo; aún no –de pronto se quedó callado y enarcó una ceja–. Acuaterapia... Ahora que lo pienso... –se rio y sonrió como un niño–. Quizá pueda convencer a Andy para que venga conmigo. Me voy; luego te veo.

–Sí, eso, vete –Jason suspiró y lanzó los brazos al aire–. No te preocupes por mí; deja que cargue con todo el trabajo. No pasa nada; vete y pásalo bien.

–Eso es lo que voy a hacer –respondió Miles divertido.

–Genial. Ah, se me olvidaba, felicita a Andy.

Miles frunció el ceño.

–¿Que la felicite? ¿Por qué?

–Por lo del museo. Como llamó para decirte que están muy interesados y que quieren ver el resto de sus tarjetas...

–¿Que ha llamado?, ¿a qué hora ha llamado?

–¿No te lo había dicho? ¡Vaya!, ¡qué despiste tengo...! Miles, no te pongas así, hombre... ¡Eh! ¡Ay!, ¡deja de pegarme con la servilleta! ¡Oye!, ¡que duele!

Capítulo 7

De: andromeda@constellationofficeservices.com

Para: saffie@saffronthechef.net

Asunto: Qué hacer con lo del millonario

Me gustaría que dejaras de regañarme. Puede que sea por culpa de lo que me hizo Nigel, pero lo último que quiero o necesito ahora mismo es ir a una entrega de premios en la que habrá una cena de gala en la que no sabré qué cubierto tengo que usar para cada plato, y en la que seguro que diré alguna inconveniencia y meteré la pata.

Miles solo está siendo amable, eso es todo. Además, sabes que no tengo ni idea de deportes. Y no, aunque tiene un hermano gemelo no voy a pedirle que tengamos una cita doble contigo y con él. Mi vida ya es bastante complicada tal y como están las cosas.

Bueno, tengo que dejarte; tengo que pintar varias tarjetas más.

Con cariño,

Andy, la artista profesional (...o algo así)

ANDY se sentó frente a su mesa de dibujo y sonrió. Allí era donde se sentía más feliz, a solas con su pasión. Tomó la pluma que había estado utilizando para escribir a mano las direcciones de las invitaciones de Elise, y escribió, cuidadosamente, el nombre de Miles en letra redonda, luego en cursiva, y luego con letra gótica.

Miles Gibson... Era un nombre con carácter, pensó, esbozando una sonrisa algo boba. Un nombre con carácter para un hombre fuerte, deportista, obstinado, impredecible...

Tan ensimismada estaba escribiendo su nombre, que cuando le sonó el móvil lo abrió y contestó sin mirar siquiera quién llamaba.

—Hola, Andy —la saludó una profunda voz masculina.

Y la pluma que tenía en la mano hizo un borrón de tinta en el papel.

—¡Oh, mierda! —masculló, apresurándose a intentar reparar el estropicio.

—Habría preferido un simple «hola» —dijo Miles divertido.

—¡No, no te lo decía a ti! —contestó ella azorada—. Es que acabo de echar un borrón en el papel sin querer. Pero no importa, no era un dibujo importante ni nada de eso.

Puso los ojos en blanco y contrajo el rostro. ¿Se podía dar una impresión más estúpida y patética? Inspiró profundamente, esbozó una sonrisa, y trató de hablar como si su cerebro dirigiese a su boca.

—Perdona. Me has pillado desprevenida.

—No pasa nada. Me ha dicho mi hermano que el museo quiere que les enseñes más tarjetas —dijo Miles—. Enhorabuena. He pensado que podríamos celebrarlo.

Al oírle decir eso, a Andy se le llenó el estómago de mariposas y el corazón le palpitó con fuerza.

—Se me ha ocurrido una idea —continuó Miles—, pero que no cunda el pánico, porque no se trata de una cita —añadió riéndose—. Sé que nuestro acuerdo se limita a la noche de la entrega de premios. Verás, Cory Sports está patrocinando un programa de acuaterapia en un par de piscinas de Londres y hoy voy a comprobar de primera mano cómo va. ¿Te gustaría venir?

Cuando Andy se bajó del taxi, se apretó el cinturón de la gabardina, y se preguntó si lo que se había puesto sería el atuendo apropiado para reunirse con un ejecutivo millonario en una piscina.

Miles le había dicho que se pusiera algo informal, pero no sabía cuál era su idea de «algo informal», porque para ella algo informal era unos pantalones de chándal holgados, una sudadera, y unas zapatillas calentitas.

«En fin, valor y al toro», se dijo, y entró en el exclusivo gimnasio delante del que la había dejado el taxista. Cuando entró en el vestuario de mujeres, se llevó una sorpresa al encontrarse con un grupo de diez o doce señoras mayores, charlando y riendo mientras guardaban sus cosas en las taquillas, todas ataviadas con coloridos bañadores de una pieza que habrían encajado perfectamente en una playa tropical. Tenían diseños con grandes flores rojas, aves del paraíso, exóticas mariposas y hojas de plantas tropicales. Era tal la explosión de vida y color que transmitían, que Andy no pudo sino sonreír. Aquello era lo último que habría esperado encontrar en aquella elegante zona residencial de Londres.

—Señoras, ¿no les sobrarán algún bañador de esos? ¡Son geniales!

—¡Y no te imaginas cómo nos miran los hombres con ellos! —contestó la que estaba más cerca de ellas, haciendo que las demás prorrumplieran en pícaras risitas.

Andy dejó que siguieran a lo suyo, y escogió una taquilla para guardar su gabardina y sus botas, y se puso unas chancas.

Cuando cruzó las puertas de vaivén por las que se entraba a la piscina cubierta, había un nadador haciendo un largo tras otro a braza. Andy se quedó observándolo, admirada por la fuerza de cada brazada, y al cabo dio por finalizada su sesión de natación, y salió de la piscina apoyándose en el borde con los brazos. Fue entonces cuando Andy se dio cuenta de que era Miles. ¡Cómo no! Demasiado orgulloso para usar la escalerilla...

Cuando agarró una toalla que había en un banco y se sentó para secarse la cara y el pelo con ella, a Andy se le cortó el aliento y fue incapaz de apartar la vista.

Lo devoró con los ojos, admirando los espectaculares hombros, el torso y los abdominales, que parecían esculpidos con martillo y cincel, el oscuro vello que descendía desde el ombligo y se perdía bajo la cinturilla del bañador, las musculosas piernas... No había esperado que estuviese en tan buena forma después de haber pasado meses hospitalizado. Ni tampoco que fuera a estar tan espectacular ligero de ropa. «¡Madre mía!».

Obligó a sus piernas a que la llevaran en esa dirección, y cuando llegó junto a él, que aún estaba frotándose con vigor el cuero cabelludo, lo saludó.

Miles levantó la cabeza, y una expresión de decepción asomó a su rostro.

–¿Cómo?, ¿no has traído bañador? –le preguntó, dejando caer la toalla a su regazo.

–¡Más quisieras! –le espetó ella–. Aunque, hablando de bañadores, en el vestuario había un grupo de señoras mayores con unos bañadores tropicales muy coloridos, y estaba preguntándome si sería una de vuestras colecciones –añadió.

Él esbozó una sonrisa y asintió.

–En los dos últimos años hemos estado desarrollando un programa de acuaterapia en piscinas climatizadas. ¿Cómo es que te has venido sin bañador?

–¿Para qué sirve eso de la acuaterapia? –inquirió ella, ignorando su pregunta.

–Para muchas cosas: las artritis, el reuma... y otras dolencias, como lesiones deportivas; el agua está a treinta y cinco grados –le explicó Miles–. Hoy es el primer día de ese grupo de mujeres que has visto, y a partir de mañana tendrán las clases con el instructor que hemos contratado, pero hoy tendrán una clase conmigo, a modo de introducción, y les hemos regalado unos bañadores de una línea nueva que estamos probando de bañadores femeninos para todas las edades. ¿Pero por qué estás evitando responder a mi pregunta?

Andy frunció los labios.

–Fui a un internado privado donde teníamos piscina. Pero no era climatizada; de hecho el agua estaba helada, y teníamos clases de natación hasta en invierno. La profesora de gimnasia decía que éramos unas quejicas, y que el aprender a sufrir contribuiría a formar nuestro carácter y nos haría más fuertes.

–¿Y funcionó?

–Por supuesto que no. Odiaba sus clases; todas la odiábamos. De hecho, me hice una baja médica falsa que decía que tenía problemas de espalda y no podía nadar, y así pude librarme.

Miles se quedó mirándola unos segundos, con las cejas enarcadas, y carraspeó.

–Andy, ¿estás diciéndome que...?

Ella asintió.

–Sí, no sé nadar. El agua me aterra.

–Pues yo trabajé durante un tiempo como profesor de natación –le dijo Miles–; he enseñado a un montón de gente a nadar. Y lo primero que hay que desterrar es precisamente eso, el miedo al agua, porque nadar es muy divertido. Hay que dejar a un lado los temores y pasarlo bien.

Justo en ese momento se abrieron las puertas de vaivén, dando paso a una explosión de risas y color. Era el grupo de señoras del vestuario, que se dirigieron a los escalones que había en la parte poco profunda de la piscina.

–Ellas sí que se lo pasan bien –observó Andy, que se había girado para mirarlas.

Como estaba distraída no había visto que él se había movido, y cuando fue a volverse de nuevo, se chocaron. El pie izquierdo de Miles, que estaba descalzo, resbaló, mientras que ella se tambaleó hacia atrás. Pensaba que iban a caer los dos al suelo, pero Miles consiguió recobrar el equilibrio y agarrarla por la cintura con ambas manos, y cuando ella fue a erguirse, una se deslizó, sin que él lo pretendiera, por debajo de su holgada sudadera de algodón, bajo la cual solo llevaba el sujetador.

La sensación de los dedos de Miles en su piel desnuda era electrizante. Además, al tiempo que él la había sujetado, ella había plantado, en un acto reflejo, una mano en su pecho, mojado y desnudo, y su frente había quedado apoyada en la barbilla de él.

Cerró los ojos y se recreó en las agradables sensaciones que estaba experimentando, y durante unos instantes ninguno de los dos pronunció palabra, pero finalmente se obligó a apartarse de él y retroceder un par de pasos. Había sido una mala idea ir allí, una muy mala idea. Porque en ese momento, con Miles frente a sí, todo mojado y vestido solo con un bañador, se estaba muriendo de ganas por rendirse a la atracción que sentía por él, y hacer una locura, como lanzarse a sus brazos y besarle hasta dejarlo sin aliento.

No tuvo el valor de mirarlo a los ojos cuando al fin acertó a hablar.

–¡Qué vergüenza!, un poco más y lo mismo me habría caído a la piscina y habrías tenido que tirarte para que no me ahogara.

–¿Estás bien? –le preguntó él en un tono suave, de preocupación sincera.

Andy tragó saliva y asintió.

–Estoy bien, gracias.

Apenas había dicho eso cuando Miles, al dar un paso hacia ella, contrajo el rostro de dolor, y tuvo que sentarse en el banco para masajearse la rodilla y los músculos de la pantorrilla.

–¿Un calambre? –le preguntó Andy acercándose y sentándose junto a él.

–No exactamente –contestó él con una sonrisa sarcástica, pero luego le puso la mano en el hombro y añadió–: Perdona; a veces me olvido de que el resto del mundo no siente demasiado interés por mi carrera de surfista.

–Bueno, yo no suelo leer la sección de deportes del periódico, pero me imagino que los deportistas profesionales sufrís un montón de lesiones –dijo Andy, bajando la vista a su pierna–. ¿Te duele mucho?

–Bastante, pero los analgésicos me dejan atontado, así que prefiero aguantar el dolor –le explicó Miles–. Y es verdad que cuando practicas un deporte de competición te lesionas con frecuencia porque te fuerzas más allá de tus límites, pero no es una lesión. Si lo fuera, lo llevaría mejor. No, tuve un accidente con el coche; me arrolló un camión. A Andy se le escapó un gemido ahogado y se llevó una mano al pecho.

–Perdona, ahora recuerdo que mencionaste algo de un accidente en el museo. ¿Cómo ocurrió?

–Yo iba conduciendo un pequeño deportivo. Estaba lloviendo, y el conductor del camión iba borracho como una cuba. Yo había salido de casa de mi novia, en Tenerife, completamente despreocupado, y veinticuatro horas después me desperté en un hospital más muerto que vivo –dijo Miles–. Estaba demasiado atontado por los analgésicos y los sedantes, pero recuerdo el rostro preocupado de mi padre hablando con los médicos, y oírles decir cosas como «fracturas», «perforación en el pulmón», «operación de cadera», «clavos»... Luego me anestesiaron y ya no recuerdo más.

–Dios mío... –murmuró ella–. ¿Y el conductor del camión...?

–Solo unos cortes y algunos moratones. Tuvo suerte; al contrario que yo –respondió Miles–. Y no fui un enfermo muy paciente. Suerte que mis padres sí lo fueron conmigo y no tuvieron en cuenta mis gritos y mi mal humor.

–Bueno, seguro que se sentían tan aliviados de que hubieras sobrevivido que no les importaba nada más –apuntó ella.

–Sobreviví, sí, pero hecho pedazos, y tuvieron que hacerme varias operaciones; todavía se ven los remiendos –dijo Miles, señalando su pierna.

Andy no pudo evitar quedarse mirando la cicatrices, que iban desde la rodilla hasta la parte superior del muslo, pero no le parecieron desagradables, ni sintió repugnancia alguna.

–Bonitas cicatrices –comentó, por decir algo.

Miles parpadeó, se miró la rodilla, y volvió a mirarla a ella.

–¿Bonitas cicatrices? –dijo, fingiéndose indignado–. A todas las mujeres les encantan. Creía que te impresionarían y te echarías a mis brazos. Soy un héroe herido.

–¿Un héroe? ¿Por unas cicatrices en la pierna? ¡Por favor! –lo picó ella con una sonrisa divertida–. Aunque para tu familia debió de ser un buen susto.

–Ya lo creo que lo fue.

–¿Y te limita de algún modo? –le preguntó ella.

A Miles no le gustaba hablar del accidente y las secuelas que le había dejado, y odiaba que la gente lo mirara con lástima, pero los ojos de Andy solo reflejaban una preocupación sincera.

–No para clases como esta –contestó, señalando con la cabeza al grupo de señoras.

Se habían metido en el agua, pero seguían parlotando entre ellas.

Andy sonrió.

–Pues menos mal, porque me da la impresión de que esas señoras van a darte bastante trabajo –bromeó–. Parecen unas pillinas de cuidado. Pero seguro que con tus dotes de profesor las manejarás sin problemas.

¿Dotes de profesor?, pensó Miles, soltando una tosecilla. Pero luego se quedó pensativo. Bueno, la verdad era quien siempre le había gustado enseñar; no importaba qué edad tuvieran los principiantes. Sí, era algo que siempre podría hacer, independientemente de que recuperase la movilidad en la pierna o no.

–Por cierto, hay algo que quería preguntarte –le dijo–. No sé si te dije que, como solo estoy de paso en Londres, me alojo con mi hermano en su apartamento, y estaba pensando en invitarte, si te apetece, a venir a cenar mañana. Podríamos celebrar que ha sido un éxito tu propuesta de negocio al museo.

–¿Quieres que vaya... a cenar contigo? –repitió Andy, con el corazón latándole como un loco.

La idea de estar a solas en un apartamento con un hombre al que acababa de conocer le daba un poco de miedo.

Él, que debió de leerle el pensamiento, dijo:

–En el apartamento de Jason. Va a cocinar él; la cocina es una de sus aficiones –le aclaró–. Y también vendrán Peter, el diseñador de nuestra web, y su esposa Lisa. Le he enseñado a Peter la invitación que hiciste para la fiesta de tu jefa, y quiere conocerte. Ah, y además sigo teniendo tu paraguas, y quiere que vengas a por él –añadió–. Te echa muchísimo de menos.

Aquello arrancó una sonrisa a Andy.

–Entonces, ¿qué?, ¿le digo a Jason que ponga un plato más en la mesa? –le preguntó Miles.

–Solo una pregunta: si voy, ¿tendré que lavar los platos?

Miles se echó a reír.

–Pues claro que no. Tu único deber será disfrutar de la velada. Incluso iré a recogerte si quieres.

–En ese caso, me encantaría ir a cenar con vosotros, gracias. Pero no hace falta que vengas a recogerme; tomaré un taxi.

–Como quieras –contestó él–. Si te hubieras traído un bañador, te invitaría a unirme a la clase, pero puedes asistir como público –dijo levantándose.

Y dicho eso se alejó hacia donde estaban las señoras, que, en cuanto se metió en el agua, lo rodearon, como un grupo de fans ávidas por ver de cerca a su cantante favorito. Andy se rio y se sentó en el banco para ver la clase desde allí.

De: andromeda@constellationofficeservices.com

Para: saffie@saffronthechef.net

Asunto: Cena con los gemelos Gibson

¡Mira que eres mala, Saffie! A lo mejor Jason es un cocinero estupendo, ¿quién sabe?

Ya sé que son millonarios, y que la gente con dinero suele llamar a un servicio de catering, pero Miles dijo que le gusta cocinar. Y cómo no, por supuesto que cuando vuelva te contaré con todo detalle qué comimos y si estaba bueno. Pero no, no pienso hacer fotos, ni de su apartamento, ni de la comida. En fin, tengo que dejarte o llegaré tarde.

Gracias otra vez por prestarme tu jersey de cachemira. ¡Deséame suerte!

Besos de tu amiga Andy, que está hecha un manojo de nervios.

–¿Más queso, Andy? –le preguntó Jason a Andy–. Intenté guardarte lo que quedaba del dulce de membrillo, pero era demasiado tarde; la «increíble máquina devoradora» llegó antes que yo –murmuró señalando con el cuchillo del queso a Miles.

Este arrojó los brazos al aire y protestó diciendo:

–¿Qué culpa tengo yo de tener buen apetito? Además, tú tampoco eres quién para hablar. Fui a ayudar a Lisa a ponerse el abrigo, y cuando me di la vuelta los chocolates que habían traído Peter y ella habían desaparecido, como por arte de magia.

Jason resopló y alzó la barbilla con desdén.

–Privilegios del cocinero –dijo–. Y sí, confieso que tengo debilidad por las cosas dulces. ¿Satisfecho? –le espetó, y esquivó la servilleta que le lanzó Miles.

Andy se rio y, echándose hacia atrás en el sofá de cuero, se dio unas palmaditas en el estómago y respondió:

–Gracias, Jason, pero no creo que pueda comer nada más. Y no te olvides de que has prometido darme la receta de esos solomillos de cerdo con jengibre y naranja. En mi vida había probado nada tan bueno.

Jason fue junto a ella, le tomó la mano y le besó los nudillos.

–Me siento muy halagado por ese cumplido. Gracias, gentil dama –dijo. Luego miró a su hermano con los ojos entornados y le espetó–: ¿Lo ves? A todo el mundo le ha gustado lo que he preparado. Según Peter ha sido un menú muy inspirado.

Miles resopló y puso los ojos en blanco.

–¿Y lo del sorbete de champán? Por favor... Es un postre de lo más afeminado; yo esperaba una tarta de chocolate o algo así.

–No escuches ni una palabra –intervino Andy, sonriendo a Jason–. Ha sido una cena maravillosa, aunque me siento algo culpable aquí sentada; ¿seguro que no quieres que te eche una mano para fregar? –inquirió haciendo ademán de levantarse.

Jason la empujó suavemente por el hombro para impedirse.

–Ni hablar. Para eso hay un invento estupendo llamado «lavavajillas». Tú sigue ahí sentada, relájate y disfruta del café mientras este analfabeto culinario te hace compañía –dijo lanzándole a Miles una mirada desdeñosa que hizo reír a Andy.

Y en un abrir y cerrar de ojos apiló en una bandeja lo que quedaba en la mesa y desapareció con ella tras la puerta de la cocina.

Andy se inclinó para tomar de la mesita la pequeña taza de café expreso, se la llevó a la nariz e inspiró su aroma antes de probar un sorbo.

–Umm... está delicioso. Me encanta el buen café.

–Es del Caribe; Jason conoce al productor. Hay unas pocas tiendas especializadas aquí en Londres que lo importan en grano entero y lo venden molido, pero él hace que se lo muelan siguiendo sus propias especificaciones. Así es mi hermano. Las cosas tienen que estar bien hechas, y lo enfada muchísimo si no se hacen bien.

–Sí, ya me he dado cuenta. Lo preocupaba tanto que Peter y Liz llegasen a casa más tarde de la hora a la que tenía que irse la niñera que no ha parado hasta que han accedido a que los llevase vuestro chófer –dijo Andy–. Aunque la culpa es tuya por haberlos entretenido con tus chistes, haciéndonos reír a todos.

–¿Qué te ha parecido Peter?

–Es muy simpático, ¡y ha sido tan amable alabando la invitación personalizada a la fiesta de Elise que hice para vosotros!

Miles sacudió la cabeza y se sentó en el otro sofá, frente a ella.

–Peter nunca hace ni dice nada por ser amable. Lo que te ha dicho lo ha dicho porque lo siente. Así de sencillo. El diseño de esa invitación fue una idea genial –se metió la mano en el bolsillo del pantalón y le tendió una tarjeta a Andy–. Cuando te ha dicho que consideres si querrías venderle los derechos exclusivos de tu diseño, no lo ha dicho por decir; es que está interesado. Ahí tienes sus datos de contacto. Piensa cuánto querrías cobrarle y llámalo mañana mismo. Sé, porque lo conozco, que está esperando que lo hagas.

Andy bajó la vista a la tarjeta, pero apenas pudo leerla porque se le habían llenado los ojos de lágrimas. La dejó sobre la mesita, miró a Miles, y sacudió la cabeza.

–¿Mañana? Todo esto va un poco deprisa para mí.

–Reconocemos un trabajo de calidad cuando lo vemos, Andy. Eres una artista con mucho talento, y nos gustaría comprar uno de tus diseños; ¿cuál es el problema?

–Es que... supongo que no estoy acostumbrada a que la gente me tome en serio como artista. No me esperaba todo lo que me está pasando. Primero el museo me dice que sí, que quieren vender mis tarjetas navideñas, y ahora Peter me pide que os venda el diseño de esa invitación que hice. Es algo abrumador –parpadeó para contener las lágrimas–. Llevo mucho tiempo esforzándome para conseguir que mi trabajo artístico despegue, y ahora que de repente empiezo a ver los frutos, me cuesta mucho asimilar que alguien confíe en él. Perdona.

Miles fue a por un álbum de fotos y pasó una hoja tras otra hasta encontrar un recorte de una hoja de periódico. Puso el libro encima de la mesita, mirando hacia ella, y le señaló el recorte. Allí estaba él, de adolescente, subido a una caja de madera, y con una sonrisa de oreja a oreja, mientras sostenía por encima de su cabeza un pequeño trofeo plateado, como si fuese un atleta olímpico. A un lado estaba su hermano Jason, y al otro un hombre que se parecía tanto a ellos que no podía ser más que su padre. Los dos tenían un brazo alrededor de los hombros de Miles, y estaban tan sonrientes como él.

–Tenía diecisiete años, y acababa de ganar el campeonato de surf de Cornualles –le explicó–, brillaba el sol, y en ese momento pensé que mi vida no podría ser mejor. Mi madre fue quien hizo la foto. Luego todos paseamos por la playa y nos sentamos en un chiringuito a tomar pescado con patatas fritas. Fue entonces cuando mis padres me dijeron que iban a venderlo todo y a mudarse a Tenerife para que pudiera entrenarme y convertirme en surfista profesional –cerró el álbum y la miró–. Me dieron la oportunidad de demostrar de qué era capaz. Y yo tenía tanto miedo de decepcionarles que en un primer momento me paralizó, pero luego decidí arriesgarme y darlo todo, y nunca me he arrepentido de ello –tomó su mano entre las suyas, y le acarició la palma con la yema de los dedos, haciéndola estremecerse por dentro–. Arriesgate, Andy –le dijo–. Demuéstrale al mundo de qué pasta estás hecha; demuéstrale de lo que eres capaz.

Ella vaciló y dejó la taza en la mesita.

–¿Es lo que estás haciendo tú? ¿Estás intentando demostrarle al mundo de qué estás hecho? Debe de ser difícil, después del accidente, pero demuestras el mismo entusiasmo que cuando te hicieron esa foto.

Miles frunció el ceño. ¿El mismo entusiasmo? No, jamás volvería a ser aquel adolescente feliz y lleno de

expectativas que no tenía ni idea de cuánto iba a tener que esforzarse para llegar a ser campeón del mundo. Y defender el título.

A sus diecisiete años había rezumado energía y potencial, y sí, había disfrutado enormemente con el surf. ¿Cuándo había sido la última vez que había sentido auténtica felicidad con lo que hacía? Seguía experimentando esa descarga de adrenalina al cabalgar sobre las olas, sí, y seguía siendo excitante, pero... ¿felicidad? No, hacía años que no se sentía feliz de verdad. Incluso antes del accidente su vida se había convertido en una batalla sin fin por mantenerse en la mejor forma, y por darlo todo en las competiciones y el trabajo.

Fue Andy quien rompió el silencio.

–Yo he cambiado de rumbo tantas veces a lo largo de mi vida, que muchas veces tengo la sensación de estar caminando en círculos. ¿Alguna vez has querido intentar algo nuevo? ¿Distinto?

Él resopló, como si la sola idea fuese inconcebible.

–Jamás. Cory Sports me necesita; necesita que siga ganando campeonatos, que sea el rey del surf. Ese es mi trabajo.

–Bueno, pero tienes otras cualidades, como que puedes enseñar a la gente a nadar –apuntó Andy, mirándolo a los ojos–. Y a mí me ayudaste con mi propuesta de negocio –murmuró.

De repente fue como si el aire se hubiese cargado de electricidad estática. La suave música del CD que Jason había puesto en la minicadena se paró, y ya solo se oyó la respiración de ambos.

Miles se inclinó hacia delante.

–¿Lo pensarás al menos? –le preguntó con una sonrisa–. Piénsalo y llama a Peter cuando te sientas preparada para darle una respuesta –añadió. Y antes de que ella pudiera contestar, se levantó y fue a abrir la puerta corredera de la terraza–. Ven, tomemos un poco el aire.

Capítulo 8

Cuando Andy salió a la terraza, lo que vio la dejó sin aliento. La llovizna que había estado cayendo había parado, y las nubes se habían alejado, dejando el cielo despejado y cuajado de estrellas. A sus pies se extendía una preciosa vista de Londres, y tan embelesada estaba observándola, apoyada en la balaustrada de piedra, que dio un respingo cuando oyó la voz de Miles detrás de ella.

–Bonito, ¿eh?

Andy se giró hacia él y asintió con una sonrisa.

–La vista desde la cúpula del museo es espectacular, pero esta también es maravillosa. Me encanta.

–Se te nota en la cara –murmuró él, yendo junto a ella–. Probablemente no seas consciente de ello, pero hay muy poca gente que sea totalmente sincera y abierta con respecto a sus sentimientos. Tú tienes un don especial, Andy: no tienes miedo de decir a los demás cómo te sientes, y te envidio por ello.

–¿Que me envidias? ¿Qué quieres decir? –inquirió ella sorprendida. Era la primera vez que oía ese tono vacilante en la voz de Miles–. Yo no estoy tan segura; ser sincero puede hacerte vulnerable.

Miles se quedó callado un momento.

–Este último año me ha enseñado unas cuantas cosas. Entre ellas, que en la vida no se puede tener todo bajo control. No voy a volver a hacer planes a largo plazo; eso se ha acabado. Porque nunca sabes qué puede ocurrir. Es imposible saberlo. Hay que vivir el día a día, aprovechar las oportunidades que surjan y disfrutarlas mientras puedas. Ese es mi nuevo lema.

–¿Y te está funcionando? –inquirió ella con una sonrisa.

–Pues no me va mal. Ahora mismo, podría estar en Sudamérica, cabalgando sobre las olas, pero en vez de eso estoy aquí, en Londres, disfrutando de una velada muy agradable en compañía de una dama encantadora.

Andy le agradeció el cumplido con otra sonrisa.

–Yo, en cambio, no sé si podría vivir de esa manera –comentó–. ¿Te acuerdas de lo que hablamos en la piscina sobre las lesiones de los deportistas? Yo siempre he sido muy precavida, incluso de pequeña. Al contrario que esos niños que tienen las rodillas despellejadas y con costras de tanto caerse, yo siempre iba con mucho cuidado, y no tengo «cicatrices de guerra». Soy de las personas que creen que lo mejor es aprender sin sufrir, y puede que sea por eso por lo que me asusta el éxito que estoy teniendo de repente. Yo necesito planificar las cosas y tener la seguridad de que voy a poder ir pagando las facturas y no acabar con el agua al cuello.

–¿Que no tienes cicatrices? Yo diría que tienes unas cuantas. Lo que pasa es que no están a la vista, como las mías. Están todas aquí –dijo Miles, apoyando suavemente las yemas de los dedos en su pecho, sobre su corazón–. Y estoy seguro de que las heridas que dejaron esas cicatrices fueron tan dolorosas como cualquiera de las mías. Y te las hiciste porque otras personas te infligieron más daño del que podías soportar, te forzaron más allá de tus límites –le explicó–. Pero ahí está el quid de la cuestión. En el deporte, cuando compites contra otros, te das cuenta muy pronto de que la única manera que tienes de ganar es forzarte más allá de los límites de lo que eres capaz de hacer. No se trata de los límites que te marcan otros, sino de los tuyos propios.

–Pero... ¿cómo sabes cuáles son tus límites?

–No puedes saberlo; el único modo de averiguarlo es ponerte a prueba a ti misma. ¿Y sabes qué? Te sorprendería ver de lo que eres capaz –respondió Miles–. Y aunque no triunfes, siempre puedes aprender de tus errores para volver a levantarte e intentarlo una y otra vez hasta demostrarte a ti misma que puedes hacerlo.

–¿Da igual cuántas veces te caigas, o cuántas veces te hagan daño?

–Exacto.

Andy se volvió hacia la balaustrada y se quedó mirando el horizonte. Miles no podía imaginar cuántas veces, por ejemplo, se había obligado a sonreír cuando alguien le había fallado, o cuando la habían humillado, pensó, haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas.

–Ya. Pero a veces, cuando te han tumbado muchas veces, resulta muy difícil volver a levantarse y seguir luchando

–le dijo con voz trémula–. Muy difícil.

Cuando Miles la hizo volverse hacia él y la rodeó con sus fuertes brazos, Andy no protestó, sino que apoyó la cabeza en su hombro.

–¿Qué ocurre, Andy? –le preguntó él–. ¿Con qué sueñas que todavía no has conseguido?

Andy se irguió para mirarlo.

–¿Yo? Pues... de adolescente tenía un montón de planes grandiosos, y el mundo me parecía una puerta abierta para conseguir lo que me propusiera, pero luego acabé dándome de bruces contra el muro de la realidad. En los últimos seis meses he estado con tres empleos, trabajando por la mañana, por la tarde y los fines de semana. Y ahora mismo me encuentro en la encrucijada de decidir si no debería volver a un puesto de jornada completa, encerrada en una gris oficina todo el día, y temiendo caer en las garras de otro Nigel, o lanzarme e intentar ganarme la vida con mi arte –hizo una pausa y añadió a modo de explicación–: Nigel es el exnovio del que te hablé. Era otro compañero de oficina, como aquellas chicas que se nos acercaron el otro día, en la cafetería. Yo estaba colada por él, y llevaba un tiempo flirteando conmigo, así que, cuando me pidió que lo ayudara con un proyecto que estaba preparando, le dije que lo haría encantada –bajó la vista a sus manos, apoyadas en el jersey de Miles, y acarició distraídamente la suave lana mientras hablaba–. Me convenció una y otra vez, de la forma más artera, para que le hiciera el trabajo gratis, noche tras noche, después de acabar mi jornada en la oficina. Me decía lo importante que era para él y cosas así, y me prometía que cuando se hubiese aprobado el proyecto haría pública nuestra relación en la oficina y seríamos una pareja de verdad –sus manos se detuvieron–. Me dejó el mismo día en que consiguió que le diesen el visto bueno a su proyecto –aunque las lágrimas le escocían los ojos, las contuvo y tragó saliva para continuar–. Pero ¿sabes qué fue lo peor? Que las chicas de la oficina sabían que estaba viviendo con la hija del director, y que solo estaba utilizándome para que le hiciera el trabajo. Y no me dijeron nada. Estaban divirtiéndose demasiado a mi costa, riéndose a mis espaldas. ¿Tienes idea de lo humillante que fue? Cuando lo descubrí... yo...

–tragó saliva de nuevo–. No podía seguir trabajando allí ni un minuto más. No podía. ¿Lo entiendes? Miles la atrajo hacia sí y la abrazó con ternura, acariciándole la espalda en silencio durante un rato antes de contestar.

–Lo entiendo. ¿Qué hiciste entonces?

Andy se echó hacia atrás y con una risa vergonzosa respondió:

–Pues un día me encontré con Elise por la calle, y hablando me dijo que necesitaba una secretaria y... bueno, ya conoces el resto de la historia. El puesto que me ofrecía era un empleo de media jornada, pero me venía bien porque me ayudaría hasta que mi carrera como ilustradora empezase a despegar. Solo que ahora parece que tendré que organizarme si quiero venderos mis diseños al museo y a vosotros.

Miles le puso las manos en los hombros y le dijo mirándola a los ojos:

–Cierto, pero aun así creo que no estás siendo lo suficientemente ambiciosa. Tienes que pensar en grande. De hecho, no sé cómo no te has decidido aún a dar el salto y dedicarte de pleno a la ilustración.

–¿Es que no es evidente? –inquirió ella en un murmullo–. Me da demasiado miedo.

–¿Miedo de qué? ¿De fracasar? Mira, Jason y yo cometimos tantos errores en los dos primeros años cuando empezamos con el negocio que seguro que éramos el hazmerreír del resto del sector. Pero fuimos capaces de reírnos también de nosotros mismos y disfrutar del «viaje».

–¿Y cómo conseguisteis eso?, ¿cómo podíais reiros cuando sabíais que habíais tomado decisiones equivocadas que iban a costaros tiempo y dinero? Porque yo no sabría cómo hacerlo.

–¿Que cómo éramos capaces de reírnos de nuestros errores? Porque nos sentíamos como exploradores, adentrándonos en un territorio desconocido en el que cada día era un nuevo desafío –contestó Miles con una sonrisa–. Y porque contábamos con el respaldo de nuestros padres; teníamos el apoyo de toda la familia –añadió encogiéndose de hombros.

–Pues no sabes la suerte que tuvisteis –le dijo Andy muy seria–, porque mi familia lo único que hacía era ridiculizarme a mí y todo lo que me gustaba. Estoy sola, Miles, completamente sola. ¿Lo comprendes?

Miles se quedó callado, y sus ojos escrutaron los ojos verdes de Andy. ¿Completamente sola? El solo imaginarse sin el apoyo de sus padres, de Jason, de sus abuelos y su círculo de amigos de Tenerife hizo que se le erizara el vello de la nuca.

Todos ellos habían sido su fuerza y su apoyo tanto en los buenos como en los malos momentos.

–No, no puedo imaginarlo –admitió–. Mencionaste a tus padres en el museo. ¿Es que ya no...?

Andy sacudió la cabeza.

–Ah, no, están vivos y coleando –respondió, intuyendo qué le quería preguntar–. Lo que pasa es que nunca se han preocupado por mí ni creen en mí, y no creo que eso vaya a cambiar.

–Ya veo. Entiendo que se te haga muy cuesta arriba el no poder contar con ellos. Pero se me está ocurriendo una idea: conozco a un par de inversores privados que siempre andan a la busca de nuevas ideas de negocio en las que invertir. Solo tendría que hacer unas llamadas y... ¿qué? ¿Por qué pones esa cara?

–No quiero endeudarme. No quiero que me hagan un préstamo, ni que me den ningún crédito ni nada de eso. Ese fue el problema que tuvieron mis padres, que se endeudaron hasta las cejas y acabaron perdiéndolo todo. Así que gracias, pero no. Sé que los comienzos van a ser difíciles, pero me he puesto unas cuantas líneas rojas que no pienso traspasar.

Era evidente que Andy tenía su orgullo. Le recordaba a él. Probablemente era uno de los motivos por los que había sentido una fuerte conexión con ella desde el día en que se habían conocido. Y cada vez que volvían a verse tenía la impresión de que esa conexión no hacía sino intensificarse. Aquel pensamiento lo inquietó un poco –¿estaba empezando a gustarle demasiado Andy?–, y sin casi darse cuenta dejó caer los brazos y dio un paso atrás.

–Volvamos dentro; empieza a hacer frío –instó a Andy.

Ella parecía un poco aturdida por que se hubiera apartado de pronto de ella, pero no dijo nada y lo siguió dentro.

–Así que no quieres endeudarte... –murmuró mientras se sentaban en el sofá–. Bueno ya sabes cómo me gustan los retos –añadió. Entornó los ojos, y al instante siguiente esbozó una amplia sonrisa–. Espera, se me ocurre otra idea que no te costará ni un penique, y que puede que sea lo que necesites para echar a andar tu negocio. Me estaba acordando de lo que me dijiste en la piscina de mis «dotes» de profesor; es verdad que disfruto enseñando. Podría ayudarte con tu plan de negocio, enseñarte qué cosas necesitarías para ponerlo en marcha: una página web, cómo promocionarte...

Ella se quedó mirándolo con una ceja enarcada.

–¿Y tendría que llevar un bañador?

Una sonrisa lobuna iluminó el rostro de Miles, que la recorrió de arriba abajo con la mirada.

–Tal vez no; me distraerías. Bueno, ¿qué me dices? ¿Crees que podrías sacar una o dos horas al día para que te dé unos consejos?

De: andromeda@constellationofficeservices.com

Para: saffie@saffronthechef.net

Gracias otra vez por dejar que me ponga tu vestido rojo para la entrega de premios de esta noche. Me queda perfecto, pero estoy otra vez hecha un manojo de nervios.

¿Qué voy a hacer, Saffie? ¡Habrá cámaras de televisión y fotógrafos!

Miles está decidido a presentarme a la mitad de los asistentes para que me dé a conocer como ilustradora. Lo que no se imagina es que, en cuanto yo empiece a describirles lo maravillosas que son las Biblias iluminadas del siglo xv, saldrán corriendo o pensarán que me he tomado algún tipo de droga.

Y lo último que quiero hacer es abochornarlo. ¿Y si hiciera como que tengo la gripe? ¿O la varicela? Eso podría funcionar, ¿no? No querrá que contagie a ninguno de los asistentes.

En fin, hablamos por la mañana... si es que los nervios no acaban conmigo esta noche.
Besos, Andy

Calzada con las sandalias rojas de tacón de Saffie, Andy no paraba de pasearse arriba y abajo por la habitación con las manos en las caderas, de la cama al armario, y del armario a la cama.

Las puertas del armario estaban abiertas, y cada vez que se paraba delante de él alargaba la mano hacia el vestido rojo de gasa colgado en una de las perchas, pero luego la dejaba caer, indecisa.

Dejó caer los hombros y apoyó la frente en una de las puertas del armario. Le daba igual que se le estropeará el maquillaje, aunque le hubiera llevado casi media hora aplicárselo, después de haber deshecho su primer intento con la leche desmaquillante, porque no la convencía.

Le preocupaba transmitir un mensaje equivocado con su aspecto. ¿O sería el mensaje correcto? Había intentado conseguir un aire elegante y atractivo, pero al mirarse en el espejo no había visto nada de eso. Aquello no estaba funcionando.

Había sido una locura pensar siquiera que podía acompañar a Miles, copropietario de un negocio millonario, a un evento así. Se dejó caer en la cama y resopló.

¿Es que no había aprendido nada de lo de Nigel? ¿Y si su primera impresión no había ido desencaminada y Miles no era más que un oportunista? ¿Y si estaba a punto de ponerse en ridículo, yendo a un evento donde iba a sentirse como un pez fuera del agua?

No, estaba siendo injusta. Miles no era una sabandija como Nigel. Lo que pasaba era que le preocupaba que se rieran de ella por salir de su pequeño mundo y confiar en Miles, creyendo que no iba a utilizarla para sus propósitos, como había hecho Nigel.

No, Miles no era como Nigel. Era un hombre atento y cariñoso que la había elegido, ¡a ella!, para que la acompañase. Todavía no se lo creía.

Claro que tampoco había tenido mucho tiempo para hacerse a la idea y prepararse mentalmente.

En los últimos días entre unas cosas y otras apenas había parado.

Al final se había decidido a dar el primer paso y había llamado a Peter, que había organizado una reunión la semana próxima con la agencia de publicidad con la que trabajaba Cory Sports para que discutieran los detalles de la cesión de los derechos de su diseño.

Y Miles había cumplido su palabra en cuanto a asesorarla, y estaba ayudándola muchísimo. Estaba yendo un par de horas por la tarde a las oficinas de Cory Sports, y se sentaba con ella para hablar del diseño de su página web, de técnicas de marketing y demás. Era un encanto: amable, generoso, con sentido del humor... ¿Qué chica no se enamoraría de un hombre así?, se dijo, esbozando una sonrisa. La verdad era que a ella le faltaba poco para llegar a ese punto.

Aquella noche era muy importante para Miles, se recordó poniéndose seria, y no se perdonaría defraudarle y no estar a la altura del evento al que iban a asistir. ¡Y solo le quedaba una hora para prepararse!, pensó contrayendo el rostro.

Justo en ese momento sonó su móvil, que había dejado en la mesilla de noche. Se estiró para alcanzarlo y volvió a tumbarse para contestar.

—¿Diga?

—Hola, Andy —respondió la voz de Miles, suave y pecaminosa como el chocolate—. Mis padres van a hacer una barbacoa en la playa esta noche, y estaba pensando en ponerle alguna excusa a Jason y tomar el próximo vuelo a Tenerife. ¿Quieres escaparte conmigo?

¿El próximo vuelo? ¿A Tenerife? ¿Escaparse con él? «Apúntame. Hago las maletas y en veinte minutos estoy lista», pensó Andy. Pero naturalmente no le respondió eso, sino que se rio y le dijo:

—¿Cómo?, ¿y perder la oportunidad de conocer al actor favorito de mi amiga Saffie y darle envidia luego? Ni hablar. Han dicho en la tele que iba a asistir a la ceremonia —con la mano libre se puso a jugar con un mechón de pelo y añadió para picarlo—: No lo tenía por un desertor, señor Gibson. ¿No irá a dejar que el miedo a unos pocos reporteros coarte sus planes de dominar el mundo, verdad?

Él se quedó callado un momento, y Andy lo imaginó frunciendo el ceño al otro lado de la línea.

—Me conoce usted demasiado bien, señorita Davies... —murmuró—. Quizá debería ir ya a buscarte para que me hagas cambiar de opinión.

—Perdona, pero todavía no estoy lista, y no quiero abrirte la puerta en bata y ropa interior.

En cuanto esas palabras abandonaron sus labios, Andy contrajo el rostro. Decir eso había sido un error; un tremendo error.

—Umm... Interesante... te propongo un juego: darte puntos por lo que deje entrever la lencería y restarte puntos por lo que tape. Sería divertido.

—Sigue soñando —se apresuró a responder ella. Y, ansiosa por cambiar de tema, le preguntó—: ¿Cómo le va a Jason con su discurso?

—No sé de quién me hablas. Pero volviendo a lo de la lencería... ¿estás en casa?

—Tal vez —se limitó a contestar ella. No iba a darle la satisfacción de decirle que estaba tumbada en la cama en ropa interior y con unas sandalias rojas de tacón. Solo se las había puesto para acostumbrarse a andar con ellas y no caerse de bruces en la alfombra roja, delante de todo el mundo—. ¿Y tú?

—Pues yo estoy ante el terrible dilema de qué ponerme. A lo mejor me podrías aconsejar.

—¿Quieres que te aconseje sobre qué ponerte? No estoy muy al día en moda masculina, pero puedo intentarlo. ¿Qué llevas puesto? —se dio un manotazo en la frente. ¿Pero en qué estaba pensando?—. Lo que quería decir es que habías pensado ponerte —se apresuró a corregirse.

—Ya, ya... —murmuró él divertido—. Pues ahora mismo estoy sentado en la cama, y en el armario tengo varios trajes posibles, pero como creo que lo que de verdad te interesa es lo que llevo puesto...

Andy tragó saliva y apretó el teléfono contra su oído.

–Llevo unos boxers negros, calcetines negros... ah, y una sonrisa, porque estoy hablando contigo. Andy se mordió el labio al imaginarlo, y de repente le pareció como si la temperatura hubiera subido varios grados. «Concéntrate; concéntrate».

–Bien. Bueno, pues dime cómo son esos trajes que tienes en el armario.

–Pues... Tengo uno que es azul oscuro y otro que es negro. El negro tiene unos años, pero está como nuevo y me queda como un guante. Le tengo cariño porque es el primer traje a medida que me hice, para una entrevista. Para el azul había pensado en ponerme una corbata de seda de color gris claro, y para el negro una de color rojo. Y luego...

–El negro –contestó ella antes de que pudiera acabar de hablar–. Ponte el negro.

–¿Por qué?

–Porque soy una sentimental sin remedio, y sé que si llevas ese puesto te recordará que no tienes que demostrarle nada a nadie. Te has esforzado mucho para llegar donde estás –le explicó ella–. Además, yo también voy a ir de ese color; así iremos a juego.

–Umm... ¿Llevas algo rojo ahora mismo? –inquirió él, y por su voz Andy lo imaginó con una sonrisa pícaro en los labios.

Andy bajó la vista al sujetador blanco sin tirantes, y las braguitas rojas que Saffie le había traído de Francia. Las sandalias rojas de tacón le daban un punto picante al conjunto, y se apresuró a quitárselas, como si él fuese a verlas a través del teléfono.

–Sí y no.

–¿Sí y no? O sea, que algo rojo sí que llevas puesto. ¿Y no vas a decirme qué? Porque estoy teniendo una visión de ti con un conjunto de ropa interior de color rojo y es algo... espectacular.

–¿Ah, sí? Pues sigue soñando, porque solo llevo unas braguitas rojas. Quiero decir... Llevo más ropa, pero no es de color rojo y... –resopló, irritada consigo misma–. Y tienes la irritante costumbre de hacer que me ponga colorada y empiece a balbucir como una tonta. No sé cómo lo haces.

–Unas braguitas rojas... –murmuró él con esa voz de terciopelo que la hacía derretirse por dentro–. Solo por eso voy a vestirme ahora mismo y estaré ahí dentro de veinte minutos, así que ve preparando esa bata.

–Miles, ¿quieres parar? Esta noche mi misión es ser una acompañante modélica porque tú me has ayudado y yo quiero ayudarte también, y este evento es muy importante para ti. Así que déjate de bobadas y céntrate en lo importante.

–Eso estaba haciendo. Dejémoslo en treinta minutos. Estoy impaciente por verte. Hasta ahora.

–Hasta ahora.

Andy cerró el móvil, pero en vez de dejarlo de nuevo en la mesilla lo apretó contra su pecho y se quedó allí tendida, con una sonrisa tonta en los labios, hasta que se acordó de lo último que Miles había dicho. ¡Treinta minutos!

Solo tenía treinta minutos para acabar de prepararse para la fiesta. Estaba segura de que iba a ser una noche memorable, y estaba dispuesta a disfrutar cada segundo de ella.

Capítulo 9

–¿Lista para pasarlo bien? –fue el saludo de Miles cuando Andy le abrió la puerta.

Ella sonrió, haciéndose a un lado para dejarlo pasar, y cerró.

–Umm... Así que era verdad lo de que ibas a ir de rojo... –observó él mirándola de arriba abajo–. Estás guapísima. Y esto es para ti –dijo tendiéndole un ramillete de rosas rojas y freesias.

Andy lo tomó y cerró los ojos mientras inspiraba su dulce e intenso perfume.

–Gracias. Son preciosas.

Miles estaba aún más guapo de lo que había esperado con ese traje hecho a medida, que resaltaba sus anchos hombros y su físico atlético. Tenía un aspecto tan tentador que, si fuese un bizcocho, se lo comería entero y no dejaría ni las migas.

–Madre mía... –murmuró, y lo recorrió con la mirada, desde el pelo, cuidadosamente despeinado, hasta los relucientes zapatos. Sonrió encantada al verlo sonrojarse, y le preguntó–: ¿Puedo añadir un último toque?

Cuando él asintió, como intrigado, sacó un capullo de rosa del ramillete y se lo puso en el ojal de la chaqueta.

–Así. Mucho mejor –Andy sonrió y le dio un par de palmaditas en el pecho.

Hizo además de dar un paso atrás, pero Miles le rodeó la cintura con los brazos, se inclinó para deslizar su mejilla contra la de ella, y le susurró al oído, haciéndola estremecer:

–Estoy de acuerdo; mucho mejor.

Luego la besó en los labios con delicadeza.

–¿No tenemos prisa, no? –añadió, lanzando una mirada por encima de su hombro, hacia las escaleras.

Esa mirada era más que evidente, y Andy sintió que una ola de calor le subía hasta el pecho. Tragó saliva y, haciéndose la inocente, comentó con una sonrisa:

–Ya te dije que este traje era la elección perfecta.

–Sí que lo es. Excepto por la camisa –contestó Miles, tirándose del cuello–. O el cuello de la camisa ha encogido, o mi cuello se ha vuelto más grueso. O puede que las dos cosas.

Andy, dejándose llevar por un impulso travieso, se puso de puntillas y le susurró al oído:

–Sube arriba y quítate la camisa.

Un brillo relumbró en los ojos de Miles que murmuró con una sonrisa:

–No es que no me tiente lo que estás pensando, pero quizá no sea el mejor momento. Jason me matará si llegamos tarde. Andy... ¿Qué estás haciendo? –inquirió deteniéndose aturdido, cuando lo tomó de la mano e intentó llevarlo hacia las escaleras.

–Como cualquier chica precavida y organizada que se precie, tengo un costurero en mi dormitorio. Puedo descoserte el botón del cuello de la camisa y cambiarlo de sitio para que no te apriete. No tardaré ni diez minutos. ¿Vienes?

–Te sigo, preciosa.

Andy intentó ignorar el tono insinuante de Miles, y al entrar en el dormitorio le señaló un silloncito que había en el rincón.

–Siéntate –le dijo, yendo a por el costurero.

Luego fue junto a él, y Miles la observó en silencio mientras le desabrochaba la pajarita, que era de clip, y los dos primeros botones de la camisa.

–Y ahora no te muevas, no vaya a clavarte la tijera –le advirtió, cortando las puntadas que sostenían el primer botón. Sus dedos parecían tener voluntad propia, porque aprovechaban cada pequeña oportunidad para rozar el vello de su torso mientras trabajaba, y los segundos que tardó en soltar el botón le parecieron minutos. Pero por fin terminó, y acercó una silla para sentarse.

En el silencio reinante se escuchaba la respiración de Miles, que parecía un poco agitada, como la de ella, y sus ojos no se despegaban de su rostro, lo que hizo que le costara tres intentos enhebrar la aguja.

El pecho de Miles subía y bajaba, y el olor de su colonia flotaba en el aire, embriagándola mientras con los dedos de una mano sujetaba el botón a la tela, deseando que esta fuese su piel, y con la otra manejaba la aguja. Cada pequeña puntada era un triunfo sobre el deseo, casi irresistible, de lanzar a un lado la aguja y abalanzarse sobre él para pedirle que le hiciera el amor.

Fue un alivio cuando cortó el hilo y se echó hacia atrás, poniendo un poco de espacio entre ellos.

–Listo –dijo con una sonrisa, y guardó la aguja y las tijeras en la cesta de la costura–. Espero que ahora no te apriete tanto.

Le lanzó una mirada a Miles, que no se había movido, y estaba observándola con una expresión que no le había visto antes, con una media sonrisa que parecía encerrar sorpresa, admiración... y algo más, que hizo que el corazón le diera un brinco en el pecho. ¿Deseo?

–Gracias –murmuró, con esa voz profunda y deliciosamente aterciopelada.

Andy tragó saliva.

–No hay de qué.

Miles sonrió. Ella sonrió. Y entonces, él le pasó un brazo por la cintura, le levantó la barbilla con la otra mano, y la besó en los labios. Fue un beso tan dulce, tan tierno, que la dejó sin aliento y se le humedecieron los ojos. El corazón le latía tan deprisa como si estuviese cabalgando sobre la cresta de una inmensa ola.

–¡Eh!, ¿por qué has hecho eso? –le preguntó, sonriendo con timidez.

Miles puso las yemas de los dedos índice y corazón contra los cálidos labios de Andy.

–Porque el otro día, en el museo, me abriste los ojos a un mundo del que no sabía nada –comenzó a decir él, y la besó justo debajo de la oreja–. Y por confiar en mí y compartir conmigo tus sueños –añadió, besándola un

centímetro más abajo.

Andy echó la cabeza hacia atrás para que sus labios pudieran seguir bajando.

—Y por venir aquel día a la cafetería, para que no me quedara allí solo —murmuró Miles, besándola en el cuello—. Y porque eres preciosa, y tienes muchísimo talento, y mereces que te mimen todos los días.

—¿Tú crees? —inquirió ella en un hilo de voz.

Miles, que iba a volver a besarla, levantó la cabeza y, al ver la sorpresa en su rostro, se le partió el corazón. ¿Por qué se tenía en tan poca estima? ¿Y por qué estaba mirándolo como si lo que había dicho de ella fuera como si le hubiese dado el Sol, la Luna y las estrellas?

La cándida y cálida mirada de Andy lo derritió por dentro. No debería dejar que sus emociones lo controlaran de esa manera, pero Andy era como un fuerte viento que derribaba todas sus defensas, y temía quedar expuesto por completo, vulnerable, como le había ocurrido con Lori.

Debería marcharse y dejarla allí, a salvo, en su pequeño mundo, lejos del loco caos que era el suyo. Lo contrario sería injusto con ella. No tenía nada que ofrecerle. Las relaciones serias eran para hombres que sabían quiénes eran y hacia dónde querían ir. No para hombres como él.

Se levantó del sillón, se metió las manos en los bolsillos del pantalón y apretó los puños.

—Deberíamos irnos ya —dijo, pero su voz no sonó muy decidida.

Sin embargo, ella dio un paso, le puso las manos en la camisa y murmuró:

—No hace falta que digas nada más; lo entiendo.

Cada músculo del cuerpo de Miles se tensó cuando apretó suavemente contra él. Una mano permaneció en su pecho, mientras que la otra le rodeó la espalda. Intentó moverse, pero ella se movió con él, y apoyó la mejilla en la solapa de la chaqueta, como si no quisiera dejarlo ir.

Miles no pudo resistir la tentación. Tomó la mano izquierda de Andy, que estaba sobre su pecho, la sostuvo a un lado, en el aire, y puso su otra mano en su cadera.

—¿Te había dicho que habrá una pequeña orquesta en la fiesta, después de la ceremonia? Esperaba que me ayudaras a practicar algunos pasos, aunque con la rodilla como la tengo no esperes que me mueva como Fred Astaire. ¿Me concede este baile, señorita Davies? —le preguntó.

Ella se quedó mirándolo un instante en silencio, pero luego deslizó el brazo que tenía en su espalda hasta su hombro y le sonrió.

—Está usted de suerte, señor Gibson, porque estoy libre para el próximo vals. Será un placer bailar con usted —dijo mirándole a los ojos—. Aunque yo también debo advertirle de que estoy desentrenada en lo de bailar en pareja; el único sitio donde he bailado últimamente ha sido en la cocina, con la radio puesta, mientras cocinaba.

—¿Sabes qué?, olvídote del vals —replicó él atrayéndola hacia sí con una sonrisa—. Deberíamos bailar algo con más ritmo, como una rumba.

—Pues vas a tener que enseñarme, porque eso no sé bailar.

Miles puso las manos en sus brazos desnudos, deleitándose en el suave tacto de su piel.

—Es así —le explicó—: un paso atrás a la derecha, luego hacia la izquierda, luego hacia delante, y luego a la derecha, como si estuvieras dibujando un cuadrado —deslizó el pie izquierdo hacia atrás, llevándola con él, y completaron el resto de los pasos—. Eso es. Y el ritmo va así: lento, rápido, rápido, lento... ¿Me sigues?

—Creo que sí —murmuró Andy, pero se quedó quieta y le rodeó el cuello con los brazos.

Luego levantó la cabeza, y su cabello le rozó la barbilla cuando lo besó, algo vacilante, en la clavícula y en el cuello. Sus labios eran tan suaves, y tan, tan cautivadores... Con cada beso se acercó un poco más a él, hasta que sus caderas quedaron apretadas contra las de él, arrancando de su garganta un gemido.

—Andy —murmuró, tomándola por los hombros con la intención de apartarla de sí.

Pero, sin saber cómo, se encontró enredando las manos en su pelo, se inclinó hacia ella y la besó con pasión. Acarició su lengua con la suya y también el labio inferior antes de succionarlo suavemente con los suyos. Ella gimió y ladeó la cabeza para que pudiera besarla mejor.

Cuando sus labios se despegaron, lo miró con una mirada llena de preocupación, tristeza y arrepentimiento, como si esperara algún comentario hiriente, recriminándole lo tonta que había sido por invitarlo a subir a su dormitorio.

Aquella mirada se le clavó en el alma. No quería que Andy fuese simplemente su acompañante en el evento de esa noche. Quería volver a verla.

Creía que había decidido que no quería volver a tener una relación seria, pero Andy estaba trastocando sus esquemas, haciéndole cuestionarse tantas cosas... ¿Debería arriesgarse y demostrarle lo especial que era? ¿No implicaría eso poner en riesgo también a su corazón?

Deslizó una mano por la espalda de Andy y la cerró sobre sus nalgas, apretándola contra sus caderas. Cuando el beso terminó ella, ella estaba tan jadeante como él. Estaba preciosa, con el cabello oscuro desparramado sobre los hombros, las mejillas sonrosas y una sonrisa deslumbrante en los labios.

Un mechón cayó hacia delante cuando apoyó la cabeza en su pecho. Miles lo apartó, remetiéndolo tras la oreja, le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la barbilla en su cabeza.

Permanecieron así unos instantes, abrazados y con los ojos cerrados. Cuando ella finalmente se movió, Miles abrió los ojos y bajó la vista hacia ella. Y esa vez no solo sonreían los labios de Andy, sino también sus ojos. Y con solo mirarla sintió como si el corazón fuese a estallar de felicidad. ¡Dios, la quería tanto...! ¿Que la quería? Miles se quedó paralizado. La cabeza le daba vueltas. ¿Se había enamorado de ella?

—No sabía que los deportistas bailarais tan bien —bromeó Andy. Luego se mordió el labio inferior, y con una sonrisa coqueta le preguntó—: ¿O es que soy una chica con suerte y eres la excepción que confirma la regla?

¿Una chica con suerte? Miles pensó en las largas horas que había pasado entrenando, dejando a un lado el resto de su vida, incluidas las chicas con las que había salido y a las que les había importado. Lo había sacrificado todo por el surf.

—No estoy muy seguro en lo de que sea una suerte —le dijo—. Ahora mismo estoy luchando por volver al loco mundo de los deportes: serán meses de ir de un sitio a otro, presión constante... Y lo cierto es, lo cierto es que siento como si, desde que tuve el accidente, lo hubiera perdido todo.

–Eso no es verdad, Miles.

–Sí que lo es. Mi carrera se ha terminado, aunque quiera negarlo –murmuró él, tomando su mano y besándole los nudillos–. He visitado a diez especialistas, y todos me han dicho lo mismo: que se acabó, que tengo que retirarme. Y solo tengo treinta y un años. ¿Tienes idea de hasta qué punto me aterra esa idea? Te mereces algo mejor, Andy. Te mereces a alguien con sueños alcanzables, a alguien con futuro.

Se apartó de ella y empezó a pasearse arriba y abajo por la habitación, que de repente parecía estar encogiéndose, como si quisiese aplastarlo. Aire, necesitaba aire...

Salió del dormitorio, bajó las escaleras y no paró hasta salir de la casa. Se quedó allí plantado, jadeante, con los ojos cerrados con fuerza y el corazón martilleándole en el pecho.

Apenas habría pasado un minuto cuando se oyeron unos pasos suaves, y sintió el cuerpo cálido de Andy apretado contra su espalda y sus brazos rodeándolo.

Tomó sus manos, y permanecieron en silencio durante un buen rato hasta que Miles se volvió para mirarla. Le puso las manos en la cintura y la miró a los ojos, dispuesto a disculparse, a explicarse, pero ella le impuso silencio poniendo un dedo en sus labios.

–El Miles Gibson al que la gente verá en la entrega de premios de esta noche es un hombre digno de respeto y admiración. Te esforzaste muchísimo para llegar a donde has llegado, y lo que has conseguido... eso no te lo puede quitar nadie –se quedó callada un momento y le acarició distraídamente la camisa antes de mirarlo de nuevo–. Pero ese no es el hombre que escribió los mensajes en Internet, el que vino al museo conmigo, el que quiere a su familia con locura y hace reír a sus amigos, el que me está ayudando a hacer realidad mis sueños –ladeó la cabeza–. Creo que, en un punto de tu carrera, por ser el mejor olvidaste lo que era divertirse, y el Miles divertido y creativo que hay en ti puede establecer nuevas metas y entusiasmarse con cosas nuevas. Tienes muchísimas cualidades, y talento para un montón de cosas –se puso de puntillas y lo besó en los labios–. A mí me deslumbraste desde el primer momento –retrocedió un paso y le dio un par de palmadas en el pecho–. Tienes que decirle adiós a tu viejo yo y hola al nuevo. Porque tu nuevo yo es increíble. Y sorprendente, y una inspiración para cualquiera. A mí, sin ir más lejos, me has demostrado que puedo hacer realidad mis sueños a mi manera, y que no tengo que conformarme con menos. Siempre te estaré agradecida por eso; siempre.

Capítulo 10

De: andromeda@constellationofficeservices.com

Para: saffie@saffronthechef.net

Querida hada madrina:

Te envió este correo... ¡desde una limusina!

Y tengo que decirte que no me costaría nada acostumbrarme a que me mimasen de esta manera todos los días. Tengo un ramillete de rosas precioso en la mano, un príncipe azul sentado a mi lado, y llevo las sandalias rojas de tacón que me has prestado. Con las que, por cierto, tengo que andar con tanto cuidado como si fueran los zapatos de cristal del cuento.

Ahora solo tengo que esperar a que el reloj dé las doce a medianoche.

Esto es un auténtico sueño. Ya te lo contaré todo mañana.

Besos,

«Andycienta»

Andy se acurrucó en el cómodo asiento de cuero de la limusina, extendió a ambos lados la falda de gasa de su vestido rojo, como si fuese un abanico, y le dio unas palmaditas.

–Así está mejor –murmuró para sí.

Miles resopló y tosió para disimular su risa. Ella le golpeó en broma el hombro con su bolso de mano.

–¿Quieres parar? –lo increpó, pero luego soltó una risita excitada y meneó el trasero de lado a lado–. Me da igual que te rías de mí; esto es genial. Tengo que decir que, cuando agasajas a una chica, lo haces con mucho estilo. Esto sí que es una forma distinta de moverse por Londres.

–¿Te refieres a la excelente red de transporte público de la ciudad? –inquirió Miles con un aire muy pomposo, reprimiendo a duras penas una sonrisilla.

Ella extendió la pierna derecha por completo, así de amplio era el interior del lujoso vehículo, la levantó en el aire y giró el tobillo mientras respondía muy digna:

–El ejercicio diario es esencial para los oficinistas.

Iba a bajar la pierna para evitar que la falda del vestido se le levantase más, pero Miles fue más rápido que ella. Sus cálidos dedos le agarraron el tobillo, y se lo acarició con el pulgar.

–¿Diste clases de ballet?

–Durante cuatro años –contestó ella, acalorada–. Pero no se me daba nada bien.

–Pero mereció la pena; tiene unos tobillos muy bonitos, señorita Davies –murmuró Miles–. Y también unas buenas pantorrillas –deslizó la palma hasta la rodilla, donde ella atrapó a sus traicioneros dedos, y apartó su mano, devolviéndola a su regazo antes de bajar la pierna y ponerse bien la falda.

–¿Esa es tu opinión como deportista? –inquirió ella en un tono fingidamente despreocupado.

–Tal vez –murmuró él–. O tal vez no –añadió con una sonrisa, y giró la cabeza hacia su ventanilla.

Ella hizo lo mismo, y se quedó mirando pensativa las calles por las que pasaban. Miles le había dicho que al día siguiente volvía a Tenerife para preparar las maletas para un largo viaje al extranjero y, de algún modo, la idea de que tal vez no volvieran a verse le produjo una intensa desazón.

Podrían mantener el contacto por teléfono o por correo electrónico, si él quería, pero aquella era, según lo previsto, la última vez que estarían juntos. Miles no le había prometido nada, no había hablado de una relación seria, ni de compromiso. Lo sabía, sí, pero... no había nada de malo en albergar esperanzas, ¿no?

Entonces recordó lo que Miles le había enseñado: que había que vivir el momento presente. No debía pensar en nada más; solo tenía que disfrutar de esa velada junto a aquel hombre maravilloso. Inspiró profundamente y se volvió hacia Miles.

–¿No te parece que hacemos buena pareja, tan elegantes los dos? –le preguntó juguetona, con una sonrisa en los labios.

Miles la tomó de la barbilla y le dio un largo beso en los labios.

–Ya lo creo –respondió con una sonrisa satisfecha–. Y con un poco de suerte los fotógrafos estarán tan ocupados contigo que se olvidarán de mí –le dio un toque en la punta de la nariz con el índice.

Andy se rio.

–Ya, seguro. ¿No te habrás tomado unas copas antes de salir, verdad? Pero ahora en serio: ¿Hay alguien a quien deba deslumbrar o con quien deba estar vigilante? Lo digo porque, aunque me alabaste por ser tan sincera, a veces el ser demasiado sincera hace que me meta en líos.

–No te preocupes –contestó él, apretándole la mano con una sonrisa–. A la prensa y la televisión solo le interesan los deportistas y las personas famosas que acuden al evento. Habrá algunos fotógrafos a la caza y captura de instantáneas jugosas para las revistas del corazón, pero a nosotros no nos molestarán. Sobre todo con Lori Wilde pavoneándose por ahí. Le encantan esta clase de eventos. Viene como acompañante de su novio, Carlos Ramírez, un futbolista que ha sido nominado para los premios de esta noche.

–¿Lori Wilde, la modelo? –inquirió Andy, curiosa por el repentino cambio en su tono–. ¿La que presenta un concurso de modelos en la tele?

–La misma. Solo que cuando yo la conocí, hace años, estaba empezando y esperando a que saliera su gran oportunidad. Era lista, guapa y ambiciosa, y convencí a Jason para que la contratáramos para una campaña de nuestra línea de bikini y ropa de deportes acuáticos. Nos convertimos en la pareja famosa de la temporada.

¿Pareja?, ¿había dicho «pareja»?

–Un momento, rebobina. ¿Estás diciéndome que Lori Wilde fue novia tuya?

Él encogió un hombro.

–Pensé que lo sabías. Publicaban fotos nuestras en todas las revistas y salíamos por la tele. Supongo que vendía, el romance entre el surfista y la modelo –giró la cabeza hacia la ventanilla–. Estuvimos juntos tres años.
Tres años... Miles había tenido una relación de tres años con una de las mujeres más bellas del mundo... A Andy se le cayó el alma a los pies. ¿Qué estaba haciendo un hombre como él con alguien como ella?
–Tres años... Eso es mucho tiempo –dijo en un hilo de voz.
–Sí que lo es. Pero rompimos después de mi accidente. Resulta irónico que vaya a reencontrarme con ella precisamente esta noche, ¿no?
El chófer aminó la velocidad; habían llegado a su destino. Miles echó una mirada por la ventanilla antes de volverse hacia ella y darle unas palmaditas en la mano con una sonrisa despreocupada.
–Relájate y recuerda lo que te he dicho. Tú sonríe, quédate a mi lado, y todo irá bien. ¿Lista? Tenemos que salir.
Y antes de que Andy pudiera siquiera prepararse mentalmente, la limusina se detuvo. En cuestión de segundos el chófer estaba junto a su puerta, y apenas tuvo tiempo de desabrocharse el cinturón y tomar su bolso antes de que Miles, que ya estaba fuera, le tendiese la mano para ayudarla a bajar.
Se vio envuelta de inmediato en una nube de flashes y el griterío de la multitud congregada en las inmediaciones del hotel donde se iba a celebrar el evento. La travesía por la alfombra roja se le hizo eterna, pero se agarró con fuerza al brazo de Miles y obligó a sus pies a moverse mientras él saludaba a diestro y siniestro y se detenían a posar para los fotógrafos.
–Ha sido horrible –le dijo cuando por fin cruzaron las puertas del hotel–. ¿Cómo consigues parecer tan relajado?
Miles sonrió.
–Me digo que esto es buena publicidad para Cory Sports. Nosotros somos quienes pagamos el evento, y todos sacamos algo de ello: los patrocinadores, los accionistas, los medios... Nos necesitamos los unos a los otros –la rodeó por la cintura, atrayéndola hacia sí, y le susurró al oído–: Pero no tienes que preocuparte, tú has estado espectacular. Parecías una estrella de cine.
–¿Yo, una estrella? ¿En serio? –inquirió ella con incredulidad.
–Una estrella –repetió Miles, y le guiñó un ojo.
Andy no acababa de creérselo, pero ese cumplido le dio ánimos. Quizá podría sobrevivir a aquello después de todo. Aunque aquella exnovia tan guapa de Miles estuviese allí. ¡Ay, Dios!
Mientras cruzaban el inmenso vestíbulo, Miles le señaló un pequeño grupo de personas reunidas a un lado. Jason estaba entre ellos, y cuando los vio les agitó la mano para que se acercaran.
Pero un equipo de televisión había visto también a Miles, y el reportero, micrófono en ristre, los interceptó.
–Señor Gibson, nos alegramos de volverlo a ver. ¿Podría concedernos una entrevista rápida antes de la ceremonia?
Le prometió que serán solo cinco minutos.
Miles miró a Andy.
–¿Te importa que...? Acabaré enseguida.
–No, claro que no –contestó ella, como si aquello fuese algo de lo más habitual–. Te espero.

Andy se quedó allí y lo observó mientras se alejaba un poco con el reportero hacia donde estaban el cámara y el resto del equipo. Y ante sus ojos, como por arte de magia, el Miles que conocía se transformó en Miles Gibson, la superestrella del surf.
Lo observó admirada mientras respondía a las preguntas del reportero con un aire de suprema confianza en sí mismo, como quien está en la cresta de la ola y lo tiene todo bajo control, sonriendo y bromeando. Tenía la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, y con la derecha saludaba a las celebridades que iban entrando.
Aquella versión de Miles fue una revelación para ella. Parecía que se había equivocado de vocación; debería haber sido actor. Era como si estuviese interpretando un papel, y parecía que estaba disfrutando con la atención de la gente y de los medios. De hecho, daba la impresión de que lo revitalizaba. Tal vez fuera eso lo que echaba de menos en su vida, a lo que había estado acostumbrado antes del accidente.
Andy suspiró y giró la cabeza hacia donde estaba Jason. Junto a él había un hombre alto, atlético y muy guapo que, a juzgar por la cantidad de fotógrafos que había frente a ellos, debía de ser un deportista importante.
Oyó cómo uno de los fotógrafos lo llamaba por su nombre para que lo mirara. Era Carlos Ramírez, el futbolista que había mencionado Miles. Y entonces se fijó en que, a solo un par de metros de ellos, aguardando pacientemente como ella, estaba Lori Wilde.
Andy solo había visto un par de veces su programa de televisión, pero no había duda de que en carne y hueso era igual de alta, esbelta y atractiva. Llevaba un vestido dorado que dejaba un hombro al descubierto y que le quedaba como un guante, y llevaba el cabello negro peinado en un artístico recogido.
Andy se quedó paralizada cuando la vio girar la cabeza un par de veces hacia ella, como si le hubiera picado la curiosidad al darse cuenta de que estaba esperando a Miles. Repentinamente se sintió tímida e insegura, pero luego le pareció que aquello era ridículo. Miles y Carlos estaban siendo entrevistados, y ellas, que eran sus acompañantes, estaban solas. ¿Por qué no acercarse a saludarla?
Y como lo pensó, lo hizo. Inspiró profundamente, fue hasta ella, y le tendió la mano con una sonrisa.
–Hola. Eres Lori, ¿verdad? Encantada de conocerte. Yo soy Andy. Andy Davies.
–Lo mismo digo –contestó Lori, estrechándole la mano y sonriéndole también–. Antes estaba picando a Jason, preguntándole si Miles también iba a venir solo, como él, y mencionó tu nombre, pero no sabía por dónde andabais.
Tenía una voz cálida y un rostro muy expresivo, un contraste enorme con la imagen distante y sofisticada que mostraba en televisión. Unas risas a sus espaldas las hicieron volverse a ambas. Carlos estaba dándole unos toques con las rodillas a un balón de fútbol, haciendo las delicias de los cámaras y los fotógrafos.
–Miles me ha dicho que tu novio, Carlos, es uno de los nominados de los premios de esta noche. Debes de estar muy feliz por él.
El rostro de Lori se iluminó con una sonrisa sincera.

–Lo estoy. Se ha esforzado tanto esta temporada... Y a pesar del éxito no se le ha subido a la cabeza. Soy una chica con suerte.

–Yo diría que es él quien tiene suerte de tenerte a su lado.

–Gracias, Andy, eres un encanto –contestó Lori con una sonrisa–. Supongo que sí, que los dos hemos tenido suerte –murmuró, bajando la vista, como vergonzosa.

Y de pronto, cuando volvió a levantarla su cálida sonrisa se transformó en una mirada preocupada y recelosa. Andy iba a preguntarle si se encontraba bien cuando un brazo le rodeó la cintura por detrás.

–¿Suerte? ¿Estabais hablando de mí? –inquirió la voz de Miles.

Andy puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

–El mundo no gira en torno a ti, Miles –lo regañó, volviendo la cara hacia él con una sonrisa. Y como no sabía a qué se debía el repentino cambio en Lori, prefirió decirle una mentira piadosa–. Estábamos hablando de la suerte que tenemos de estar aquí esta noche. Es una fiesta preciosa. ¿Verdad, Lori?

–Desde luego –respondió la morena, tendiéndole su mano a Miles, que él aceptó como si fuera una serpiente venenosa–. Me alegra volver a verte, Miles. Te veo muy bien.

–Lo mismo digo –contestó él, abrazando con más firmeza la cintura de Andy–. He oído que has pasado una temporada en Río con Carlos.

–Sí, bueno, aunque tampoco ha sido un viaje de placer. Ya sabes cómo es: trabajo, trabajo, traba... jo –Lori bajó la vista por la pierna de Miles, y Andy sintió cómo se tensaban los músculos del brazo de él–. Perdona, ese ha sido un comentario insensible por mi parte.

Andy sonrió a Miles, esperando que le respondiera con humor, pero sus facciones estaban igual de tensas que su brazo. Con la intención de disipar un poco el ambiente, dijo con una sonrisa:

–Miles y Jason tampoco paran de tanto trabajo como tienen. El otro día estaba con Miles en su despacho y el teléfono no dejaba de sonar.

Lori frunció el ceño, y esbozó una media sonrisa.

–Ah, perdona, Andy, creía que eras la novia de Miles; no sabía que trabajabas para él.

–Andy es una artista en cuyos diseños estamos interesados –contestó Miles por ella en un tono frío–, pero esta noche está aquí como mi acompañante. ¿Verdad, Andy?

Y, sin esperar a que ella respondiera, la atrajo hacia sí y la besó en los labios. A Andy aquel beso le habría parecido algo halagador, y hasta romántico, pero la pilló tan desprevenida que no le dio tiempo siquiera a cerrar los ojos, y lo que vio le heló la sangre en las venas.

Miles también tenía los ojos abiertos, pero no estaba mirándola a ella, sino a Lori, que estaba a sus espaldas. Y por los destellos de los flashes que saltaron de repente, dedujo que los fotógrafos debían de estar encantados con la escena: Miles Gibson besando a una chica delante de su exnovia, la top model Lori Wilde.

Y en ese instante lo comprendió todo. Miles había querido ver la cara de Lori cuando besase a otra mujer. A cualquiera. No le había pedido que lo acompañara porque le gustase, sino para demostrarle a Lori y a los medios que ya la había olvidado. Y ella había sido tan tonta como para creer que sentía algo por ella. La había utilizado. Igual que Nigel.

Por suerte no tuvo que seguir con aquella charada ni un segundo más, porque en ese momento apareció Jason y le susurró a Miles al oído algo sobre que la ceremonia estaba a punto de empezar. Este la soltó de inmediato para mirar su reloj y discutir unos detalles con su hermano, y Andy siguió con la mirada a Lori y Carlos mientras se alejaban, perdiéndose entre el resto de los asistentes.

–Eh, Andy, bien jugado –le dijo Miles cuando Jason se hubo alejado también, para hablar con un técnico de sonido–. Tal vez ya no pueda hacer surf, pero tú, la chica más bonita de Londres, acabas de alegrarme la noche. ¿Andy? ¿Qué haces?, ¿dónde vas? –la llamó, agarrándola por el brazo cuando le dio la espalda para irse.

–¿Que qué estoy haciendo? –le espetó ella con los dientes apretados–. Me marchó. ¿El hotel tiene alguna otra salida? Aparte de por esa ridícula alfombra, quiero decir. Porque necesito salir de aquí ahora mismo.

Miles frunció el ceño.

–Pues... yendo por el bar hay otra salida, pero... ¿por qué quieres irte? Creía que lo estabas pasando bien.

–Tú lo has dicho. Lo estaba pasando bien –contestó ella, girándose hacia él con un movimiento brusco–. Y me marchó porque acabo de darme cuenta de que he olvidado algo muy importante.

–¿El qué? La ceremonia está a punto de empezar.

Andy apretó los puños.

–¿Quieres saber qué he olvidado? Que no estaba aún lo bastante fuerte emocionalmente como para que no volvieran a utilizarme.

–¿A utilizarte? ¿De qué estás hablando?

–¿Que de qué te estoy hablando? ¡Si acabas de admitirlo! –le espetó Andy exasperada–. «Bien jugado», me has dicho. Me habías traído aquí con la intención de poner celosa a tu exnovia, y de paso asegurarte de que esa foto salga mañana en las portadas de todas las revistas de cotilleos. Y no te has parado a pensar ni por un momento –añadió con voz trémula–, ni por un solo momento, en cómo me sentiría yo –las lágrimas le nublaban la visión, pero se obligó a continuar–. No me invitaste a venir como amiga; me invitaste a venir para demostrarle a tu exnovia que sigues teniendo gancho con las mujeres.

–Andy, yo no... No lo comprendes... –Miles, que se había puesto lívido, alargó la mano la mano hacia ella, pero Andy dio un paso atrás.

–¿Sabes qué es lo que más me duele? Que jamás me habría esperado eso de ti. Jamás.

Y tras decir eso se alejó hacia el abarrotado bar, dejándolo con la palabra en la boca.

Miles se quedó tan aturdido, que en un primer momento no se movió. Andy tenía razón, se dijo. Tanta razón que se sintió espantado de lo que había hecho. Sí, la había besado para que lo viera Lori, y también había sido consciente de que los fotógrafos no perderían la ocasión de captar una instantánea del momento: Miles Gibson, el semental, había vuelto. Aquello era exactamente lo que había querido que pasara. Pero en un momento dado, sin darse cuenta, había acabado enamorándose de su acompañante.

–¡Andy!, ¡espera, por favor! –la llamó yendo tras ella, abriéndose paso entre la gente.

Cuando salió a la calle, maldiciendo el dolor de su pierna por no poder ir más deprisa, respiró aliviado al ver que Andy estaba esperando junto a la acera a que pasara un taxi.

–¡Andy! –la llamó.

Ella se volvió lentamente y lo miró dolida. No dijo nada, pero no hacía falta que dijera nada; lo que sentía estaba escrito en su rostro.

–Debería haberte contado antes lo de Lori –reconoció Miles–. Sabía que iba a venir aquí esta noche con Carlos, pero no sabía cómo iba a llevar el volver a verla, ni cómo iba a manejar la situación. Y no puedo cambiar lo que he hecho, pero no pretendía hacerte daño. Por favor, vuelve dentro conmigo.

–No, Miles. Ya te he hecho el trabajito para el que me habías traído aquí, ¿no? Toda la semana he estado haciéndome la misma pregunta: ¿Por qué Jason te inscribió en esa página de contactos? Tú no necesitabas ayuda para encontrar novia, ni tampoco querías encontrar, como decías, a una mujer distinta de las mujeres con las que sueles tratar. Por supuesto que no. Ahora lo comprendo. Lo único que necesitabas era a alguien capaz de enhebrar dos palabras seguidas para que te acompañase, ¿no es verdad? Solo me necesitabas para que nos hicieran esa fotografía y saliese en las portadas de mañana –Andy sacudió la cabeza–. Pues ya está; lo has conseguido: misión cumplida. Felicidades. Eres patético.

Miles dio un paso hacia ella, pero Andy retrocedió.

–Espera, por favor, deja que me explique. Está bien, sí, cometí un error. Y siento muchísimo no haberte contado antes lo de Lori, pero yo no quería hacerte daño; tienes que creerme.

–¿Creerte? No pienso escuchar ni una palabra más de lo que tengas que decir. Se acabó, Miles. Vuelve dentro; Jason te necesita. Pero Lori no. Y eso es lo que de verdad te molesta, ¿no es así?, que ella haya superado vuestra ruptura y haya encontrado a alguien a quien amar mientras tú sigues atrapado en el pasado. Vamos, dime que me equivoco.

–¿Quieres que hablemos de Lori? Muy bien, pues te contaré lo que pasó. Lori y yo no rompimos; fue ella quien me dejó. Me dejó el mismo día que salí del hospital, porque le enfermaba ver el estado en que había quedado tras el accidente, incapaz, hecho un guiñapo. Ahí lo tienes. ¿Satisfecha? –le espetó Miles–. Lo único que Lori sentía por mí era lástima. En cuanto me vio en la silla de ruedas supo que, si se quedaba a mi lado, su maravillosa vida de celebridad se habría acabado. Por eso me dejó. Había dejado de ser útil para su carrera.

Miró a Andy, que se había rodeado la cintura con los brazos, y parecía tan frágil y vulnerable que se sintió como un gusano por haberle causado tanto pesar.

–Perdóname, Andy. Lo siento tanto... Se suponía que esta iba a ser una noche especial para ti.

Ella alzó la barbilla y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

–A esa chica encantadora que hay ahí dentro le importabas –le dijo con voz entrecortada–, pero tú la alejaste de ti. Fuiste tú quien le dijo que se marchara, ¿no es verdad?

Miles apretó la mandíbula.

–Después de todos esos años juntos todavía no sabía o no si me quería –protestó él, golpeando el aire con un puño–. Creía que debía sentirme agradecido cuando se ofreció a quedarse a mi lado y cuidar de mí. ¡Como si necesitaría otra enfermera! No podía creerlo. Así que, sí, le dije que se fuera y que hiciera su vida. Y se marchó, ya lo creo que se marchó. Tomó el primer avión al día siguiente.

–O sea que fue tu orgullo lo que la apartó de ti. Por Dios, Miles... ¿Todavía la quieres? –inquirió con voz trémula.

–No, ya no.

Ella se quedó mirándolo, con los ojos llorosos y una expresión mezcla de angustia y del más profundo afecto.

–No, por supuesto que no. Ya no queda sitio en tu corazón más que para tu ego. Todos estos días no has hecho más que hablarme de lo mucho que estabas esforzándote para demostrarle a la gente del sector que estás en forma y que vuelves a estar en la cresta de la ola porque crees que se lo debes a tu familia y a Cory Sports –sacudió la cabeza lentamente y levantó el brazo para parar un taxi que pasaba–: Deja de engañarte. Si estás forzando tu cuerpo a pesar del dolor y estás haciendo como que todo está bien, no es por el negocio. Lo estás haciendo para demostrarte a ti mismo que sigues siendo el mismo hombre: el campeón, el rey del surf. Pues enhorabuena: la prensa te adora. Espero que eso te haga feliz.

Y, dicho eso, se dio media vuelta, se subió al taxi y este se alejó, adentrándose en el tráfico londinense, mientras Miles veía impotente cómo se perdía en la distancia la mujer de la que se había enamorado, la única persona que quería que lo adorase.

Capítulo 11

De: *andromeda@constellationillustrations.com*

Para: *saffie@saffronthechef.net*

¿Cómo va todo? Espero que las cenas de empresa de Navidad no os estén volviendo locos.

En el museo hemos estado más ajetreados que nunca. Supongo que la gente que está por la zona para hacer sus compras navideñas aprovecha para hacer un descanso y culturizarse un poco.

Por cierto, ¿te dije que convencí al gerente de la cafetería del museo para que compraran ese café tan maravilloso que tomé en casa de Jason? Pues está siendo todo un éxito. Tanto como mis tarjetas de Navidad. Se están vendiendo muy bien.

Y dentro de solo dos semanas por fin empiezan mis vacaciones de Navidad. ¡Qué felicidad!

Besos,

Andy

P.D.: ¿Has visto?, ahora ya tengo mi propio correo, como una ilustradora profesional.

—ME ALEGRA que haya disfrutado de su visita —Andy sonrió a la mujer y metió en una bolsa de papel el libro que esta acababa de comprar sobre la colección de porcelana del museo—. Si vuelve en enero, podrá ver la nueva exposición de jade de la antigua China; promete ser algo muy especial —añadió rodeando el mostrador de la tienda para darle la bolsa.

La mujer, que era la última cliente del día, se despidió con una inclinación de cabeza y salió de la tienda.

Andy recogió todo, se puso el abrigo y el gorro, y estaba colgándose el bolso en bandolera para irse cuando un aroma familiar flotó hasta ella, haciéndola girarse sobre los tobillos.

Y sus piernas se quedaron clavadas al suelo al ver a Miles frente a ella.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —inquirió.

Su voz había sonado ahogada y patética, y sintió una punzada en el pecho cuando lo vio entrar en la tienda, llenando el espacio con su presencia, y haciendo que el corazón, a pesar de lo que le había hecho, le palpitará con fuerza, como si se alegrara de verlo.

—Creía que estabas en Tenerife.

—Y yo creo recordar —dijo él con esa voz deliciosa que tenía el poder de convertir sus piernas en gelatina— que en este museo hay una exposición fantástica de manuscritos iluminados de la Edad Media. ¿Hay alguna posibilidad de una visita guiada de esa sala? —le preguntó, esbozando una sonrisa.

—Una visita guiada... —repitió ella aturrida. Cuando por fin su cerebro reaccionó, carraspeó y le contestó—: Lo siento, pero cerramos dentro de un par de minutos. Tendrás que volver otro...

Pero no llegó a terminar la frase, porque Miles avanzó, acortando los pocos pasos que los separaban, con sus ojos fijos en ella, impidiendo que su mente formara siquiera un pensamiento racional.

¡Ay, Dios! Estaba aún más moreno y más guapo. Y olía aún mejor. Y cada célula de su cuerpo parecía estar gritando cuánto había ansiado volver a verlo. Cada día que había pasado desde la noche de la entrega de premios había sido una tortura.

—Te he echado de menos —le dijo Miles, sonriéndole con los ojos y con los labios—. Más de lo que puedo expresar con palabras. Estás preciosa. ¿No podríamos salir de aquí y... no sé, ir a tomarnos un café?

Avanzó un paso más hacia ella, la atrajo hacia sí sin ningún miramiento, y la besó con la pasión contenida que se acumula cuando uno pasa tres semanas y dos días separado de la persona a la que ama.

Y ella respondió al beso con idéntico ardor, entrelazando su lengua con la suya, entregándose por completo. No habría podido evitarlo aunque se lo hubiera propuesto. En su corazón había estado rogando por volver a verlo, por que llegara ese momento.

Fue Miles quien despegó sus labios de los ella, permitiéndole que respirara de nuevo, y Andy, que no había tenido bastante, iba a reclamar una segunda ronda, cuando él le sonrió y señaló la salida de la tienda con un movimiento de cabeza.

Y antes de que pudiera saber qué estaba pasando, le pasó un brazo por debajo de las rodillas, otro por la espalda, y la alzó en volandas.

Miles no dijo una palabra, y echó a andar, fuera de la tienda, sin hacer caso de sus protestas. Andy agitaba las piernas, repitiéndole que la bajara, pero él siguió andando, cruzando una sala tras otra, ante la mirada escandalizada de la vieja señora Jones, la vigilante de la sala de tapices, y las miradas divertidas de otros empleados del museo y los pocos visitantes que quedaban.

—¿Pero qué haces? —lo increpó Andy, agarrándosele al cuello para no caerse—. ¡Bájame ahora mismo! He estado refugiándome en la comida estas tres semanas para quitarme el disgusto y tú no tienes la pierna bien y... ¡Miles! ¿Quieres escucharme?

Él no se detuvo, y le aseguró con una sonrisa:

—Mi pierna está bien, y yo estoy bien. De hecho, estoy mejor que bien.

Y Andy vio cómo su amigo, el guarda de seguridad, le guiñaba un ojo mientras les sujetaba la pesada puerta para que pudieran salir.

Un par de minutos después Andy volvía a estar de nuevo en el suelo, en plena calle. Y a pesar del frío aire de diciembre y de que se suponía que debería estar furiosa, prorrumpió en risitas.

—Genial, adiós a mi reputación de persona seria y responsable —dijo tapándose la boca con la mano sin poder dejar de reírse—. A la vieja señora Jones parecía que iba a darle un patatús cuando hemos pasado por su sala.

–Si te riñen, échame a mí la culpa –le dijo Miles con una sonrisa–. Perdona que te haya sacado así del museo, pero es que necesitaba hablar contigo. No he perdido la esperanza.

–¿De qué?

–De que quizá pueda persuadirte para que me perdones.

–¿Vas a ponerte de rodillas y a suplicar? –inquirió ella, intentando parecer más tranquila de lo que estaba.

–Si es necesario, haré lo que sea –Miles la tomó del brazo para llevarla hasta el Rolls Royce que había parado junto a la acera, con el motor en marcha y su chófer al volante–. Vamos a tomarnos ese café –dijo abriéndole la puerta del asiento trasero.

Cuando la hubo ayudado a subir, asiéndola por el codo, dejó caer la mano, y al hacerlo sus dedos rozaron el brazo de Andy, haciéndola estremecer por dentro. Era increíble que una caricia fortuita como esa pudiese tener ese efecto en ella, pensó maravillada, mientras él se sentaba a su lado.

Miles le indicó una dirección al chófer, y mientras se ponían en marcha permanecieron en silencio unos segundos hasta que Andy, que se sentía como si el corazón fuese a estallarle de impaciencia, se volvió hacia él para preguntarle algo, lo que fuera, y justo en ese momento él se volvió también y abrieron la boca a la vez para hablar, pero se echaron a reír.

Y así, de un modo tan simple, resurgió la maravillosa conexión que había habido entre ambos desde un principio, disipando en un instante la tensión.

–Tú primero –le dijo Andy con una sonrisa–. Cuéntame qué has estado haciendo estas tres semanas.

–Tres semanas, dos días y... –Miles miró su reloj– y veintidós horas. Demasiado tiempo –añadió con una sonrisa triste–. Pues he estado con mi familia, disfrutando del sol... He hecho un esfuerzo por volver a contactar con amigos a los que hacía años que no veía porque en los últimos años no he hecho más que viajar, de competición en competición. Y también he hecho algunos amigos nuevos. Y durante ese tiempo empecé a darme cuenta de algo increíble sobre mí mismo, algo que se había perdido en medio de todo el revuelo emocional que siguió a ese accidente que trastocó toda mi vida.

Por su tono parecía calmado, pero cuando dijo esas últimas palabras se le quebró la voz.

–¿Qué era, Miles?, ¿de qué te diste cuenta?

Él se giró en el asiento para poder tomar sus manos y le dijo con una sonrisa vacilante:

–Tenías razón: había olvidado la alegría de cosas tan sencillas como estar con mi familia, con mis amigos, hacer una barbacoa en la playa o ver una puesta de sol. Había olvidado que puedo pedir ayuda y que a la gente a la que le importo está dispuesta a dármele sin pedir nada a cambio. Y el descubrir que había olvidado todo eso me ha hecho pensar que debo ser el mayor idiota del mundo –soltó una de sus manos y remitió un mechón tras la oreja de Andy mientras continuaba hablando–. Ayer por la mañana estaba en la playa, sintiendo la arena bajo mis pies y el calor del sol en mis hombros, y me sentí más feliz en ese momento de lo que me había sentido en años –volvió a tomar su mano y la miró a los ojos–. Y entonces comprendí que era verdad, que tenía que decirle adiós al viejo Miles y darle la bienvenida al nuevo Miles, al que quiere disfrutar cada segundo de su vida con la gente que le importa. Una mujer maravillosa e inteligente me había dado ese consejo, y he venido a darle las gracias.

–¿Lo echas de menos?, ¿al viejo Miles?

–No, pero sí sé que estoy orgulloso de él, y que sin él no sería quien soy ahora. Con él he vivido una vida en tinte: una vida de emociones, de descargas de adrenalina, mar y surf, y siempre le estaré agradecido por todos esos recuerdos.

Andy dejó caer los hombros y apretó los labios antes de contestar.

–El viejo Miles no se conformaría con una vida en blanco y negro, una vida de color sepia. ¿Qué hay del nuevo Miles? ¿Qué clase de vida quiere?

–Ahora tengo un nuevo trabajo. Jason se vino conmigo unos días, y se nos ha ocurrido una iniciativa de orientación a deportistas. Hemos tirado de nuestros contactos para formar un pequeño grupo de deportistas profesionales que están dispuestos a compartir sus conocimientos con jóvenes talentos que están empezando –le explicó Miles–. Organizaremos talleres en varios países por todo el mundo, pero la sede de la organización estará aquí, en Londres. Y por algún motivo Jason piensa que yo soy la persona adecuada para llevarlo –frunció el ceño y parpadeó, fingiéndose sorprendido–. ¿Qué te parece?

Andy se rio.

–Me parece una idea maravillosa, Miles. Estoy segura de que le servirás de inspiración a un montón de jóvenes. A mí me has ayudado muchísimo; más de lo que puedas imaginar.

–Y tú a mí –le dijo él–. Me has enseñado que en un negocio lo que importan no son las ganancias, sino el hacer realidad tus sueños.

–¿Yo?, ¿yo te he enseñado eso?

Miles le dio un ligero toque en la punta de la nariz con el índice y se encogió de hombros.

–Mírate; has cambiado tu vida. Deberías estar orgullosa de haber tenido el valor suficiente como para haberte arriesgado.

–¿Valor? Nada más lejos de la verdad; durante la mayor parte de mi vida he sido horriblemente cobarde –bajó la vista y se quedó callada un momento antes de alzar la mirada de nuevo y volver a hablar–. Creo que no te conté la historia de mi padre, ¿verdad? Pues verás, cuando perdió su trabajo, tuvo una crisis de ansiedad. Una crisis muy fuerte. Incluso estuvo hospitalizado durante unos días –hizo una pausa y apretó los labios–. El caso es que, cuando le dieron el alta, me dijo que en ese momento, cuando le dio la crisis, se había sentido como si el mundo estuviese derrumbándose sobre él. Como si el cielo fuese una pesada plancha de acero que estaba aplastándolo poco a poco contra el pavimento hasta que ya solo quedaba de él una enorme mancha de grasa. ¿Te lo puedes imaginar? Un hombre que había asesorado a los directores financieros de algunas de las instituciones más importantes del mundo, comparándose con una mancha de grasa que pisaría la gente –sacudió la cabeza–. Mis padres se llevaron un batacazo tremendo; de la noche a la mañana se quedaron sin dinero y sin trabajo. Lo perdimos todo. Y desde entonces yo me volví miedosa, y empecé a protegerme de cosas que ni siquiera habían ocurrido, y en vez de expandir mis horizontes, mi mundo se fue haciendo cada vez más pequeño.

Se quedó callada, porque tenía un nudo en la garganta, pero Miles le apretó suavemente las manos, dándole fuerzas para continuar.

—¿Y cómo lo superaste? —le preguntó con cariño.

—Mis padres se marcharon al extranjero, para montar un nuevo negocio, y yo no quería irme, así que a partir de ese momento tuve que ser independiente. Pero estaba asustada, no me veía capaz de valerme por mí misma. Dejé a un lado mi curiosidad y mi sentido de la aventura, me parecía que no podía correr riesgos; tenía la sensación de que mi espíritu se estaba marchitando. Seguía teniendo sueños, pero no creía en ellos... hasta que apareciste tú. Cuando empezamos a cruzar mensajes a través de esa página de contacto, las cosas que me contabas y tu forma de contarlas me hicieron darme cuenta de que, si yo no daba el primer paso, mi vida no iba a cambiar. Me sacaste de mi zona cómoda y me obligaste a replantearme lo que de verdad era importante para mí. Creía que lo sabía, pero no era así.

—¿Yo?, ¿yo hice eso?

Ella asintió.

—Necesitaba un empujón para enfrentarme a mis miedos y tomar las riendas. Para empezar a vivir mirando al futuro y no dejar de tomar decisiones por miedo. Porque sí, tenía un miedo atroz. Me sentía como si estuviese a punto de cruzar un abismo sin fin a través de uno de esos endebles puentes de cuerda. Tenía miedo de mirar abajo y la sola idea me hacía sentirme mareada porque pensaba que, si tropezaba y me caía, no tendría tener el coraje para volver a levantarme. Y entonces se me ocurrió lo de las tarjetas de Navidad y me dije: «Ahora o nunca» —sonrió a Miles, que estaba escuchándola atentamente y, sin poder contenerse, lo besó en los labios—. Así que hace dos semanas dejé a Elise perpleja al decirle que dejaba el trabajo. Sabía que en el museo necesitaban a alguien para cubrir el turno de tarde de lunes a viernes, y les dije que yo estaría encantada de hacerlo. Así que ahora tengo libres las mañanas para dedicarme a mi propio negocio, a mis dibujos.

—¿Y eres feliz?

—Sí, muy feliz. Probablemente nunca consiga ganar mucho dinero, pero con lo que gane me doy por satisfecha, porque para mí lo importante es poder crear algo mágico y especial de lo que puedo sentirme orgullosa. Y si lo he conseguido ha sido en parte porque tú me animaste a hacerlo; gracias, Miles.

Él escrutó su rostro en silencio unos segundos antes de hablar.

—Todavía no me he perdonado por lo que hice aquella noche. Es verdad que a Lori sí le importaba, y sí, es una chica estupenda. Ella nunca fue el problema; el problema lo tenía yo. Y siento muchísimo lo que hice, de verdad. No fue algo premeditado, pero fue injusto contigo. Tú no tenías nada que ver —levantó una mano y le acarició la mejilla—. Por eso he vuelto, porque necesitaba volver a verte, a estar contigo. Pero todo depende de ti. Dime, ¿crees que podrías perdonarme, que podríamos olvidarlo y volver a empezar?

Los dedos de Miles, que seguían acariciándole la mejilla, temblaban ligeramente. Estaba nervioso por cuál sería su respuesta. Al sentir ese temblor, Andy supo que estaba arrepentido de verdad, y no pudo sino perdonarle de inmediato. Y perdonó a su cuerpo traicionero por ser incapaz de resistirse a los encantos de aquel hombre que estaba mirándola con una leve sonrisa de esperanza.

—No te fallaré ni te decepcionaré otra vez, Andy, te lo prometo.

—Lo sé —murmuró ella, y le sonrió mientras las lágrimas, que ya no podía contener, rodaban por sus mejillas—. Si dudara de ti, no te diría que sí. Sí, Miles, te perdono.

Y se olvidó de qué más iba a decir, porque en cuanto dijo esas palabras él la abrazó con fuerza y la besó hasta dejarla sin aliento. Y se encontró riéndose y llorando a la vez, y no se dio cuenta siquiera de que el coche se había parado hasta que Miles le dijo echándose hacia atrás:

—¿Sabes dónde estamos?

Andy se secó las lágrimas y miró por la ventanilla y vio que era la cafetería donde se habían conocido, donde habían tenido esa primera «cita» a través de Internet.

Miles se bajó, rodeó el coche y la ayudó a salir. Entraron en la cafetería de la mano, pero Andy se detuvo en cuanto cruzaron la puerta, porque no se parecía en nada al local que ella recordaba.

—Vaya... —murmuró.

No había ni un cliente, no había runrún alguno de voces, de conversaciones. Ni siquiera estaban las camareras tras la barra.

Las luces estaban apagadas, pero aquí y allá había candelabros con velas blancas que creaban una sutil y cálida iluminación.

De fondo se oía una suave música, y en cada mesa había ramilletes de rosas rojas y freesias blancas en pequeños jarrones de cristal.

Fue entonces cuando sus ojos se fijaron en algo tan familiar que un gemido de sorpresa escapó de su garganta y la embargó la emoción.

Los manteles de cuadros blancos y rojos habían sido reemplazados por unos manteles blancos con el logotipo que ella había diseñado para la invitación que había hecho a mano para Cory Sports, bordado en rojo, azul y dorado, como ella lo había ideado.

—Es... es precioso, Miles —murmuró, mirándolo a los ojos, y luego otra vez a su alrededor, entre maravillada e incrédula.

—Me alegro de que te guste, porque es para ti. He organizado todo esto para ti.

Andy se volvió para mirarlo. A la luz de las velas su piel tenía un cálido tono dorado, como si una mano invisible le hubiese espolvoreado por encima polvo de oro.

—Tengo un regalo para ti —le dijo en un susurro, tomándola de ambas manos.

Se le veía tan nervioso e inseguro que, si aún quedaban trazas de resentimiento en el corazón de Andy por lo ocurrido en la entrega de premios, se desvanecieron en ese instante, como los copos de nieve al caer sobre la palma de la mano. Miles había hecho todo aquello por ella, y el solo pensarlo la hacía derretirse por dentro.

Miles se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó de él una caja con forma de corazón que tenía atado un lazo rojo.

–Nos conocimos hace cinco semanas, y creo que se merece que lo celebremos –dijo tendiéndosela. Andy sonrió para sí y tiró del lazo. A una chica siempre le venían bien los bombones, pensó. Pero cuando abrió la caja, dentro había un lecho formado por capullos de rosa de color fucsia y blancos jazmines, que desprendían un perfume embriagador, y en el centro había una cajita de terciopelo negro. Los dedos de Andy se deslizaron por la superficie de la cajita, y el nudo de angustia que había sentido en el estómago las últimas semanas se disolvió al comprender lo que pretendía Miles. Tragó saliva y alzó la vista hacia él.

–Miles...

Él dio un paso adelante y mirándola a los ojos le dijo:

–¿Podrás perdonarme? No debí hacer lo que hice, y siento muchísimo haberte decepcionado. Te quiero; te quiero muchísimo.

–¿Me quieres? Pero yo no soy como esas chicas tan esbeltas y...

–Yo no quiero a una chica esbelta; te quiero a ti –le dijo tomando de sus manos la caja de flores para dejarla sobre una mesa.

Sacó de ella la cajita de terciopelo, la abrió, y se la tendió. Dentro había un anillo engarzado con un diamante rosa en forma de corazón, del que la luz de las arrancaba reflejos. Era magnífico, la cosa más hermosa que había visto en su vida.

–Quiero darte lo más preciado que poseo –le dijo Miles–: mi corazón y mi amor; eso es lo que quiere simbolizar este anillo.

Andy lo miró y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

–Eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida –dijo Miles, y se le quebró la voz–. ¿Querrías arriesgarte y darme una oportunidad, aunque no sea más que un exsurfista loco que está buscando el amor, el amor de verdad? Quiero esa clase de amor que te consume, sin el que no puedes vivir, la clase de amor que desafía toda lógica y que no se detiene ante nada. Y creo que es la clase de amor que hay entre tú y yo –apoyó su frente en la de ella–. Démonos una oportunidad, Andy. Arriesguémonos y vivamos la aventura más grande de nuestras vidas.

–¿Quieres que nos casemos?, ¿quieres casarte conmigo? Sí que quiero, Miles. Sí, sí, y mil veces sí.

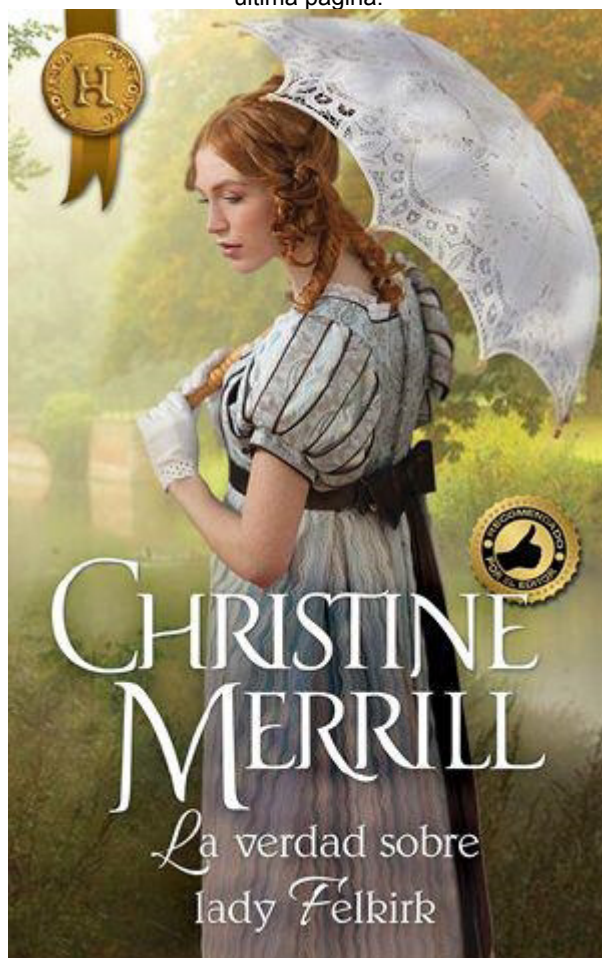
Él lanzó un vítor, la levantó por la cintura y la hizo girar con él mientras los dos se reían como niños de la dicha que sentían.

Cuando la dejó en el suelo, Andy le rodeó el cuello con los brazos, y vio, a través del escaparate de la cafetería, que fuera estaba nevando. Y estaba nevando bien. En el aire flotaban gruesos copos, que estaban empezando a cubrir todo Londres, árboles, arbustos, estatuas..., con una fina capa de nieve.

–¡Mira, Miles, mira! –dijo señalando el escaparate.

Se acurrucó contra su sólido y cálido pecho. Era verdaderamente mágico, estar entre los brazos del hombre al que amaba y que la amaba a ella también. No querría estar en ningún otro lugar. Porque su corazón pertenecía ahora a Miles, y a ella le pertenecía el de él. Y aunque todo había empezado por un enredo virtual, no había nada más auténtico, más real.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com